Los Hollister



10

VAN AL OESTE

JERRY WEST

«Domingo», el burro que les regalaron a los Hollister, es la razón por la que los Hollister se vuelven a ver envueltos en un nuevo misterio, esta vez a caballo.





Jerry West

Los Hollister van al Oeste

Los Hollister - 10

ePub r1.1
nalasss 14.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Cowboy Mystery*
Jerry West, 1961
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell & Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



AMIGOS DEL OESTE



Ricky Hollister se inclinó hacia delante para hablar junto a una de las tensas orejas del burro.

—Estate quieto, «Domingo». De lo contrario ¿cómo quieres que Pam y yo veamos las placas de matrícula?

—¡Aaaah! —rebuznó «Domingo».

Pam, que iba sentada en el animal, detrás de su hermano, se echó a reír al oír la contestación de «Domingo». Luego anunció:

—¡Ahí viene uno de Wisconsin!

Pam y Ricky habían salido con «Domingo» a las afueras de Shoreham y se encontraban a un lado de la carretera principal. Se entretenían contando los coches extranjeros que pasaban por allí, veloces como una flecha.

Ricky tenía ocho años, era pelirrojo y su naricilla respingona estaba cubierta de pecas. Pam, de diez años, tenía el cabello largo y ondulado y sus ojos castaños estaban en aquellos momentos fijos en el siguiente coche que se aproximaba a toda velocidad.

De repente. «Domingo» decidió cruzar la carretera.

—¡Eh, quieto! —gritó Ricky, alarmado.

El miedo dejó a Pam sin voz, cuando «Domingo» dio dos pasos

más y se detuvo en el centro de la calzada.

Los dos hermanos palmearon las ancas del burro, pero el animal siguió sin moverse. El coche que se aproximaba redujo un poco la marcha; por fin, con gran chirrido de frenos, se desvió a un lado de la carretera.

Las puertas del coche se abrieron de golpe. Del asiento delantero salió un hombre alto, de buen aspecto. Mientras él se encaminaba al burro, dos niños bajaron desde el otro asiento y quedaron a un lado de la carretera.

El hombre dio unos golpecitos a «Domingo», al tiempo que gritaba:

—¡Vamos! ¡Sigue tu camino!

Obediente, el burro cruzó la carretera. Al saltar al suelo, al mismo tiempo que lo hacía Ricky, Pam se fijó en otro coche que avanzaba lentamente. La niña pudo reconocer que llevaba matrícula de Colorado. Pero inmediatamente dirigió su atención al hombre que acababa de salvarles. Por primera vez advirtió la niña que el hombre vestía como las gentes del Oeste.

—Muchas gracias —dijo Ricky—. Nos ha salvado usted la vida.

—Nunca se pueden predecir las reacciones de los burros —sonrió el hombre—. Dejad que me presente. Soy Ken Blair y éstos son mis hijos, Bunky y Gina.

El muchacho tenía unos doce años, era delgado y huesudo, con el cabello negro y la piel tostada. Pam calculó que Gina tendría unos once años. Lo mismo que su hermano, llevaba pantalones tejanos, camisa de colorines y sombrero vaquero de ancha ala.



Pam y Ricky se presentaron y Pam añadió:

—Vivimos aquí, en Shoreham.

Según hablaba, la niña señaló en dirección a su casa que estaba a orillas del lago de los Pinos.

—Nosotros somos de Nevada —explicó Gina—. Vivimos en el rancho K Inclinada, cerca de Elkton.

El señor Blair añadió que habían estado en Nueva York y ahora hacían el viaje de regreso.

—Me alegro de que mi coche tenga buenos frenos —declaró, con una risilla, y señaló la rueda posterior del vehículo que estaba deshinchada.

—Hemos oído el estallido —dijo Ricky—. Lo sentimos mucho, señor Blair. Pero yo le ayudaré a cambiar el neumático.

Mientras el ranchero, Ricky y Bunky empezaban a manipular en el coche para cambiar el neumático, Gina acarició el cuello de «Domingo» y se entretuvo hablando con Pam.

—Nosotros tuvimos una vez una aventura en el suroeste —dijo Pam—, pero nunca hemos estado en Nevada.

—Pues os gustaría mucho —aseguró la niña forastera—. Nuestro rancho está al pie de las montañas Ruby.

—De todos modos, a nosotros, nuestra casa también nos gusta. ¿Quieres venir a verla, Gina?

La niña se volvió a su padre para preguntar:

—¿Puedo ir a casa de Pam, mientras vosotros cambiáis el neumático, papá?

—Puedes ir, siempre que no sea demasiado lejos.

—No. No está lejos —aseguró Pam.

Las dos niñas saltaron a lomos de «Domingo» y mientras cruzaban un campo, en dirección al lago, Pam preguntó a Gina:

—¿Habéis ido a Nueva York como turistas?

—No. Fuimos a causa de un misterio.

—¡No sabes cómo me gustan los misterios! —exclamó Pam—. Ese misterio tuyo ¿es un secreto importante?

—Creo que puedo contártelo.

Pero, antes de que Gina hubiera tenido tiempo de decir nada más, dos chicos avanzaron corriendo hacia las niñas.

—¿Son amigos tuyos? —preguntó Gina.

—No. Amigos no —repuso Pam.

Y explicó a Gina que el más alto de los dos chicos era Joey Brill quien, como Gina pudo comprobar, casi siempre fruncía el ceño en un gesto agresivo. El otro era Will Wilson, que solía acompañar a Joey, y entre los dos gastaban jugarretas malintencionadas a todo el mundo.



—¡Pam, espéranos! —gritó Joey, mientras él y Will corrían hacia el burro.

—¿Qué quieres, Joey?

—Dar un paseo a lomos de «Domingo» —exigió el chicazo.

—Ahora no. Voy a llevar a Gina a casa.

—¡Ja, ja! —se burló Will—. ¿Dónde has encontrado a esa imitación de chica vaquero? No creo que viva por aquí.

—No seas grosero —protestó Pam—. Gina vive en un rancho de Nevada.

—Entonces, está acostumbrada a caminar —declaró Joey.

Y sin previo aviso agarró a Pam por un brazo y la obligó a bajar de lomos de «Domingo». Al mismo tiempo, por el otro lado, Will hacía bajar a Gina. Mientras las dos niñas protestaban, los chicos subieron al burro, Will colocado hacia delante, Joey mirando hacia atrás. Entonces Will gritó:

—¡Arre, «Domingo»!

Asustado, «Domingo» emprendió el trote, perseguido por Pam y Gina.

—¡Deteneos! ¡Devolvedme mi burro! —pidió a voces Pam.

Sus nerviosas palabras llegaron a oídos de los que estaban en la carretera. Ricky levantó la vista y comprendió en seguida lo que había sucedido.

—Discúlpeme —pidió el pecoso—. ¡Tengo que ocuparme de esos camorristas!

—Seréis dos contra uno. Eso no está bien —dijo Bunky—. Deja que yo te ayude.

—¡Estupendo! Vamos.

—¡Nada de puñetazos, Bunky! —ordenó el señor Blair.

—Bien, papá.

Antes de marcharse con Ricky, Bunky fue al asiento trasero del coche y cogió una larga cuerda.

—¡Un lazo! —exclamó Ricky.

—Siempre llevo alguno preparado —repuso Bunky, mientras corría al lado de Ricky, en dirección al burro.

Por fortuna, en aquel momento «Domingo» tuvo otra de sus insospechadas ocurrencias, lo que dio a Ricky y a Bunky la oportunidad de alcanzarle.

—Hacedles bajar de «Domingo» —pidió Pam, al ver acercarse a su hermano y a Bunky.

—¿No te parece que esos renacuajos han crecido ya bastante? —preguntó Joey, arrugando la frente.

Bunky no dijo nada, pero hizo un nudo corredizo en la cuerda. Al hacerlo girar sobre su cabeza el lazo fue haciéndose cada vez más ancho.

—Esto, en el Oeste, se llama un lazo Madre Hubbard —explicó Bunky—. ¡Es un lazo de los más grandes!

Comprendiendo lo que iba a suceder, Joey y Will sacudieron las ancas de «Domingo» y el burro volvió a correr. Bunky echó el lazo, que ondeó por los aires y descendió alrededor de los dos chicos.

Inmediatamente Bunky tiró de la cuerda, y los dos chicazos quedaron fuertemente unidos por la espalda, igual que dos hermanos siameses.

—¡Suéltanos! —gritó Joey, furioso.

Mientras «Domingo» pateaba, nervioso, Joey y Will fueron bajados, a tirones, del lomo del animal.

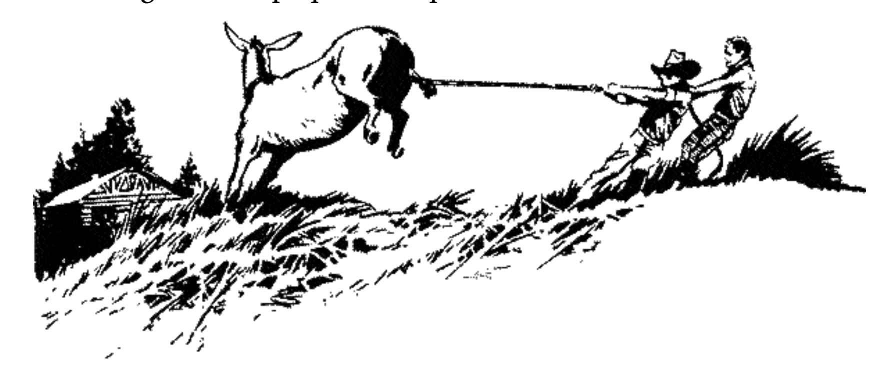
—¡Uuuuf! —gruñó Joey.

—¡Ay, mi nariz! —se lamentó Will.

Los chicos se libertaron, con dificultad, de la cuerda y muy indignados se pusieron en pie. Pero estaba bien claro que habían perdido la batalla. Los dos retrocedieron. Joey levantó los puños amenazadores hacia Bunky, mientras gritaba:

—¡Me vengaré de ti! ¡Y de todos los Hollister!

En cuanto él y Will desaparecieron de la vista, Pam y Ricky dieron las gracias al pequeño vaquero.



—¡Canastos! ¡Qué bien sabes manejar el lazo! —dijo Ricky, ponderativo.

—El Viejo Papá me enseñó —repuso el niño.

—¡Pero si tu padre no es viejo! —dijo Pam, molesta de que Bunky tratase sin respeto al señor Blair.

Bunky y Gina se echaron a reír y explicaron que el Viejo Papá Callahan era un vaquero que trabajaba en el rancho K Inclinada.

—Si le conocierais, le tomaríais cariño —aseguró Gina.

En aquel momento el señor Blair les llamó desde la carretera

anunciando que la rueda estaba ya arreglada y se marchaban.

—Pero si todavía no habéis visto nuestra casa —dijo, tristemente, Pam—. ¿No podría vuestro padre acompañaros para verla?

—Se lo preguntaré —dijo Gina.

Ella y su hermano volvieron junto al coche, seguidos de Ricky.

—Está bien. Si tantas ganas tenéis de ir… —contestó el señor Blair, mientras se limpiaba las manos en un trapo—. Tal vez también podamos lavarnos allí.

Ricky subió al coche y orientó a los forasteros sobre el camino a seguir hasta la casa de los Hollister, mientras Pam montaba en «Domingo». Como la niña tomó un atajo, llegó a su casa unos segundos antes que el coche de Nevada, y condujo a «Domingo» al establo que el animal tenía en el garaje inmediato a la casa.

—¡Cuernos largos! —exclamó Bunky, cuando el coche embocó el camino del jardín—. ¡Vaya sitio más bonito!

Al salir, los forasteros quedaron contemplando la coquetona casa de tres pisos. Estaba rodeada de prados verdes y gran cantidad de árboles proporcionaban varios trechos de sombra. La parte trasera de aquellos terrenos estaba a orillas del lago.

—Es una casa encantadora —declaró el señor Blair—. No nos iría mal ese agua en Nevada, el estado con más sequías de toda la Unión.

Pam se adelantó para anunciar a sus padres la llegada de los visitantes. El señor Hollister, un hombre alto y atlético, estaba leyendo el periódico en la salita. Su esposa, bonita y de cabello moreno, se encontraba en la cocina preparando la cena.

—Comprendo que esto es algo muy fuera de lo corriente —dijo el señor Blair con una sonrisa de disculpa, después que se hicieron las presentaciones—. Somos totalmente desconocidos y no tenemos derecho a irrumpir así en esta casa.

—No se sabe lo que son desconocidos en nuestra casa —repuso el señor Hollister, tendiendo la mano al recién llegado. Y su sonrisa se acentuó al añadir—: Los amigos de los niños son amigos nuestros. Y como tenemos cinco hijos ¡contamos con infinidad de amigos!

—Es cierto. Celebramos conocerles —dijo la señora Hollister que

salió de la cocina quitándose el delantal—. Éste es Pete, nuestro hijo mayor.

El muchachito de doce años, con el cabello pelirrojo cortado a cepillo y chispeantes ojos azules, avanzó unos pasos para estrechar la mano de los recién llegados. Luego fue presentada Holly. Mientras se retorcía una de sus trencitas castañas, la pequeña de seis años saludó, sonriente.

En aquel momento, la pequeñita Sue Hollister entró corriendo en la casa, seguida de «Zip», el perro pastor. Sue tenía el cabello corto y rizado y las piernas gordezuelas. Al ver que había forasteros, corrió a refugiarse en los brazos de su padre.

—Papi, yo «quero» un sombrero de vaquera, como ése —dijo en un cuchicheo.

A los pocos minutos Sue había perdido su timidez y tomó a Gina por la mano.

—¿Quieres ver mis muñecas? Están arriba, en mi habitación.

—Sí, sí, enséñamelas.

Las tres hermanas Hollister acompañaron a Gina a lo largo de las escaleras alfombradas, mientras los chicos quedaban en la sala con los padres.

—Hollister… Hollister —repitió el señor Blair, pensativo—. Cuando yo jugaba a fútbol en el colegio había un jugador con este nombre en el equipo Estado.

El señor Hollister se removió nervioso en su silla, diciendo:

—¡Era yo!

—¿Jugaba como medio izquierda?

—Claro.

—¿Y ganó un trofeo el año en que el Estado fue campeón?

—¡Exacto!

—Yo era guardameta de mi equipo —explicó el señor Blair—. Me resultó duro perder aquel partido, John.

Pete, Ricky y Bunky escuchaban con la boca abierta de par en par. ¡Cómo les gustaría llegar a ser más adelante unos campeones de fútbol como lo habían sido sus padres!

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Cuéntanos algo de ese partido, papá.

El señor Hollister se levantó, fue hasta el sofá y tomó un

almohadón.

—Más valdrá que os haga una demostración —dijo—. Vamos, Ken, mostraremos a estos chicos cómo jugábamos.

Entregando el almohadón a Ricky, el señor Hollister añadió:

—Tú serás el delantero centro.

—Y yo seré el delantero centro en el equipo de papá —se apresuró a ofrecerse Bunky, mirando a Ricky que se había colocado en el centro de la sala.

—¡Magnífico! —exclamó el señor Blair con entusiasmo.

Ricky arrojó a su padre el almohadón que se desvió a un lado.

—¡Papá! ¡Cuidado! —advirtió Pete, viendo a su padre tropezar en la lámpara situada en un extremo de la mesa.

El señor Hollister cogió la almohada, pero la lámpara se tambaleó en dirección al suelo.

¡Bunky Blair dio un salto, intentando salvar la lámpara!

EXTRAÑO ENIGMA



Bunky tomó la lámpara en sus manos un momento antes de que se hiciera pedazos en el suelo.

—¡Bien hecho! —dijo Pete—. Has actuado de prisa, Bunky.

El señor Hollister parecía un poco avergonzado cuando su esposa entró en la sala a tiempo de ver cómo Bunky colocaba la lámpara en la mesa.

—Sólo quería hacer algunas demostraciones de fútbol a los chicos —se disculpó, mientras ahuecaba el almohadón y volvía a colocarlo sobre el sofá.

En aquel momento, bajaron las niñas las escaleras y el señor Blair se puso en pie para despedirse.

—Nada de eso. No pueden ustedes marcharse ahora —dijo la señora Hollister—. He preparado cena suficiente para todos.

—Pero… si… —balbució el señor Blair.

—No hay peros que valgan —dijo el señor Hollister—. Tú y yo somos viejos amigos.

—Claro que sí —intervino Pete—. ¿No jugaban juntos al fútbol?

—Está bien. Y gracias —aceptó el ranchero, haciendo un gesto de impotencia—. A esto lo llamo yo hospitalidad occidental.

Mientras cenaban, el señor Blair explicó los motivos de su viaje a Nueva York:

—Estoy intentando vender una parte de nuestro rancho, porque se ha demostrado que no es útil para la cría de ganado.

—¡Qué lástima! —contestó Pam.

—¿Y el comprador vive en Nueva York? —preguntó Pete.

—Sí. Un hombre de negocios llamado Simpson estuvo a punto de comprarme una parcela, pero deshizo el trato a causa de que su hija Millie es una chica miedosa.

Holly preguntó con extrañeza:

—¿De qué tenía miedo?

—De un misterio —replicó Bunky—. Millie tenía miedo de las luces que habían sido vistas en la cima de la montaña después del anochecer.

—Es verdad que resulta un poco misterioso —añadió Gina—. Que nosotros sepamos, no vive nadie en la montaña.

El señor Blair siguió explicando que Millie y su madre estaban pasando el verano en un hotel de Elkton y que Millie recibía lecciones de amazona en el K Inclinada.

—No creo que esa chica os gustase ni un poco —dijo Bunky, arrugando la nariz.

—¡Pero yo te digo que nosotros podríamos resolver ese misterio! —declaró Ricky, muy convencido.

—Nosotros somos una familia de detectives —informó Holly.

La madre se apresuró a intervenir, diciendo:

—¡Chist, niños! La familia Blair os va a creer unos presumidos.

Con una sonrisa, Pam explicó:

—No es que podamos solucionar todos los misterios, señor Blair, pero pudimos descubrir lo que había ocurrido en la ciudad de los proyectiles.

A continuación, la niña habló al señor Blair de la visita que habían hecho a Florida, al cabo Cañaveral, y de cómo habían encontrado el desaparecido cono de un gigantesco proyectil.

—¡Entonces podríais solucionar nuestro misterio también! —exclamó Gina con entusiasmo.

—Sería magnífico —dijo el señor Blair—. ¿Por qué no venís a visitarnos al K Inclinada?

Holly, que estaba ayudando a su madre a servir el postre, se puso tan nerviosa que estuvo a punto de dejar caer una porción de pastel en las piernas de Pete.

—¡Huy, qué bien! ¿Y podremos montar a caballo y escalar la montaña y…?

En aquel momento, Gina estaba mirando por la ventana. Una expresión de asombro se dibujó en su rostro, y al momento la niña gritaba:

—¡Un indio! ¡He visto a un indio!

Todos apartaron inmediatamente las sillas de la mesa para salir a investigar. Cuando Pete daba la vuelta por una de las esquinas de la casa estuvo a punto de tropezar con un hombre bajo y musculoso de piel muy oscura.

—¡Indy! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el chico.



—He venido a ver a tu padre para asuntos del negocio —repuso Indy, mientras los demás le rodeaban.

—¡Éste es el hombre que yo he visto! —informó Gina, sin aliento.

—No os hará nada —dijo el señor Hollister, sonriente—. Indy es un viejo amigo y un empleado leal.

Los Hollister siguieron explicando que Indy era un honrado y pacífico indio del suroeste, que trabajaba en el Centro Comercial, el establecimiento que era una combinación de ferretería, artículos de

deporte y juguetes que dirigía el señor Hollister en la parte baja de Shoreham.

Después de presentar a su ayudante a los Blair, el señor Hollister preguntó:

—¿Por qué estaba usted mirando por la ventana, Indy?

—He visto a alguien acechando por aquí. Era un hombre que se ocultaba entre los arbustos. Mientras le amenazaba para asustarle, he asomado la cabeza para saber qué estaba mirando. Luego le he perseguido hasta la carretera.

Indy añadió que el hombre saltó a un coche con matrícula de otro estado y huyó a toda velocidad.

—Era un hombre bajo —siguió diciendo el indio—, con el cabello rubio y muy recortado.

Cuando Indy describió el coche, Pam contuvo un grito de sorpresa.

—Debe de ser el coche con matrícula de Colorado que pasó detrás de ustedes cuando se les desinfló la rueda, señor Blair.

—¡Cuernos largos! —gritó Bunky—. ¿Será el mismo que nos estuvo siguiendo en Nueva York?

Antes de que Bunky hubiera tenido tiempo de decir más, Pete corrió al teléfono para hablar con el oficial Cal Newbeurry. El oficial era un joven y listo policía de Shoreham a quien ayudaban con frecuencia los Hollister a resolver misterios. Cuando oyó lo que Pete le contaba, el oficial Cal prometió hacer alguna ronda durante la noche por la propiedad de los Hollister.

Después que Indy se marchó, los demás volvieron a la casa para acabar el postre. Mientras comían, Bunky habló de la persona misteriosa que les había seguido durante toda su estancia en Nueva York.

—Es cierto —asintió el señor Blair—. En Nueva York nos estuvieron siguiendo, pero no sabemos quién lo hacía.

Uno de los detalles que explicó el señor Blair fue que en Central Park, el coche que iba tras ellos, había intentado hacerles apartar de la carretera.

—Y casi chocamos en un túnel de piedra —añadió Bunky.

—Yo creo que eran varias personas las que nos seguían —declaró Gina.

Ricky, con los ojos abiertos como platos por la emoción, sugirió:

—Puede que haya una banda entera persiguiéndoles.

—Bueno. Por esta noche, aquí estarán tranquilos —dijo la señora Hollister, sonriendo a Gina y a Bunky.

Los dos hermanos sonrieron y Bunky preguntó:

—¿De verdad vamos a quedarnos aquí?

—No podemos abusar de tanta amabilidad —protestó el padre.

—Nos encanta tenerles con nosotros —dijo la señora Hollister, al ver que los tres se levantaban de la mesa—. Es demasiado tarde para que busquen ahora un motel.

Entre Pete y Bunky llevaron las maletas a la casa y la señora Hollister y Pam se encargaron de mostrar a los invitados sus habitaciones del tercer piso. Cuando bajaban nuevamente a la sala, Gina dijo:

—Papá, ¿podemos hablarles también del otro misterio?

—¡Otro misterio! ¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡Nevada debe de ser un estado muy misterioso!

—Tenemos otro problema que resolver —dijo el señor Blair—. En el valle cercano a nuestro rancho hay quien se dedica a robar cachorros de antílope.

—Eso es ilegal —declaró con indignación Bunky.

—¡Oh! ¡Qué cosa tan fea! ¿Y qué son antílopes? —preguntó Sue.

Cuando le dijeron que eran animales parecidos a los ciervos, Sue se puso triste.

—¡Esos hombres deben de ser muy malotes! —anunció, poniéndose en pie—. Nosotros les cazaremos a ellos.

—Son gentes muy escurridizas —dijo el señor Blair—. Después de robar los pequeños antílopes, desaparecen como disueltos en el aire.

—Nosotros también tenemos unos cachorros —dijo Holly, dirigiéndose a Gina y a Bunky—. Venid que os los enseñaré.

Con las trencitas saltándole a la espalda, la niña bajó delante de los demás las escaleras y, cuando estuvieron en el sótano, señaló un gran cajón con el fondo cubierto de trapos. Dentro estaba «Morro Blanco», la gata de los Hollister, un bonito animal con todo el cuerpo negro excepto el hocico. Los cinco hijitos de «Morro Blanco» rodeaban a la madre, cada uno de ellos hecho un ovillo.

—Vosotros tenéis una manada de vacas —dijo la traviesa Holly — y nosotros tenemos una manada de gatos.

—Esto se llama una camada, tonta —corrigió Pam, riendo, mientras se inclinaba a coger a «Morro Blanco».

Pete tomó a dos de los pequeños y los puso en brazos de Bunky, mientras Gina exclamaba:

—¡Qué lindos! ¿Cómo se llaman?

—«Medianoche», «Bola de Nieve», «Humo», «Tutti-Frutti» y «Mimito» —repuso Sue, contando el número de gatitos con sus dedos gordezuelos.

—¿Por qué no jugamos a rodeos con los gatitos? —propuso Gina.

De una mesa cercana tomó un trozo de cordel, hizo un pequeño lazo y probó a pasarlo alrededor de la cabeza de «Bola de Nieve».

Pero al minino la idea no le hizo la menor gracia. De un salto huyó de la cesta, corrió por el sótano, subió ágilmente las escaleras y desapareció en la cocina.

—¡Ven aquí, «Bola de Nieve»! —ordenó Holly—. Es de mala educación que no te dejes ver por nuestros invitados.

Holly subió las escaleras, seguida de los otros, y entre todos buscaron en la planta baja, pero no vieron el menor rastro de la gatita blanca.

—¡Cuánto siento haberla asustado! —se disculpó Gina—. ¿Creéis que se habrá marchado de casa?

—No te preocupes —contestó Pam—. Buscaremos en el primer piso.

Los Hollister, en compañía de sus nuevos amigos, estuvieron buscando en sus dormitorios, pero en ninguna parte se veía al animal. Por fin subieron al tercer piso, donde iban a pasar la noche los Blair.

El minino descansaba tranquilamente, hecho un ovillo, en el interior del sombrero vaquero de Gina que se encontraba al pie de su cama.

—¿Ves cómo «Bola de Nieve» te quiere mucho, Gina? —dijo Sue, riendo alegremente.

—¿Podéis dejar que duerma aquí esta noche? —preguntó Gina, abrazando a la gatita.

—Claro. Si tú quieres… —contestó Pam.

En aquel momento llamó la señora Hollister desde la salita:

—¡Niños, es hora de acostarse!

De mala gana, los hermanos Hollister dieron las buenas noches a sus invitados y se marcharon a sus habitaciones.

—Antes iré a dejar a «Zip» atado en el jardín, por si alguien vuelve a rondar por el jardín —dijo Pete.

Poco después el muchachito estaba en la cama y la noche transcurrió tranquila para todos. Cuando a la mañana siguiente Pam se despertó y asomó la cabeza por la habitación de Sue, la



chiquitina no estaba en su cama. Poco después, el apetitoso olorcillo a buñuelos recientes anunció que el desayuno estaba a punto de ser servido. Pero cuando los Blair se sentaron a la mesa, Sue todavía no había aparecido.

—¿Dónde puede estar esa chiquilla? —murmuró la señora Hollister, empezando a inquietarse.

—Seguramente habrá ido a jugar junto al lago —dijo Pete—. Yo iré a buscarla, mamá.

Aún Pete no había tenido tiempo de levantarse de la silla, cuando la puerta se abrió de golpe y Sue entró corriendo en el comedor.

—¡Dios mío! Pero ¿qué has hecho de tu melena, Sue?

Todos quedaron atónitos porque la pequeñita lucía, muy ufana, el cabello oscuro y muy cortito…

VACIANDO LAS HUCHAS



—¿A que nadie adivina lo que ha pasado con mi pelín? —exclamó Sue, desafiante.

Mientras su hermana daba alegres saltos por el comedor, Pam cerró los ojos, incrédula.

—¡Sue! ¿No te habrás cortado el pelo?

—Además se lo ha teñido —recalcó el travieso Ricky, que miraba con admiración a su hermanita, pensando «¡qué ocurrencia tan divertida!».

—¡Ja, ja! ¡Os he engañado! ¡Os he engañado! —canturreó la pequeña—. Llevo una «piluca».

De un tirón se quitó la peluca y la señora Hollister, al ver de nuevo los rizos claros de su hijita suspiró tranquilizada.

—¡Vaya diablejo! —rió Pete—. Esta vez nos ha engañado a todos.

—¿De dónde has sacado esa peluca? —quiso saber Pam.

—La he encontrado —repuso Sue alegremente, y entregó la peluca a Ricky para que se la probase.

—¿Dónde estaba? —preguntó Pete.

—Junto al bordillo.

Como si el encontrarse pelucas fuera una cosa que ocurriera todos los días, la pequeñita dejó de interesarse por el asunto y se echó en el plato una buena cantidad de buñuelos que roció con almíbar.

—¡Pero, Sue, si esto es muy importante! —exclamó Pete, escandalizado ante la indiferencia de su hermana—. ¿En qué sitio exacto estaba?

La pequeña se entretuvo en mascar un sabroso buñuelo, antes de contestar:

—En el camino del jardín, a la derecha.

Los Blair estuvieron observando en silencio, hasta que Bunky exclamó:

—¡Cuernos largos! ¡Puede que la peluca sea una pista!

—Es lo que yo estaba pensando —declaró Pete—. Mamá, ¿nos dejarás salir en cuanto acabemos el desayuno?

—Claro, hijo.

Unos momentos más tarde Pete se levantaba de la silla y hacía señas a Pam, Bunky y Gina para que le siguieran. Muy pronto los cuatro estuvieron en la parte delantera de la casa, buscando en el lugar en que Sue había encontrado la peluca.

—Yo apostaría algo a que se le cayó al hombre que nos estaba espiando —declaró Pete.

Pam concordó con su hermano y añadió:

—Puede que en Nueva York sólo os siguiera una persona. A lo mejor llevaba varios disfraces.

Gina no se mostraba muy de acuerdo.

—Una de las personas era una mujer —objetó la niña—. ¿Tú crees que algún hombre se pondría faldas?

Con un olímpico encogimiento de hombros, Pete repuso:

—Puede que sí. Pero a mí no me gustaría.

Los Hollister creyeron que sería oportuno acudir al oficial Cal para que hiciese una investigación. Pete telefoneó al joven oficial que a los pocos minutos llegó en un coche patrulla.

—Puede tratarse de una buena pista, Pete —dijo el oficial, cogiendo la peluca oscura—. Pero lo más fácil es que el merodeador de que me hablasteis esté a muchas millas de distancia.

El oficial prometió hacer pesquisas con respecto a la peluca,

para averiguar dónde había sido vendida, aunque seguramente llevaría tiempo enterarse.

Entre tanto, los Blair se estaban preparando para reanudar su viaje a Nevada. Cuando estuvieron fregados los platos del desayuno. Pam y Holly ayudaron a su madre a preparar unos bocadillos para los viajeros.

Holly extendió mantequilla sobre las rebanadas de pan y su madre acabó de hacer los bocadillos, que Pam fue envolviendo con papel encerado para luego colocarlos en una caja de cartón. La señora Hollister incluyó en la caja fruta, un frasco de refresco y vasos de cartulina, y llevó la caja a los Blair cuando ya tuvieron las maletas en el coche y se acomodaron en los asientos.

—Muchas gracias, señora Hollister —dijo Gina.

Y Bunky, sonriendo, añadió:

—Ya estoy deseando que llegue la hora de comer.

—No olviden —dijo el señor Blair antes de poner el coche en marcha— que deseamos que vayan todos a visitarnos y a resolver los misterios que nos rodean.

Tanto los señores Hollister como sus hijos dieron las gracias a los amables visitantes del Oeste por su invitación.

—No puedo asegurar que vayamos —dijo el señor Hollister.

—Quisiera que nos volviéramos a ver algún día —declaró Pam, esperanzada.

—Claro que nos veremos —repuso Gina muy convencida, asomándose por la ventanilla para dar un beso a la señora Hollister.

—¡Adiós! ¡Adiós! —gritaron todos, sacudiendo repetidamente las manos, mientras el coche desaparecía calle abajo.

Cuando unos minutos más tarde el señor Hollister marchó al Centro Comercial, recordó a Pete y Ricky que debían recortar el césped del jardín. Los dos muchachitos fueron al garaje en busca de las tijeras podadoras y la máquina corta-césped.

Pam y Holly subieron al tercer piso para limpiar las habitaciones en que habían dormido sus invitados Sue fue tras ellas, llevando bajo el brazo al gatito «Humo», como si se tratase de un bolso.

Mientras extendía en una de las camas una sábana limpia y la remetía por los lados, Pam dijo:

—Tengo una idea, Holly.

—Ya sé —quiso adivinar Holly—. Quieres escribir una carta a Bunky.

—No, tontina. No es eso. —Después de ahuecar las almohadas y colocarlas en la cama añadió—: Por si fuéramos al Oeste, ¿no estaría bien que regalásemos a mamá una cartera nueva para el carnet de conducir?

—¡Sí, sí! ¡Tienes razón! —concordó Holly, ayudando a su hermana a alisar la colcha.

—¿Tenéis bastante dinero? —preguntó Sue que estaba sentada en una silla, acunando al gatito.

—Yo tengo algo de dinero en la hucha cerdito —dijo Pam.

—Y yo también —añadió Holly.

—Pues vamos «in siguida» a comprarlo —resolvió Sue, dejando en el suelo al gatito que, corriendo como una flecha, fue a reunirse con «Morro Blanco» en el sótano.

Las niñas corrieron a sus dormitorios, donde cada una tenía en su mesa tocador una hucha en forma de cerdito. El de Sue era blanco con puntitos rojos. El de Holly era doble de tamaño y tenía un gran hocico. La hucha que Pam cogió de su tocador era azul y adornada con flores. Cuando la niña empezaba a sacar sus ahorros, sus hermanas llegaron a la habitación. Todas se colocaron delante de la cama y empezaron a sacudir sus huchas, haciendo caer las monedas. Cuando el repiqueteo que producían las monedas al caer concluyó, la colcha quedó cubierta de monedas, que Pam se apresuró a contar.

—Seis dólares y cincuenta y nueve centavos —anunció Pam, cuando tuvo las monedas reunidas en un montoncito.

—Con tanto dinero podremos comprar una cartera preciosísima —opinó Holly.

Sue encontró una bolsita de papel marrón y Pam guardó ahí el dinero. En seguida las tres niñas bajaron veloces las escaleras y corrieron a la puerta.

Cuando Ricky las vio encaminarse a la calle, detuvo la ruidosa máquina corta-césped y preguntó:

—¿A dónde vais con tanta prisa?

—Es un secreto —respondió Holly, arrugando la naricilla.

—Entonces, voy con vosotras —resolvió el pequeño.



Pero Pete, que estaba en cuclillas, recortando la hierba de los bordes del camino, intervino, diciendo:

—No tengas tanta prisa. Antes tenemos que acabar nuestro trabajo, Ricky.

Ricky ojeó la bolsa marrón y preguntó qué había dentro, pero Pam no quiso decírselo. Por lo tanto el pelirrojo tuvo que resignarse y poner de nuevo en marcha la máquina corta-césped con la idea de acabar pronto y poder seguir a sus hermanas para enterarse de su secreto.

Pam, Holly y Sue, dándose la mano, caminaron veloces a la sombra de los árboles, hacia el centro comercial de Shoreham.

Cuando estaban a medio camino, apareció por una esquina Joey Brill que las detuvo, preguntando:

—¿Dónde están esos amigos vuestros, de vestidos tan ridículos?

—Se han ido —contestó Pam, siguiendo su camino.

Joey se colocó al lado de ella, diciendo:

—Venía a vengarme de ti por lo que me habéis hecho con «Domingo». Pero te perdonaré si me das caramelos.

—¿Qué caramelos? —preguntó Pam con asombro.

—Los que llevas en esa bolsa marrón.

—No son caramelos —dijo Holly—. Es…

—Si no son caramelos, ¿qué son?

Pam no contestó al insoportable camorrista. Apretó el paso, sin soltar a Sue, y mirando a un extremo y otro de la calle por si veía a alguien que pudiera ayudarla. Pero en aquellos momentos no pasaba nadie.

—Muy bien —masculló malhumorado Joey—. Si no me enseñáis lo que hay en la bolsa… ¡yo mismo lo veré!

Y sin explicaciones, arrancó la bolsa de manos de Pam y cruzó corriendo la calle.

—¡No te vayas! ¡Qué malísimo eres! —gritó Pam, saliendo en persecución del chicazo.

En aquel momento por el extremo de la calle aparecieron Pete y Ricky, montados en sus bicicletas. Viendo lo que había ocurrido, los dos hermanos se levantaron de sus sillines y pedalearon furiosamente. Muy pronto alcanzaron a Joey que corría por la acera.

Pete saltó de su bicicleta y se situó junto al camorrista. Joey retrocedió para esquivar a Pete y se apresuró a cruzar. Pete le alcanzó en el centro de la calzada, le cogió por la espalda y empujó al chico al suelo. Entretanto la bolsa de papel se rompió y las monedas rodaron por el asfalto.

Pete y Joey siguieron enzarzados y rodaron por el suelo. Pete era el que estaba debajo cuando rodaron hasta el bordillo, contra el que se golpeó la cabeza.

—¡Uff!

Momentáneamente atontado, Pete soltó a Joey. El mayor de los chicos se puso en pie y corrió calle abajo. Muy pronto estuvo lejos

de Ricky.

Mientras, Pete se levantó y se frotó la dolorida cabeza.

—¡Zambomba! —murmuró con una media sonrisa—. ¡He visto las estrellas!

—¡Y has salvado nuestro dinero! —gritó Holly—. De prisa. Tenemos que recogerlo.

Ricky, viendo que no podía alcanzar al camorrista, regresó junto a sus hermanos y les ayudó a recoger todas las monedas. En aquel momento se aproximaron varios coches, y Ricky tuvo que colocarse en plena calzada y levantar la mano igual que un guardia de tráfico, para obligarles a detenerse, mientras Pete y las niñas acababan de recoger el dinero.

—Pueden seguir —dijo luego—. Pero avancen con calma.

Muy serio, el pecoso dio un silbido e indicó a los coches que siguieran su avance.

—Podría ser un buen guardia de la circulación, ¿verdad, Pam? —preguntó el pequeño a su hermana, la cual se había sentado en el bordillo a contar el dinero.

No faltaba más que una moneda de veinticinco centavos. Pete buscó en su bolsillo y dio a su hermana una moneda de esa cantidad.

—Ya tenéis lo que se había perdido.

—¿Nos contaréis ahora el secreto? —preguntó Ricky.

—Está bien —asintió Pam—, pero no se lo digáis a mamá. Es una sorpresa para ella.

Al enterarse de los planes de sus hermanas, los dos chicos sonrieron, diciendo que era una buena idea. Pam guardó el dinero en su pañuelo, que ajustó con varios nudos. Ricky y Pete sirvieron de escolta a sus hermanas, hasta el centro de la ciudad, montados en las bicicletas, y luego regresaron a casa.

Aquella noche, al llegar a casa, el señor Hollister felicitó a los dos muchachos por lo bien que habían recortado el césped. Estaba aún en la ventana, admirando el trabajo de los chicos, cuando Pam llamó a todos a cenar.

Estaban acabando el postre cuando Pam hizo una seña a Holly y un guiño a Sue. La chiquitina, levantándose de la silla, fue a colocar ante su madre un pequeño paquete.

—¡Vaya! ¿Qué es esto? —preguntó con asombro la señora Hollister.

—Un regalo —informó Holly.

—Una cosa que vas a necesitar para cuando hagamos el viaje al Oeste —añadió Pam.

—Hijos, no me gusta desilusionaros, pero no podemos hacer ese viaje a Nevada —dijo la madre.

—Bueno. Pero si lo hiciéramos, lo necesitarías —repuso reflexivamente Holly.

La madre abrió el paquete y contuvo una exclamación de sorpresa al ver el elegante portadocumentos de cuero negro con las iniciales EH, de Elaine Hollister.

—¡Qué precioso trabajo en plata! —comentó la madre, examinando las letras—. Y me gusta mucho la cartera. ¡Cuántos departamentos para llevar vuestras fotografías!

Muy contenta, se levantó y fue a besar a cada uno de sus hijos. Un momento después sonaba el teléfono y Pete acudió a responder.

—¿Diga?… Sí, señor Blair. Llamaré a papá.

Pete entregó el auricular a su padre que saludó:

—Hola, Ken.

La conversación duró varios minutos. Cuando colgó, el señor Hollister volvió a la mesa sonriendo y sacudiendo repetidamente la cabeza.

—No nos tengas intrigados, papá —dijo Pam—. ¿Qué quería el señor Blair?

—Insiste en que vayamos a visitar el K Inclinada.

El señor Hollister siguió diciendo que el señor Blair había telefoneado recientemente a su casa, enterándose de que en los últimos días la situación misteriosa había empeorado.

—Más luces misteriosas y más robos de antílopes —concluyó el señor Hollister.

—Entonces, ¿podremos ir, papá? —preguntó Ricky, zalamero, acercándose a rodear con su brazo los hombros de su padre.

—Realmente, ahora tengo demasiado trabajo en la tienda.

—Podría llevarnos mamá —apuntó Pete, con una risilla—. ¡Y ahora que tiene la cartera nueva!…

La familia se enzarzó en comentarios sobre el posible viaje y los

niños hicieron sus súplicas cada vez más insistentes. Hasta que la señora Hollister declaró:

—Es una buena oportunidad. ¿Te parece bien que sea yo la que acompañe a los niños?

—¡Hurra! ¡Viva mamita! —gritó sonoramente Holly.

—Estoy seguro de que podrás arreglártelas sola —repuso risueño el señor Hollister, cuando cesaron los palmoteos de sus hijos.

—Me llevará un par de días prepararlo todo —dijo la madre—. Entretanto, podemos telefonear al señor Blair diciendo que vamos.

Al día siguiente, Pam y su madre estuvieron muy ocupadas disponiendo las cosas para el largo viaje. Sue las miraba, entusiasmada, escoger las ropas que cada niño podría necesitar. Pete fue al Centro Comercial para ayudar a su padre y Ricky y Holly se sentaron en el embarcadero, a orillas del lago.

—Estoy deseando ver Nevada —dijo el pecoso.

—¿Y por qué no jugamos al rancho K Inclinada, mientras esperamos? —propuso su hermana.

Oyeron, entonces, chapoteos en el agua y al volver la cabeza vieron a Joey que se aproximaba en una canoa.

—¡Vete de aquí o llamaré a Pete! —advirtió Ricky.

—¿Por qué no somos amigos y jugamos? —propuso el chicazo.

Amablemente, Holly informó:

—Nosotros vamos a jugar al rancho K Inclinada. Está en el Oeste y nosotros vamos a ir allí.

—Me parece estupendo —declaró Joey, amarrando ya su embarcación—. Contadme más cosas.

Y cosa extraña, Joey escuchó cortésmente, mientras Ricky y Holly revelaban sus planes. Por fin dijo:

—Apuesto lo que queráis a que conozco a alguien que también vosotros querríais conocer. Y hasta sé dónde encontrarle.

—¿Sí? ¿De quién hablas? —preguntó Ricky.

—De un hombre. Me detuvo en la calle, después que tuvimos aquella pelea, y me preguntó por vosotros.

—¿Por qué? —preguntó inmediatamente Holly—. ¿Qué quería?

—¡Canastos! —exclamó el pecoso con los ojos muy abiertos—. ¡Otra vez ese curioso!

—¡Ja, ja, ja! —rió Joey—. No tenéis de qué asustaros. Os he

gastado una broma.

Ricky y Holly se miraron, inquietos.

—Entonces, ¿es mentira lo que has dicho? —preguntó la niña, mirando dudosa a Joey.

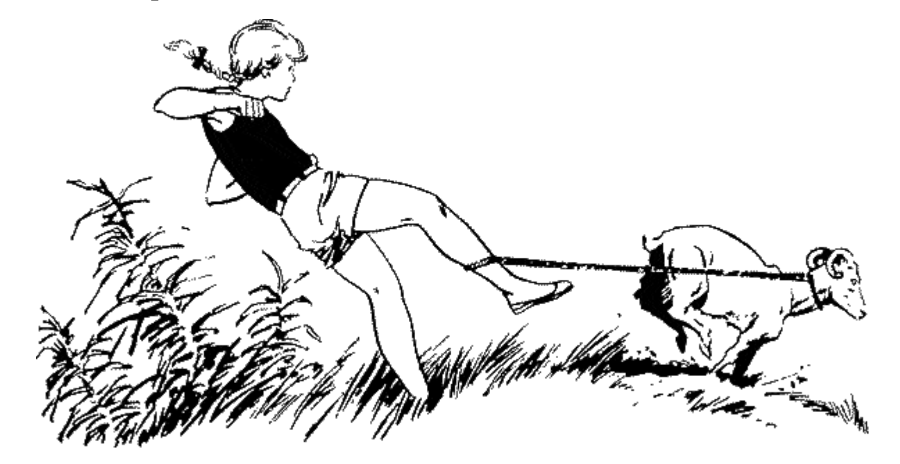
—Claro —contestó el chico, que parecía empeñado en no mirarla a la cara—. Vamos. Juguemos al K Inclinada.

—Pero no tenemos vacas… ni antílopes —objetó Ricky.

—El señor Johnson, el granjero, tiene algunas. Vamos, saltad a mi canoa que os llevaré allí. Está muy cerca. En la primera curva del lago.

—No, no. Nosotros iremos en las bicicletas y nos encontraremos luego —propuso Holly, que seguía desconfiada.

Joey se avino al trato y, después de saltar a la canoa y desatar la cuerda, empezó a remar.



Ricky y Holly montaron en sus bicicletas y pedalearon en dirección a la granja de Johnson, que se encontraba en la ladera de una montaña, a poco más de una milla de distancia. Como llegaron antes que Joey, se detuvieron a esperarle.

Luego los tres saltaron una cerca de alambrada y cruzaron una zona de pastos. Sujetos a largas cadenas, había varios animales alimentándose.

—¿Veis los antílopes? —preguntó Joey.

—¡Pero si sólo son cabras! —protestó Ricky.

—¡Qué más da! —replicó Joey, retorciéndose de risa—. También tienen cuernos y cuatro patas.

A Holly no le molestó la broma. Le gustaban los animales y se acercó a una de las cabras para acariciarla. Pero mientras lo hacía el animal echó a andar en círculo, alrededor de la niña, arrastrando su cadena sobre la hierba.

—¡Cuidado, Holly! ¡Te vas a enredar en la cadena!

La niña dio un salto y la cadena pasó bajo sus pies, pero la cabra siguió moviéndose en veloces círculos y Holly quedó apresada.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó la pobre niña.

La cadena fue tensándose alrededor de sus piernas, mientras gritaba de nuevo, pidiendo ayuda, Holly cayó al suelo.

UN VIAJE ACCIDENTADO



Holly lanzó otro agudo grito al sentir que la cadena le oprimía los tobillos. Valientemente, intentó Ricky hacer mover la cabra en dirección opuesta, pero el animal era casi tan grande como él.

—¡Ayúdame, Joey! —pidió a voces.

Pero el otro no tenía ninguna intención de hacerle caso. Muy al contrario, se mantuvo a buena distancia, observando y riendo.

Por suerte, los gritos de Holly llegaron hasta el granjero que estaba plantando tomateras en un campo cercano. El señor Johnson llegó corriendo y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¡Mi hermana ha quedado enredada en la cadena! —explicó Ricky que sentía un susto enorme.

—Quieto, «Billy» —dijo apaciguador, el granjero, hablando con la cabra, mientras soltaba la cadena del collar. Cuando vio libre a Holly, Joey dio media vuelta y corrió hacia la cerca. Viéndose libre, la cabra «Billy» descendió por la ladera a un alegre trote, hasta que vio a Joey que corría. Inmediatamente «Billy» bajó la testuz y corrió a más velocidad, dispuesta a embestir al chico.



—¡Corre, Joey, corre! —gritó Ricky, compadecido.

Joey miró por encima de su hombro. Abriendo mucho los ojos con expresión de susto, redobló la carrera, pero la cabra era más veloz que él.

En el momento en que Joey llegaba a la cerca, «Billy» le alcanzó con los cuernos en la parte posterior de los pantalones. Joey saltó por los aires, yendo a aterrizar con gran estrépito al otro lado de la cerca. Ricky se estremeció e hizo una mueca, mientras comentaba:

—¡Canastos! ¡Ha debido de hacerse daño!

Y siguió observando a Joey que se alejaba cojeando.

—Ahora, explicadme qué estabais haciendo en mis pastos —pidió el señor Johnson, mientras ayudaba a Holly a levantarse.

Ricky explicó lo que Joey les había dicho sobre los antílopes y acabó declarando:

—No teníamos que haberle creído. Nos ha engañado.

—Bien. Venid conmigo para que la niña se dé un baño de pies en agua fría —dijo, amablemente, el granjero.

Los dos descendieron por la ladera, pasaron ante el granjero y entraron en la cocina de una atractiva y vieja casa de campo. El

señor Johnson llamó a su esposa y ella llenó un barreño de agua fría, mientras Holly se quitaba los zapatos y los calcetines, para bañarse los pies.

—Muchas gracias —dijo la niña—. Son ustedes buenísimos.

—¿Qué os parece? ¿Os comeréis unas galletas con un vaso de leche de cabra? —preguntó la cariñosa señora Johnson.

Holly y Ricky afirmaron repetidamente con vigorosos cabeceos. La señora les sirvió unos grandes vasos de fresca y cremosa leche y un plato lleno de pastas hechas con harina de avena.

—Siento mucho haber saltado la cerca y molestado a sus cabras —dijo gentilmente Holly, después de hacer desaparecer con la lengua el espléndido bigote que la leche le había dejado.

—Y yo también —afirmó su hermano—. ¡Canastos! ¡Qué bueno está todo!

La señora Johnson secó a la niña los pies y pronto los dos hermanos estuvieron preparados para marcharse. El granjero les acompañó hasta la salida de la cerca y, después de despedirles, fue a buscar a «Billy» para atarla de nuevo a la cadena.

Más tarde los pequeños explicaron su aventura con las cabras, Pete y Pam aseguraron que sentían mucho lo ocurrido a su hermana y también a Joey.

—Pero no tenéis que preocuparos por no haber visto antílopes —dijo Pam—. Ya los veremos en el Oeste.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Ricky.

—Mañana por la mañana. De modo que conviene que os acostéis temprano —dijo la señora Hollister.

A las seis de la mañana siguiente todos estaban levantados. Metieron las últimas cosas en las maletas, y Pete y Ricky fueron sentándose en ellas para poderlas cerrar. «Domingo», «Zip», «Morro Blanco» y sus hijitos se quedarían en la casa, donde el señor Hollister se encargaría de ponerles la comida diariamente.

A las ocho y media todas las maletas estaban en la furgoneta y la familia se hallaba dispuesta a marchar. Las niñas besaron y abrazaron a su padre, prometiéndole ir enviando postales durante el trayecto.

Cuando el vehículo se ponía en marcha, Pam vio a Joey Brill que llegaba a paso lento, desde el final de la calle.

—¡Adiós, Joey! —se despidieron los cinco hermanos, cuando la furgoneta pasó junto al chico.

—¡Ja, ja! Vais a tener líos en este viaje —gritó con maligna expresión Joey.

—¿Qué habrá querido decir? —preguntó Pete, mientras su madre conducía ya hacia la carretera.

La señora Hollister opinó que no podía tratarse de otra cosa más que de una ocurrencia momentánea del chico que seguía siendo tan poco amable como siempre.

La predicción de Joey no resultó ser cierta… al menos durante los dos primeros días de viaje. Toda la familia pasó horas felices, mientras atravesaban las montañas orientales y recorrían las largas pistas de automóviles, abiertas en los estados del centro del país. Para las dos primeras noches la señora Hollister eligió dos moteles que tenían piscina para que, por la mañana, los niños pudieran darse una refrescante zambullida.

Pero el tercer día no resultó tan apacible. A media tarde el cielo se cargó de nubes, empezó a llover copiosamente y muy pronto los limpiaparabrisas no pudieron despejar los cristales.

La señora Hollister detuvo el vehículo a un lado de la carretera y esperaron a que cesase m, tormenta.

El coche que iba tras ellos hizo lo mismo.

Cuando cesó la lluvia, la señora Hollister reanudó la marcha y el coche de detrás la imitó.

—Hoy debemos buscar un motel temprano —dijo Pam—. Debes de estar cansada.

—Tienes razón —repuso la señora Hollister.

Era poco más de las cuatro y empezaban a aparecer tramos de un intenso azul en el cielo. La señora Hollister detuvo la furgoneta ante un moderno motel. Estaba construido a un lado de la carretera y el terreno de la parte posterior, que formaba una suave rampa, estaba lleno de cajas.

Cuando toda la familia tuvo las maletas en sus habitaciones, Holly se asomó a la ventana que daba a la parte posterior.

—Mamá, ¿qué son aquellas cajas? —preguntó.

—Son panales. Los propietarios del motel se dedican a cultivar miel, para venderla a los turistas.

Ricky y Pete entraron en la habitación que ocupaban su madre y sus hermanas. El pequeño declaró:

—¡Canastos! ¡Cómo me gusta este sitio!

—Es muy bonito —concordó Pam.

La niña estaba ante una ventana abierta, junto a la cual había un escritorio y sobre él varias postales.

—Voy a escribir una nota a papá —dijo la señora Hollister, que abrió su bolso para coger la pluma y al mismo tiempo sacó la cartera nueva, donde llevaba algunos sellos.

—Dile a papá que le mandamos un montón de besos —encargó Holly, mientras su madre empezaba a escribir.

Luego la señora Hollister abrió la cartera, sacó un sello y se le ocurrió dejar el bonito portadocumentos de piel sobre el repecho interior de la ventana. De pronto, mientras abría el bolso para guardarlo todo, la mano de un hombre apareció por la ventana.

Pam dio un grito de miedo, pero la señora Hollister quedó tan aterrada que no pudo ni moverse.

Fue Pete quien se decidió a actuar con rapidez. Se acercó corriendo a la ventana y agarró los dedos del hombre en el momento en que se cerraban alrededor de la cartera.

—¡Quieto, ladrón! —gritó Pete, indignado.

Pero, con un poderoso empujón, el hombre se desprendió de Pete que cayó de espaldas. En aquel mismo instante, se oyó cómo alguien huía a la carrera. Cuando Pete se puso en pie y se asomó a la ventana, ya no se veía a nadie.

—¡Dios mío! —murmuró la señora Hollister, que se había puesto muy pálida.

—No te preocupes, mamá —la tranquilizó Pete—. Nosotros encontraremos al ladrón.

El chico salió corriendo de la habitación, seguido de Pam, Holly y Ricky. Pete se encaminó directamente a las oficinas del motel, para informar de lo sucedido. El director del motel, un hombre de edad, con cabellos grises y gafas de montura dorada, ayudó a los niños a buscar por todas partes, pero no pudieron encontrar a nadie. Al cabo de un rato, la señora Hollister y Sue se unieron a la búsqueda, pero todo fue inútil. Cuando acompañó a la familia a sus habitaciones, el director pidió disculpas a la señora Hollister por el

desagradable incidente.

—Telefonearé a la policía —prometió.

—Iremos con usted —se ofreció Pete—. Puede que encontremos alguna pista en la oficina.

Pete, Pam, Holly y Ricky marcharon tras el director. Mientras el hombre llamaba a la comisaría, los niños estuvieron mirando por la silenciosa habitación.

Acababa el director de colgar el auricular, cuando sonó un fuerte chasquido en la fachada del motel.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡Un coche ha chocado contra nuestra furgoneta!

—¡Cielos! —exclamó el director, saliendo de la oficina—. ¿Qué será lo próximo que ocurra?

La parte posterior del vehículo de los Hollister tenía una gran abolladura, hecha por el morro de otro coche que se había hundido en él. También la señora Hollister corrió a ver qué había sucedido. Un hombre bajo y calvo, de muy poca estatura, salió del coche, sacudiendo furiosamente las manos.

—¡Han retrocedido de repente y se han abalanzado sobre mi coche! —gritó el hombre, acusador.

—¡Qué mentira tan gordísima! —se escandalizó Holly—. ¡Mamá no ha hecho eso!

La señora Hollister quedó aturdida, ante aquella falsa acusación, y sólo pudo murmurar:

—Desde luego, yo no he hecho tal cosa. Estaba en mi habitación.

En aquel momento llegó en un coche patrulla el policía a quien había telefoneado el director del motel. En cuanto le vio salir del coche, el hombre calvo se aproximó al oficial, diciendo:

—Le pido que arreste a esta mujer. Mire cómo ha dejado mi coche.

El policía se acercó a la señora Hollister y preguntó:

—¿Me permite su licencia de conducción?

—No la tengo. Acaban de robarme los documentos.

El hombre calvo dejó escapar un gruñido de desprecio.

—¡Bonita historia! No creo que esta mujer haya tenido nunca permiso de conducción.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Pete al desconocido.

—Murch. Otis Murch —repuso el calvo, metiendo la mano en su bolsillo.

Inmediatamente sacó su cartera y mostró la licencia de conducción. Al examinarla, el policía comentó:

—Veo que es usted de Colorado.

Pete se dirigió inmediatamente a la parte posterior del coche. Era cierto; la matrícula era de Colorado. Pam se acercó a su hermano para decir:

—Parece el mismo coche que pasó por delante de nosotros cuando a los Blair se les deshinchó la rueda.

—Y puede que sea el mismo merodeador que vio Indy —repuso Pete.

—Pero, como no estamos del todo seguros, será mejor no decir nada a la policía.

Entre tanto, el policía estaba diciendo a la señora Hollister:

—Me temo que tendrá usted que acompañarnos a la comisaría y darnos detalles sobre el robo.

—Dudo mucho que haya existido robo —gruñó el señor Murch —. Deberían multarla por no llevar licencia.

—¡Es usted un embustero! —acusó muy decidido, Ricky.

La señora Hollister sonrió, diciendo:

—Le acompañaré a comisaría, oficial, si el señor Murch va también.

—¡Claro que iré! —declaró a gritos el grosero señor Murch—. ¡Iré a explicar cómo se ha abalanzado usted sobre mi coche!

Sue y Holly se habían echado a llorar, y Pam las rodeó con sus brazos para consolarlas.

—Esperaremos aquí hasta que vuelvas, mamá —dijo Pete—. Yo cuidaré de todos.

El señor Murch hizo retroceder su coche hasta aparcarlo al lado del vehículo de los Hollister. Luego él y la madre de los niños entraron en el coche de la policía que inmediatamente emprendió la marcha.



—No lloréis —pidió Pam a las pequeñas—. ¿Por qué no jugáis a algo?

—Tengo una idea —anunció Pete—. ¿Por qué no vais a examinar los panales?

—Eso es —asintió Ricky—. Venid, niñas.

Los tres pequeños corrieron por la pendiente de la parte trasera del motel, mientras Pete y Pam quedaron mirando el coche del señor Murch.

—Este hombre es muy malo —dijo gravemente Pam.

—Hace todo esto para algo, y voy a averiguar para qué —declaró Pete.

El chico miró por la ventanilla delantera del coche, pero no vio nada sospechoso. Luego ojeó el asiento trasero. En él brillaba algo.

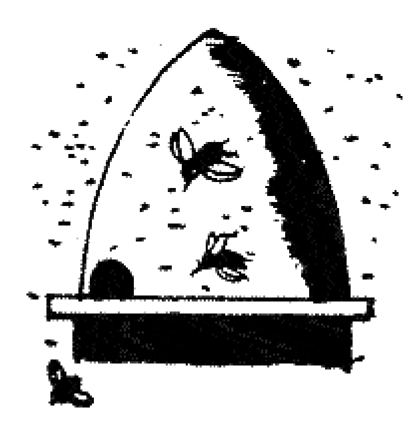
—Pam, mira.

Mientras llamaba a su hermana, Pete abrió la portezuela posterior y se agachó para recoger el objeto que brillaba.

Al verlo, Pam quedó sin aliento.

—¡Pete! —exclamó—. ¡Si es una inicial rota de la cartera de mamá!

UN DESCONOCIDO SOSPECHOSO



—¡Murch es el ladrón! —exclamó Pete, examinando la inicial rota.

—¡Tenemos que descubrirle! —decidió Pam, con los ojos brillantes de indignación.

A continuación, los dos hermanos trataron sobre la mejor manera de actuar.

—No creo que debamos ir a la comisaría —opinó Pete—. Si encontramos a alguien que nos lleve hasta allí, podemos cruzarnos con Murch que esté regresando aquí.

Los dos acordaron que lo mejor era esperar a que Murch y la señora Hollister regresasen con el policía.

—Así podremos descubrirle antes de que entre en su coche —dijo el chico.

Colocaron dos sillas a la entrada de sus habitaciones y se sentaron a esperar.

—¿Por qué nos hará todo esto ese hombre? —preguntó Pam.

—A lo mejor es enemigo de los Blair y quiere evitar que nosotros les ayudemos a resolver el misterio.

Mientras Pete y Pam esperaban, con la mirada fija en la

carretera, Holly, Ricky y Sue correteaban por la hierba de detrás del motel. Cuando llegaron a un trecho lleno de margaritas Holly y Sue se agacharon y recogieron unas cuantas, para formar un ramillete con que obsequiar a su madre. Luego siguieron en dirección a las colmenas. Sue se acercó para contemplar a un grupo de insectos que revoloteaban ante la colmena, antes de entrar.

—¡Mirad qué «perciosa» es la puertecita! —exclamó la pequeña, señalando con el dedo.

Al momento una abeja se posó en su dedito y Sue dio un grito al recibir una picadura.

—¡Le ha pasado algo a Sue! —exclamó Pam, asustada.

Pete se puso en pie de un salto y seguido de Pam, corrió en ayuda de la pequeñita. Descendieron por la superficie cubierta de hierba y muy pronto estuvieron al lado de Sue, que levantaba su dedito con aire de mártir. Pero era cierto que el dedo se le había puesto rojo e inflamado.

—Necesitamos un poco de lodo —dijo Pam que sabía muy bien lo que convenía hacer en aquellos casos, porque no era la primera vez que a los Hollister les picaba una abeja.

—Aquí hay —anunció Ricky, señalando una pequeña cañada fangosa, rodeada por tres bonitos sauces.

Todos corrieron allí y vieron cómo nacía una pequeña fuente. Inclinándose, Pam cogió un puñadito de fango, lo puso en el dedo de Sue y se lo vendó con el pañuelo.

—¿Ya estás mejor? —preguntó Holly, sonriendo.



—Ya no me duele —declaró la pequeñita, secándose las lágrimas con el revés de la mano—. Sólo hace unas cosquillas.

Los cinco hermanos ascendieron por la pendiente. Cuando dieron la vuelta a la esquina del motel Pete lanzó una exclamación de sorpresa. La señora Hollister había regresado y estaba hablando con el policía, pero ni el señor Murch, ni su coche se veían por parte alguna.

—¡Mamá! —gritó Pam, corriendo junto a la señora Hollister—.

¿Adónde ha ido el señor Murch?

Con una sonrisa, la madre contestó:

—Todo está arreglado, hijita. El señor Murch ha admitido que había cometido una equivocación y ha pedido disculpas. No hace más que unos minutos que se ha ido.

—¡Pero, mamá, si es el ladrón! —declaró Pete—. ¡Mira esto!

Metiendo la mano en su bolsillo, Pete sacó la inicial de plata, perteneciente a la desaparecida cartera de su madre.

—¿Dónde habéis encontrado esto? —preguntó el policía.

—En el coche de Murch.

Sin decir nada más, el oficial fue al coche patrulla y dio por radio las señas de Murch, para que se le detuviera. Cuando volvió, empezó a buscar en el lugar en que había estado aparcado el coche de Murch.

—¿Está usted buscando la cartera? —inquirió Pete.

—Sí —asintió el oficial—. Los ladrones no suelen quedarse con esas pruebas comprometedoras. Por lo general se desprenden de ellas lo antes posible.

Al oír aquello, Ricky fue corriendo a la oficina del motel y estuvo revolviendo en la papelera. A los pocos minutos volvía a salir, gritando:

—¡La he encontrado! ¡Aquí está tu cartera, mamá!

El policía se acercó inmediatamente al pequeño y examinó la cartera en la que seguía adherida el resto de la inicial rota.

—Aquí no hay ningún dinero, señora Hollister —informó el oficial— pero todo lo demás está intacto.

El hombre se echó hacia atrás la gorra y murmuró:

—Me gustaría saber qué motivos tenía ese hombre para obrar así.

—El robo, naturalmente —dijo la señora Hollister.

—Hay algo más —opinó Pete—. ¿Por qué se le ocurriría chocar con nuestro coche y echarte la culpa a ti, mamá?

—Puede que intente hacerles renunciar a su viaje, por algún motivo —sugirió el oficial—. ¿Quién puede desear tal cosa?

—Yo creo que nadie —repuso la señora Hollister—. Además, tomamos la decisión de hacer el viaje tan de improviso que sólo la familia y unos pocos amigos están enterados de ello.

Ricky y Holly intercambiaron una mirada. Y cuando el oficial se hubo marchado, Ricky contó a su familia lo que les dijera Joey respecto a un hombre que le hizo preguntas sobre los Hollister.

—A lo mejor es verdad que un hombre le hizo preguntas sobre nosotros, y Joey le habló del viaje que íbamos a hacer.

—Y seguramente Murch es el hombre que habló con Joey —adujo Ricky.

—Entonces Joey hablaba en serio cuando dijo que íbamos a tener líos en este viaje —comentó el mayor de los hermanos.

La señora Hollister estaba pensativa y un poco más tarde expidió una preocupada carta a su marido, contándole lo ocurrido. Luego fueron todos a cenar al restaurante del motel. Cuando acabaron y regresaban a sus habitaciones, se encontraron con el policía.

—Se ha encontrado el coche de Murch abandonado en una carretera a cuarenta millas de aquí. En realidad, el vehículo no le pertenecía —explicó el oficial—. Lo alquiló en Colorado.

—Tengo ganas de que atrapen en seguida a ese hombre tan malísimo —dijo Holly.

—Lo intentaremos —prometió el oficial, que añadió—. Ya hemos dado la alarma en varios estados.

A la mañana siguiente la señora Hollister firmó un cheque para reponer el dinero que le habían quitado y reanudaron el viaje. Después de varias horas de recorrer la despejada y fresca pradera, empezaron a ascender por las laderas de las Montañas Rocosas.

Durante todo el día la señora Hollister miró repetidamente por el espejo retrovisor y Pete tampoco dejó de mirar con insistencia para atrás, por si alguien les seguía. Pero no se veía ningún coche sospechoso, ni distinguieron el menor rastro del señor Murch.

Cansados, pero llenos de emoción por encontrarse ya cerca de Nevada, los Hollister pasaron la noche en un pequeño hotel situado en una cañada. Y al amanecer ya volvían a estar en camino.

—Con un poco de suerte, llegaremos a Elkton al anochecer —= dijo la señora Hollister.

Mientras avanzaban bajo la brillante luz del sol, Ricky gritó de pronto:

—¡Canastos! ¿A dónde se han ido todos los árboles?

El cambio en el paisaje había ocurrido de una manera tan

gradual que nadie recordaba con exactitud cuándo habían dejado de verse los árboles y los verdes campos.

En todas direcciones se veía una vasta extensión de tierra yerma, bordeada por las nevadas cimas de las montañas. En lugar de los grandes árboles de antes, se veían grupos de juníperos enanos, artemisa y retama. Ante los viajeros, la carretera se convirtió en una estrecha faja que formaba constantes ondulaciones, hasta desaparecer en el horizonte.

—Ya estamos en el salvaje Oeste —anunció Pete, entusiasmado.

Siguieron viajando varias horas, hasta que llegaron a una bifurcación. El sol reverberaba en el cartel indicador y la señora Hollister tuvo que reducir la marcha para poder leerlo.

—Elkton a la derecha —informó Pam.

—No. A la izquierda —rectificó Ricky.

Atendiendo a lo último que le habían dicho, la señora Hollister tomó el camino de la izquierda. Aunque un momento después preguntaba:

—¿Estás seguro, Ricky?

—¿Por qué no volvemos, para asegurarnos? —propuso Pam.

—Puede que me haya equivocado, mamá —admitió el pecoso.

—No perdamos tiempo —apremió Pete—. Si nos hemos equivocado, pronto lo veremos.

La señora Hollister condujo la furgoneta a lo largo de cinco o seis kilómetros. La carretera era buena, pero no llegaba ningún vehículo desde la otra dirección.

Mientras Pam empezaba a fruncir la frente con extrañeza, Sue exclamó:

—¡Un animalito nos está persiguiendo!

Todos volvieron la cabeza y vieron que un esbelto animal de largas patas, corría por la carretera, detrás del coche.

—¡Debe de ser un antílope! —exclamó Pete, que se fijó en el color canela del cuerpo del animal, el vientre blanco y el contraste blanco y negro de la cara.

Apenas se veían los dos cuernecilloa que tenía el animal junto a cada una de las puntiagudas orejas.

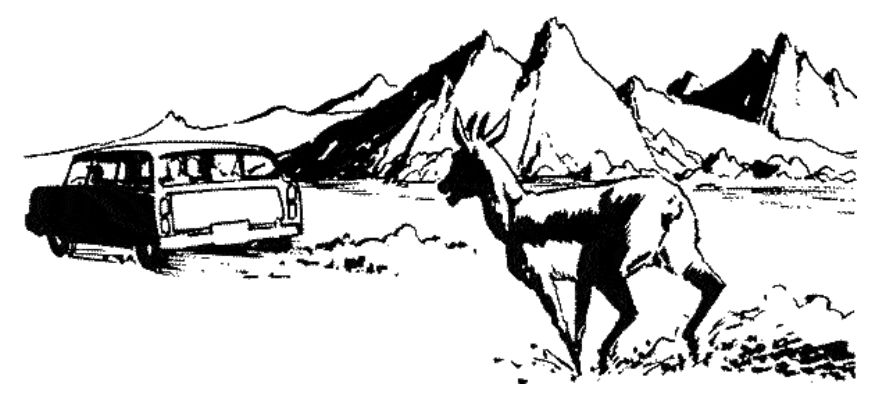
—¡Corre, mamá, a ver si le ganas! —pidió Ricky.

La carretera se había estrechado y la señora Hollister no

conducía entonces a más que unos sesenta kilómetros por hora. El antílope continuó persiguiendo al vehículo durante un rato y al fin se reunió con otros graciosos animalitos de su misma raza, que correteaban entre la artemisa a varios metros de la carretera.

—¡Qué bonitos son! —comentó emocionada, Pam.

—Pero yo no veo a los hijitos —protestó Sue.



La madre acababa de detener el coche y, volviéndose hacia su hija, declaró:

—Creo que tenías razón, Pam. Tú, Ricky, tendrás que aprender a leer carteles.

—Pero es que yo sabía que íbamos a ver un antílope —bromeó el pícaro Ricky, que siguió mirando hacia atrás, con la barbilla apoyada en el respaldo del asiento.

Pete, que iba sentado junto a su madre, se volvió y pasó la mano por el cabello rojizo del pequeño, que quedó completamente despeinado.

—De todos modos —dijo Pam cuando llegaban de nuevo a la bifurcación—, lo hemos pasado muy bien, perdiéndonos por este camino.

Después de una comida rápida en un pequeño restaurante de la carretera, los Hollister subieron a la furgoneta y continuaron el viaje. Todos los niños mantenían los ojos fijos en el paisaje, invadido de artemisa, por si volvían a descubrir algún ciervo, pero no apareció ningún ser viviente en la zona desierta por donde iban cruzando.

A las tres de la tarde llegaron los viajeros a una población cuyo

nombre se leía en un letrero de la entrada: Salt Creek. En la calle principal había tiendas a ambos lados y unos cuantos coches aparcados diagonalmente junto al bordillo. Cuando la señora Hollister detuvo la furgoneta ante un semáforo, Ricky con los ojos muy abiertos, quedó contemplando un edificio de la acera de enfrente, donde decía: «Oficina del Sheriff».

—¡Oooh! —se admiró el pecoso—. ¡Mirad! ¡Igual que en la televisión!

Mientras el pequeño hablaba, se encendió la luz verde y la furgoneta volvió a ponerse en marcha. Y en el mismo momento, la puerta de la oficina del sheriff se abrió. Un hombre mal vestido salió corriendo, se sentó al volante de un coche viejo y, describiendo una curva en forma de U, salió a toda velocidad por la carretera, delante de los Hollister.

—¡Mamá! —gritó Holly—. ¡Es un fugitivo y está escapando!

EL VAQUERO MISTERIOSO



—¡Sigue a ese coche! —ordenó Ricky a su madre—. ¡No vayas a permitir que el bandido se escape!

Holly era tan imaginativa como Ricky y exclamó:

—¡Parece un malo de verdad, mamita!

Y Holly ya creía estar viendo al sheriff de Salt Creek tendido en el suelo, detrás de su escritorio, con un revólver humeando en su mano.

—¡Vamos, vamos, niños! —exclamó apaciguadora la señora Hollister, conduciendo a una velocidad razonable—. Lo más probable es que este hombre sea un amigo del sheriff.

—Claro que sí —concordó Pam—. Sólo porque tenga prisa no va a ser un hombre malo, Holly.

—Pues si Ricky cree que es un malote, yo también lo creo —declaró Sue.

Pete se echó a reír, diciendo:

—Estamos empatados tres a tres, así que no haremos nada por detener a ese bandido.

Por suerte había otras cosas que entretuvieron pronto a los pequeños viajeros. De vez en cuando, una enorme liebre cruzaba

veloz la carretera. En varias ocasiones, pudieron contemplar los niños pequeños perros de la pradera, que parecían cerditos, sentados en posición de alerta junto a los hoyos cavados por ellos en el desierto.

Durante varios kilómetros la carretera corría paralela a las vías de ferrocarril. Pasó un tren ante la furgoneta de los Hollister y los cinco hermanos saludaron alegremente con las manos a los pasajeros que sonrieron, respondiendo a los saludos.

Finalmente, en la distante llanura, apareció Elkton con su rascacielos de cincuenta pisos, destacando como un centinela ante las montañas de un azul verdoso del fondo. Con creciente nerviosismo contemplaron los niños los edificios que en un principio parecieron de juguete e iban creciendo ante sus ojos, a medida que se acercaban a la ciudad.

Cuando la furgoneta cruzó las vías del tren y penetró en la calle principal, la señora Hollister dijo:

—Ahora tenemos que averiguar en dónde se encuentra el K Inclinada.

Mientras avanzaban lentamente, los niños buscaban con la vista algún letrero que indicase el camino al rancho de los Blair, pero no se veía ninguno. De repente Ricky exclamó:

—¡Allí le veo! ¡Por allí va!

—¿Quién? —preguntó Pete.

—¡El malo! ¡El hombre que ha huido de Salt Creek! —contestó el pecoso, señalando un callejón situado entre dos tiendas.

La madre buscó un lugar donde detenerse, aunque no para buscar al desconocido, y acabó yendo a aparcar ante una gasolinera. Ricky y Holly bajaron inmediatamente. Corrieron calle abajo y se metieron por el callejón, pero un poco después regresaban sin aliento.

—Ha desaparecido —jadeó Ricky.

—Pues ha tenido suerte —dijo Pam, haciendo un guiño a Pete—. Si llegáis a encontrarle, le habríais arrestado.

Los dos pequeños aceptaron la broma con una sonrisa. Luego, mientras el empleado de la gasolinera llenaba de gasolina el depósito de la furgoneta, Sue declaró:

—Tengo calor y sed.

—Hay una tienda de refrescos ahí en frente —repuso la madre —. ¿Por qué no vais a tomar algo?

Pete se hizo cargo del dinero que les dio la madre y los cinco hermanos cruzaron la calle. La tienda olía muy bien y no hacía calor. Los niños se acercaron al mostrador y se sentaron en altas banquetas, mientras esperaban que un camarero acudiese a servirles.

En aquel momento entró otra niña, que tendría la edad de Pam, y fue a sentarse junto a ella. Llevaba un vaporoso vestido recién planchado y su cabello oscuro aparecía perfectamente peinado. Ni uno solo de sus rizos se movía.

—Hola —saludó Pam, amablemente.

La otra miró a Pam de arriba abajo, desde el alborotado cabello, hasta los pantalones de algodón y las zapatillas de goma. Luego, en lugar de contestar al saludo, volvió la cabeza y miró al techo, despectivamente.

—¡Qué personas tan amables! —comentó Holly, ofendida.

El camarero que había estado fregando vasos en un mostrador cercano llegó, dispuesto a servir, y sonrió a los Hollister.

—Veo que todos sois hermanos —comentó, sonriendo.

—Yo no —dijo inmediatamente la niña del cabello oscuro—. No me confunda con esta pandilla de vagabundos.

Al acabar de hablar, la niña hizo una mueca de asco y arrugó la frente. Viendo la forma que había adoptado su boca, Sue la miró con aire compasivo y dijo:

—¡Qué raro! Te ríes al revés.

Los demás se echaron a reír y la otra niña, muy enfadada, bajó del taburete para ir a otro más separado de Pam.

—Es una presumida —dijo Holly, en un susurro. Y en voz alta pidió—: ¿Me puede poner un chocolate de avellanas con helado de vainilla y encima jarabe de chocolate?

—De eso ponga dos —dijo Ricky, relamiéndose.

Sue prefirió un helado de fresa y Pete y Pam pidieron dos batidos de leche con vainilla. La niña pidió un refresco de soda.

El camarero sirvió primero a los Hollister.

—¡Huuum! ¡Está riquísimo! —dijo Ricky.

En aquel momento Pam dio un grito de sorpresa, al que siguió el

estrépito de cristal roto. El refresco de la niña de su lado se había volcado en el mostrador, resbalando por los pantalones de Pam, y el vaso fue a parar al suelo.

—¿Veis lo que me habéis hecho hacer? —gritó la niña, indignada.

Pam estaba aturdida y sólo supo contestar:

—¿De qué estás hablando? —mientras se secaba los pantalones con una servilleta.



—Me habéis puesto tan nerviosa que el vaso me ha resbalado de la mano.

Y, sin dar a nadie una disculpa, bajó del taburete y salió de la tienda.

—¡Eh! ¡Espera un momento! —llamó el camarero. Pero acabó sacudiendo la cabeza al tiempo que comentaba—: No es más que una criatura mimada.

El hombre fue a buscar una bayeta, una escoba y serrín y con ello recogió los vidrios y secó el suelo.

—Siento mucho lo que ha ocurrido —dijo—. Esa niña vive en un hotel de la ciudad. Es muy rara.

Pam intentó limpiar sus pantalones, pero le quedó en ellos una gran mancha.

—Quisiera hacer algo para compensaros de esto —dijo el camarero.

Entonces se le ocurrió rebañar algunos recipientes de helado y sirvió una nueva ración a cada niño.

—¡Zambomba! ¡Muchas gracias! —dijo Pete.

Cuando acabaron, Pete pagó y todos cruzaron hasta la gasolinera, donde su madre estaba esperándoles. Cuando Pam le contó/lo sucedido, la señora Hollister comentó:

—Siempre hay personas mal educadas en el mundo, pero por suerte, no son muchas. Aquí me han dado la dirección del K Inclinada. No queda lejos. ¡Vamos! Todos arriba.

Durante varios kilómetros la carretera se extendía al sur de la ciudad. Luego giraba a la derecha para avanzar en dirección al pie de las montañas. Después de describir muchas curvas llegaba a un claro que parecía una meseta.

—¡Allí está el rancho! —anunció Pete.

Ante ellos se veía una casa larga y baja, hecha de troncos. Un grupo de álamos le daban sombra. A un lado de la casa había un granero e, inmediato a éste, un corral.

Cuando la furgoneta fue aproximándose, los niños pudieron ver un gran depósito de agua, situado entre los árboles de detrás del granero. Y no sin sorpresa, descubrieron un pequeño estanque, en medio de un verde prado, a la derecha de la casa. En el estanque desembocaban las aguas de un* arroyuelo que regaba la zona de pastos en que se alimentaban varias vacas.

Al cruzar una amplia verja vieron, a un lado, un cartel de

madera donde se había grabado con fuego una gran K inclinada.

Pete, que seguía sentado junto a su madre, se inclinó para tocar varias veces la bocina. Al momento, dos niños salieron al patio.

—¡Mirad! ¡Son Bunky y Gina! —gritó Holly.

—¡Y allí está el señor Blair, que sale de la casa!

En cuanto la señora Hollister detuvo la furgoneta delante de la casa, los niños se apresuraron a abrir las portezuelas.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó el alborotador Ricky.



Los chicos se palmearon la espalda y las niñas se abrazaron cariñosamente. Entre tanto, una señora baja y delgada, de cabello negro, salió de la casa. El señor Blair presentó a su esposa a los Hollister.

—Tienen ustedes un rancho precioso —dijo la señora Hollister, aspirando profundamente el aire puro.

—Lo malo es que no tenemos bastantes lluvias para que los pastos sean duraderos y provechosos —se lamentó el señor Blair.

Su mujer, con una sonrisa, añadió:

—Pero no conocen ustedes a nuestro equipo. Ahí llegan algunos de los muchachos.

Un hombre fornido y de buen aspecto, con las piernas algo combadas, y una bonita muchacha de ojos brillantes y cabello rojizo, llegaron lentamente desde el corral.

—Les presento a Bronco Callahan, nuestro capataz —dijo el señor Blair—. Y ésta es su hija Cindy.

Se estrecharon las manos y los niños hablaron con la muchacha; Pam calculó que debía de tener unos dieciséis años.

—Cindy trabaja parte del día en la biblioteca de Elkton —

explicó Gina—. Y nos trae libros muy buenos.

—Por un momento, al ver su coche, no creí que fueran ustedes, sino un nuevo vaquero al que acabo de contratar —dijo el señor Blair.

Durante la media hora siguiente, Gina, Bunky y Cindy se encargaron de mostrar a los Hollister todas las habitaciones y dependencias del rancho, mientras los mayores quedaban en la sala, hablando. Los niños visitantes quedaron maravillados al contemplar el estanque que, según les dijeron, estaba lleno de peces. Mientras estaban mirando un gran hoyo en donde se hacía la barbacoa, Pete preguntó:

—¿Y dónde está el Viejo Papá Callahan?

—Ha ido a cazar al león —repuso Bunky, explicando a continuación que un puma de la montaña había estado matando muchas reses.

Cuando regresaban a la casa, llegó otro coche. Cuando se detuvo y pudo verse al conductor, Holly dio un gritito.

—Ricky, ¿no es ése el hombre malo que huyó de la oficina del sheriff?

—¡Canastos! ¡Si parece el mismo!

En un susurro, el pecosillo habló a su madre, a Pete y a Pam de sus sospechas. Pero la señora Hollister no tenía intención de interrumpir al recién llegado y al señor Blair que ya estaban hablando.

—Soy Dakota Dawson —dijo el alto vaquero que tenía una ruidosa voz.

—Bien venido —repuso el señor Blair, estrechándole la mano.

Dakota Dawson bajó la vista hasta los niños que le miraban fijamente. El vaquero tenía el rostro curtido por el sol, la barbilla muy saliente y los ojos grises. Cuando el señor Blair le presentó a los Hollister, Dakota no hizo más que saludar con un cabeceo. Luego, abrió el portaequipajes de su coche para sacar su montura y un rollo de mantas.

El osado Ricky se acercó a él para preguntar:

—Señor Dakota, ¿viene usted de Salt Creek?

El misterioso vaquero miró al pequeño sin siquiera sonreír y al cabo de un momento repuso:

—Tengo un hermano que vive allí.

Con una mano sostuvo las mantas enrolladas y con la otra se echó al hombro la montura, para encaminarse al edificio que habitaban los vaqueros.

Perplejos ante la brusca actitud de Dakota, Ricky y Holly siguieron a los demás que se dirigían al interior de la casa. Después de cruzar el trecho sombreado del pórtico, entraron en una amplia sala. Pam observó que el techo, cuyas gruesas vigas quedaban al descubierto, estaba formado por un entramado de madera, hecho a mano. En un extremo había una gran chimenea, y en el otro una mesa redonda y varias sillas. Era la zona utilizada como comedor.

La señora Hollister y Sue fueron acompañadas a la habitación destinada a invitados, para Pam y Holly se habían preparado dos camitas iguales en la habitación de Gina, y Pete y Ricky llevaron sus maletas al dormitorio de Bunky.

Luego bajaron todos a saborear la apetitosa cena ranchera. Al terminar ya había oscurecido, pero los niños salieron un rato a pasear por las tierras del rancho y contemplar las estrellas.

Pete quedó mirando fijamente la gigantesca y negra forma de las montañas en la distancia. ¡Acababa de ver brillar una luz! Se encendía y apagaba con la rapidez de un parpadeo… Sin apartar los ojos de aquellos resplandores, Pete echó a andar, lentamente, en dirección a la montaña.

¡Y de repente, dos manos poderosas sujetaron al muchachito por los hombros!

UN PEZ CON TRENZAS



Las manos, fuertes y nervudas, aferraron a Pete con la fuerza de una llave inglesa. Mientras el chico forcejeaba, deseoso de quedar libre, el hombre le obligó a retroceder varios pasos.

—¡Suélteme! —gritó Pete.

Retorciéndose como una anguila, Pete intentó mirar a la cara a su aprehensor. Pero la ancha ala del sombrero dejaba las facciones del hombre ocultas en la oscuridad. Sin embargo, en un momento en que la luz de la luna les iluminó, Pete creyó reconocer el perfil de Dakota Dawson.

—¡Ya sé que es usted, Dakota! —gritó Pete.

En el mismo instante, el hombre dejó libre al muchacho.

—Tranquilízate —contestó, echándose hacia atrás el amplio sombrero.

Y a la mortecina luz de la luna Pete pudo ver la fuerte mandíbula y la piel curtida del vaquero misterioso.

—¿Qué piensa usted hacerme? —preguntó el chico.

—Nada. —Señalando una sombra negra que se veía a pocos pasos, junto a un alto álamo, el vaquero explicó—: Es un hoyo para la barbacoa. Has estado a punto de caer en él.

—¡Me ha salvado usted de hacerme daño! —murmuró Pete, agradecido.

—Ya lo creo. No pasees nunca durante la noche, mirando al cielo.

—Es que estaba mirando la…

Pete se mordió los labios, antes de pronunciar la palabra «luz». Aquellos resplandores podían ser una señal para Dakota Dawson o para otras personas que actuasen ilegalmente en las tierras del rancho K Inclinada.

Pete miró nuevamente a la cima de la montaña. Los resplandores habían desaparecido. Entonces se volvió para hablar con Dakota, pero a su lado no encontró a nadie. El vaquero había desaparecido entre las sombras tan misteriosamente como llegara.

Mientras volvía a la casa, Pete iba pensando en el extraño comportamiento de Dakota. ¿Sería un espía pagado por los desconocidos que merodeaban en la montaña?… Aunque lo fuera, el vaquero debía tener algo de bondad, se dijo Pete, pues de lo contrario le habría dejado caer en el hoyo.

«Y seguramente me habría herido» —se dijo el chico.

Pete encontró a Pam, Bunky y Gina conversando cerca del porche. Cuando les explicó lo que le había sucedido, Bunky declaró:

—En cuanto venga el Viejo Papá de la caza del puma le hablaré de Dakota. Él sabe cómo conocer a las personas.

—Pero no supo conocer a Millie Simpson —recordó Gina a su hermano.

—Es verdad —admitió el niño—. Si Millie ha visto esas luces desde la ventana de su hotel, también le asustará venir a recibir lecciones mañana.

—¿Dónde monta a caballo? —preguntó Pete.

—Por las tierras del rancho —contestó Bunky—. La enseñan Cindy o Bronco, y algunas veces el Viejo Papá, pero Millie no hace caso de nadie.

—De todos modos, me gustaría conocerla —dijo Pam.

—¿Por qué? —preguntó Bunky.

Con una de sus afables sonrisas, Pam repuso:

—Sólo por curiosidad.

Como había pasado bastante tiempo desde que cenaran, los

cuatro niños tomaron un chocolate caliente con galletas, antes de acostarse.

La mañana siguiente amaneció despejada y resplandeciente, como eran la mayoría de los días en Nevada. Los niños se levantaron temprano y, después de tomar un abundante desayuno, salieron al corral para ver los caballos. Sue, lo mismo que los otros, trepó a lo alto de la cerca.

En el interior del corral había una docena de hermosos caballos. Bronco Callahan, que montaba un brioso caballo pinto, hizo ondear un lazo. Con él alcanzó a dos caballos que condujo con suavidad al lugar en que Pete y Pam estaban sentados.

—¿En cuál quieres dar un paseo, Pam? —preguntó.

—En el pinto pequeño.

—A ti, Pete, ¿te parece bien este bayo?

—¡Ya lo creo! —asintió el chico, muy contento.

—Bien. Pues bajad de ahí y sacad a los animales del corral —indicó Bronco—. Luego ensillaremos para que toméis la primera lección de cabalgar y echar el lazo.

—¡Zambomba! ¡Es estupendo! —declaró Pete.

Mientras bajaba de la cerca, para llevarse a su caballo cogido de las riendas, Pam dijo:

—Muchas gracias, señor Callahan.

—Llamadme Bronco, nada más —repuso el hombre, sonriente.

Aunque Pete y Pam sabían montar bastante bien a caballo, les emocionaba recibir una lección en el rancho. Bunky se apresuró a abrir la puerta del corral y cuando Pete y Pam hubieron llevado sus caballos hasta la entrada del dormitorio de los vaqueros, entre él y Gina sacaron mantas y monturas. Pete preguntó a Bronco:

—¿Querrá usted enseñarnos a hacer un lazo Madre Hubbard?

—Depende de lo de prisa que aprendáis a hacer el lazo pequeño —replicó el vaquero, mientras los tres se dirigían al prado verde.

En el centro del prado, un grupo de álamos crecía junto al arroyo. Uno de aquellos árboles había sido cortado y no quedaba de él más que un poco del tronco.

—Aquello nos servirá de blanco —dijo Bronco—. Coged la cuerda que tenéis a un lado de la montura y haced un lazo como éste.



Pete y Pam siguieron las orientaciones del hombre para hacer el lazo y luego cabalgaron hacia delante y hacia atrás, lanzando los lazos en dirección al tronco. Al principio fallaron los dos, pero al cabo de un rato el lazo de Pete rodeó el tronco.

—¡Yuuupiii! —gritó Pam—. Ahora sí eres un vaquero de verdad, Pete.

Después de probar unas cuantas veces más, también ella logró rodear el tronco con el lazo. Pero Pam sujetaba la cuerda con demasiada fuerza y estuvo a punto de caerse de la montura.

Al ladearse, para evitar caer, Pam vio otro jinete en el extremo más apartado de aquella zona de pastos. Estaba muy cerca de los

bosquecillos que bordeaban el pie de la montaña.

—¡Mira, Pete! ¡Allí está Dakota Dawson!

—¿Adónde va? —preguntó Pete al capataz.

—A recomponer cercas.

—¿Sabe usted mucho sobre él?

—Que es un buen vaquero. Eso es todo. —Y Bronco siguió diciendo—: Ahora veréis cómo se hace un lazo Madre Hubbard. Soltad un poco más de cuerda y dejadla oscilar sobre vuestras cabezas.

Mientras Pete y Pam hacían prácticas de vaqueros, Ricky, Holly y Sue se encaminaron al estanque del rancho, acompañados de Bunky y Gina.

—¡Canastos! ¡Qué bonito! —comentó el pecoso a Bunky que caminaba junto a él—. ¿Nadáis alguna vez en el estanque?

—No, porque el agua está demasiado fría.

—Entonces podemos hacer una cosa. Si nos paseamos por el agua sobre unos tablones nos divertiremos mucho —opinó Holly.

—Pero yo «quero» pescar un pececín —anunció Sue.

—Está bien, guapa —repuso Gina—. Iré a buscar una caña y cebo.

Gina entró en la casa y a los pocos minutos volvía con una caña y un plato con un trozo de queso.

—¿El queso es para mí? —preguntó Sue, sorprendida.

—Es para los peces.

—¡Canastos! ¿Y se lo sirves en un plato? —se asombró el pecoso.

—No, bobo —contestó sonriendo, Bunky.

El chico partió un trocito del queso y lo ensartó en el anzuelo. Holly dijo:

—No sabía que a los peces les gustase el queso.

—Ya lo creo que les gusta, sobre todo aquí, en el Oeste —informó Gina.

Holly tomó la caña y echó el hilo al agua. Luego dejó la caña en manos de Sue y se volvió a hablar con Bunky y Gina.

—¿Tenéis madera para que hagamos una balsa?

—Claro. Allí hay —contestó Bunky, señalando un montón de troncos, perfectamente apilados a un lado de la casa—. Son los que quemamos en la chimenea, pero supongo que puedes usarlos para

hacer la balsa.

Dejando a Sue ocupada en pescar, los otros se apresuraron a llevar media docena de troncos hasta el borde del estanque. Bunky sacó del granero una vieja cuerda de tender la ropa. Con ella ataron los troncos uno junto a otro y empujaron la balsa al agua.

—¡No chapoteéis más! —protestó Sue—. Se asustarán los pececines y no comerán el queso.

—Bueno. En seguida dejaremos de molestarte —repuso Holly.

Ricky fue el primero en probarla. Se puso de pie en los troncos, con mucha precaución y comprobó que soportaba bien su peso. Entonces el pelirrojo se puso de rodillas y empleando las manos como remos, avanzó hacia el centro del estanque. Entonces se le ocurrió aproximar la naricilla al agua, para mirar al fondo. La balsa se ladeó, pero el pecoso se apresuró a colocarse de nuevo en el centro y no ocurrió nada.



—¡Ahora quiero pasear yo! —solicitó Holly.

—Está bien. Ya vuelvo.

Ricky «remó» con las manos hasta el borde del estanque y Holly

ocupó su puesto en la balsa. Cuando estaba llegando al centro del estanque oyó gritar a Sue:

—¡He pescado algo!

El hilo se había puesto tenso y la caña se curvaba cada vez más.

—¡Qué monstruo debe de ser! —exclamó Gina—. ¡Enrolla el hilo, Sue!

Pero la chiquitina estaba demasiado nerviosa para poder seguir las instrucciones de nadie. Por el contrario, fue soltando más y más hilo, mientras el pez escapaba al otro extremo del estanque.

—Yo te ayudaré, Sue —se ofreció Holly.

Y muy decidida, se inclinó a un lado, alargando la mano hacia el agua. Pero al hacerlo, la balsa se inclinó peligrosamente. Holly intentó recobrar el equilibrio. Se ladeó a un lado, luego al otro y al fin, con un grito estridente, se precipitó al agua. Fueron sus pies lo primero que tocó el agua, y antes de desaparecer en el fondo, la niña se golpeó la cabeza contra la balsa.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, al tiempo que Gina y Bunky daban un grito al ver desaparecer a Holly bajo el agua fría.

Un momento después asomaba la cabeza y los hombros de Holly, pero todos se dieron cuenta de que no hacía ningún esfuerzo por nadar.

—¡Holly se ha «hacido» daño! —lloriqueó Sue, que seguía sosteniendo la caña.

En aquel momento se oyó correr a alguien y un gran lazo cayó al agua, precisamente alrededor de Holly. El lazo se cerró en torno a los hombros de la niña que fue arrastrada hacia la orilla.

Ricky quedó sorprendido al ver al hombre que tiraba de la cuerda. Era un anciano y por debajo de su sombrero de vaquero asomaba el cabello blanquísimo. Tenía la cara ancha y tostada por el sol y sus ojos azules eran muy brillantes. Mientras se arrodillaba para sacar a Holly del agua dijo, riendo:

—Ésta es la primera vez que pesco un pez con trenzas.

Tiritando de frío. Holly dijo:

—Muchas gracias por salvarme. He visto un montón de estrellas cuando me he dado el golpe en la cabeza.

Nadie había prestado atención a Sue que seguía luchando por capturar al pez. Fue también el vaquero quien se acercó a la

pequeñita y, sin ningún esfuerzo, enrolló el hilo, al final del cual iba una espléndida trucha, que se retorcía furiosamente.

—¡Otra pieza! —exclamó el hombre—. Pero ésta no tiene trenzas.

Todos los niños rieron y Gina se acercó a abrazar al viejo, diciéndole:

—Siempre estás gastando bromas, Viejo Papá.

Luego presentó al vaquero a los Hollister.

—Nos han hablado mucho de usted —dijo Holly, con los dientes todavía castañeteando, a causa del frío que había pasado en el agua.

—Ve a ponerte ropas secas y luego os contaré a todos lo que ha sucedido —prometió el viejecito.

Holly fue a la casa, acompañada de Gina. Mientras tanto, Viejo Papá limpió la trucha y Sue, muy orgullosa, fue a llevarla a la cocina.

—¡Muy bien, Sue! —dijo la señora Blair—. La freiré especialmente para ti.

Cuando la pequeña volvía a reunirse con los otros, Gina y Holly aparecieron tras ella. Holly llevaba unos pantalones tejanos de Gina y una blusa de colorines. Aún tenía húmedas las trencitas, pero eso no la preocupaba. Detrás de ellas iba la señora Hollister, que pensaba tender al sol las ropas mojadas de su hija. Gina presentó a la señora al Viejo Papá.

—Espero que mis indios salvajes no le causen demasiada molestia —dijo amablemente la señora Hollister.

Viejo Papá se echó hacia atrás el sombrero y rascándose la cabeza, declaró:

—Señora, aquí, en el Oeste, solemos decir que «cuanto más salvaje es el bruto, mejor de adulto». Me parecen grandes chicos todos sus hijos. —Y pasando los brazos por los hombros de Holly y de Ricky, les dijo—: Hablando de mi aventura, venid conmigo que os lo contaré todo.

Viejo Papá y los niños se acercaron a una mesa situada cerca del hoyo para la barbacoa y se sentaron en un banco.

—Os aseguro que ese puma salvaje me ha hecho pasar muy malos ratos. El pillo se subió a un árbol de ramaje espeso y yo no sabía hacia dónde disparar.

—¡Vamos, Viejo Papá! ¡Ya estás engañándonos con un cuento! —protestó Bunky.

—Bueno. Tal vez no haya sucedido exactamente así —admitió el simpático anciano—. La verdad es que esta vez no he cazado al puma, pero ya le cazaré…

Guardó silencio durante un rato y miró pensativo la montaña.

—Algo muy misterioso está ocurriendo allí —murmuró luego.

—Por eso hemos venido nosotros —declaró muy serio, Ricky—. Vamos a ayudarles a resolver el misterio.

Viejo Papá movió de un lado a otro la cabeza, mientras se miraba las botas con expresión tristona.

—Será muy peligroso para unos niños. Los bosques son espesos y sombríos… ¿y quién sabe lo que se oculta allí?…

—Nosotros no tenemos miedo —dijo Holly.



—¡Ah! ¿No? —dijo Viejo Papá, metiéndose una mano en el bolsillo—. Ahora lo comprobaremos, jovencita.

Sacó algo oculto en su mano grande y nudosa y se lo entregó a Holly. La niña lo cogió, aunque en seguida dio un chillido.

—¿Qué es esto? —preguntó estremecida, mirando el minúsculo animal que tenía en la palma de la mano.

—Es un sapo cornudo —explicó Bunky—. ¿Dónde lo has encontrado, Viejo Papá?

—En el desierto.

—¿Puedo quedarme con él? —preguntó Holly.

—Sí —repuso el viejecito—. Pero supongo que sabes que este animal no es un verdadero sapo, sino más bien una lagartija.

—Y no son tan buenecitos como los sapos —sonrió Ricky, mientras su hermana le regalaba el animal.

—Los sapos con cuernos no hacen daño —aseguró Bunky que luego miró admirativo a Holly, preguntando—: ¿No has tenido miedo?

—Sólo me he sorprendido —aseguró Holly, echándose a reír.

—¡Vaya! Mirad quién viene —dijo Bunky, mirando malhumorado, hacia el corral.

Se detuvo un coche y de él saltó una niña.

—Ahí llega Millie a tomar lecciones de amazona —informó Gina.

—¿Ésa es Millie Simpson? —preguntó Holly, incrédula.

—Sí. ¿Es que la conoces? —se extrañó Bunky.

Retorciéndose furiosamente una trencita, Holly repuso:

—¡Es la niña que tiró el refresco encima de Pam!

LA CAZA DEL ANTÍLOPE



—¡Millie Simpson es una presumida! —afirmó Ricky que a continuación explicó lo ocurrido en la tienda de refrescos de Elkton.

—Sí. Esas cosas son las que suele hacer Millie —declaró Bunky—. Mirad. Su madre se va en el coche. Vendrá a recoger a Millie cuando haya terminado la lección.

Mientras el niño hablaba, Pete y Pam llegaron al rancho con el capataz.

—Viejo Papá, quiero que conozcas al resto de los Hollister —dijo Bunky—. Éstos son Pete y Pam.

—Hola, amigos —saludó el anciano, llevándose una mano al ala de su sombrero—. Espero que mi hijo os haya atendido bien.

—Nos ha estado enseñando a cabalgar y a echar el lazo —repuso Pete.

Y Bronco declaró:

—Los dos son buenos alumnos.

Viejo Papá sonrió de manera que sus ojos quedaron ocultos entre un millón de arruguitas, y advirtió a los niños:

—No olvidéis nunca esto que voy a deciros: echando la cuerda antes de hacer el lazo no se atrapa la res.

A Pam le gustó aquella frase.

—¿Quiere usted decir que no deben hacerse las cosas hasta que se está bien preparado? —preguntó.

—Eso es. Por ejemplo, no debéis intentar aclarar ningún misterio, hasta que conozcáis estos terrenos.

En aquel momento llegó junto a ellos Millie, con pantalones de montar y un látigo en la mano.

—Bronco —dijo, en tono exigente—, quiero que hoy me dé la lección Cindy.

—Hola, Millie. Voy a presentarte a los Hollister.

Millie miró de arriba abajo a cada uno de los niños visitantes y repitió:

—Quiero que hoy me dé la lección Cindy.

—Eso va a ser imposible —repuso Bronco, sin hacer caso de los malos modales de Millie—. Cindy está trabajando en la biblioteca.

—Entonces hoy no quiero practicar.

—Es cosa tuya —contestó Bronco.

Pero Pam intervino, diciendo:

—Yo montaré contigo, Millie.

—¡Bah! —masculló Millie, levantando muy digna, la cabeza—. ¿Y quién ha dicho que tú sepas montar?

—Lo digo yo —anunció Bronco con voz tranquila—. Pam está más adelantada que tú, Millie. Puede darte una buena lección.

Sin contestar, Millie dio media vuelta y se alejó. Pero al ver que su madre se había marchado, se detuvo, titubeó y al fin volvió junto a los demás, mirando al suelo muy mohína.

—Lo pensaré —dijo con la suficiencia de una reina.

Pam entonces avanzó unos pasos, hasta ella, para decir:

—¿Por qué no somos amigas, Millie?

—Claro —intervino Ricky—. Si hasta tenemos un regalo para ti…

Antes de que Pete y Pam comprendieran lo que estaba sucediendo, Millie alargó la mano y Ricky le entregó el sapo cornudo. En el mismo instante Millie soltó al animalito, dando un alarido tan penetrante que Ricky estuvo seguro de que lo habrían oído en todo Elkton.

—¡Aaaay! ¡Me ha mordido! —aulló con todas sus fuerzas Millie.

—¡Pero Ricky! —protestó Pam, mientras su hermano se inclinaba a recoger al animalito—. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque Millie me es muy simpática —repuso malicioso el chiquillo con los ojos muy brillantes.

Millie se puso más roja que un pimiento y durante varios segundos contuvo la respiración. Luego se tiró al suelo y empezó a patear y a gritar furiosamente. Sue se llevó tal susto que empezó a llorar, diciendo:

—¡Pobrecita! ¡Si está casi «morida»!

—No, guapa. No es eso —tranquilizó Gina a la pequeñita—. Lo único que pasa es que Millie ha cogido otra de sus rabietas.

Al oír el alboroto las dos señoras salieron de la casa. Mientras la señora Blair intentaba calmar a Millie, la señora Hollister corrió a la cocina y volvió con una toalla húmeda.

—¿Verdad que eso se llama histerismo? —preguntó Ricky, como persona muy informada—. ¡Y total por un pobre sapo cornudo!…

Cuando quedó agotada de tanto rabiar, Millie se levantó, sollozando, mientras la señora Hollister le lavaba suavemente la cara con la toalla.

—Me da pena esta niña —dijo Pam a Pete, hablando en un cuchicheo—. No tiene hermanos ni hermanas con quienes jugar. Por eso es tan rara.

Viejo Papá, que oyó las palabras de Pam, declaró:

—Lo que yo creo que le hace falta a esta niña es una ración de palos.



—Es casi hora de comer —anunció la señora Blair—. Será mejor que entréis todos y os preparéis para sentaros a la mesa.

Pam se acercó y pasó un brazo sobre los hombros de Millie.

—Ven, Millie. Después de comer, montaremos juntas. Ya verás cómo será estupendo y muy divertido.

Esta vez Millie no protestó. Y cuando terminaron de comer se marchó con Pam al corral. Las dos niñas esperaron a que Bronco volviese de los pastos a donde habían sido llevados los caballos. El vaquero ensilló un animal para Millie y Pam volvió a montar en el pinto.

Las dos niñas dieron un paseo a caballo por el interior de la cerca, sobre la cual estaba sentado Bronco, cuidando de que nada sucediese durante la lección.

Entre tanto Bunky y Gina salieron con su madre a hacer algunos recados. La señora Hollister quedó unos momentos observando a Millie y, al fin, dando un suspiro, volvió a la casa.

Pete, Ricky, Holly y Sue, siguiendo a Viejo Papá, fueron alegremente a sentarse a la sombra de un álamo.

—Viejo Papá, ¿se sabe algo más sobre los cachorros de antílope

que están siendo robados? —preguntó Pete.

—Hace unos pocos días que esos desvergonzados ladrones no dan señales de vida —repuso el vaquero, mientras mordisqueaba una brizna de hierba seca—, pero si continúan robando en el valle, pronto nos quedaremos sin un sólo antílope.

—¿Y por qué no les detienen? —preguntó Pete.

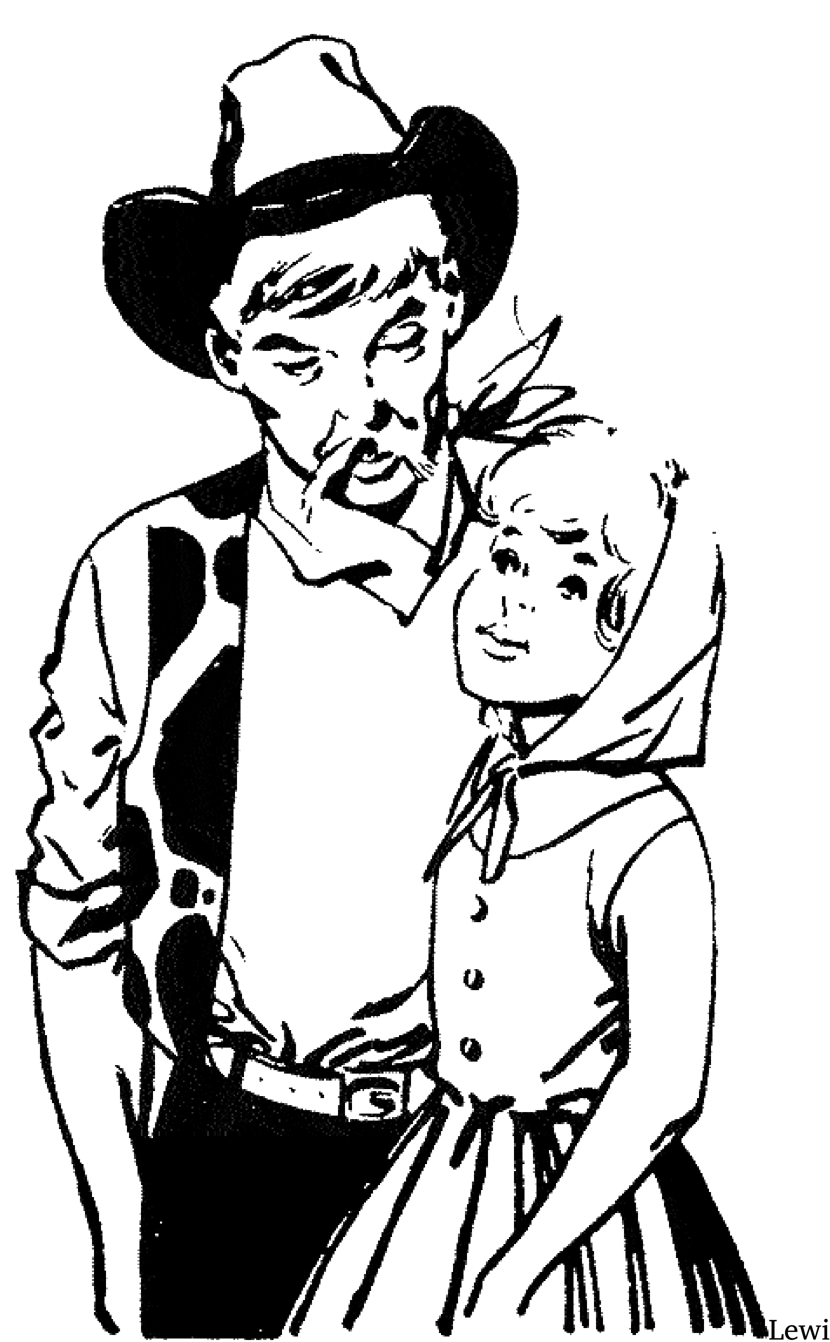
—Por aquí no contamos con suficiente policía ni carceleros. Y esos ladrones de antílopes son unos truhanes muy escurridizos.

—A lo mejor tienen un buen escondite en la montaña —sugirió Holly.

—Tal vez —asintió Viejo Papá—. Pero nadie ha podido encontrar su pista.

—Cuéntenos cosas sobre los antílopes —pidió Ricky.

Viejo Papá explicó que el hombre blanco nunca había oído hablar de los antílopes hasta que, en 1806,



Lewis y Clark regresaron de su expedición a la costa del Pacífico.

—Por entonces había unos cuarenta millones de antílopes en las tierras de pastos del Oeste, desde Méjico al Canadá.

Pete lanzó un silbido de admiración.

—¿Y cuántos quedan ahora? —quiso saber el muchachito.

—Quedan algunos, pero son muy pocos —repuso Viejo Papá—. Por eso se intenta repoblar las manadas.

El anciano siguió explicando que los antílopes llamados «pronghorns» a causa de sus cuernos muy pequeños, eran los cuadrúpedos más veloces de todo el continente.

—¡Cómo me gustaría ver un antílope bebé! —dijo Holly, soñadora.

—Puede que lo veas antes de lo que imaginas —repuso el viejecito.

Aquella tarde tenían que ir a visitarle dos empleados del departamento de Caza y tal vez quisieran localizar un antílope y mostrarlo a los niños.

En aquel momento los niños oyeron alboroto en el corral.

—¡Detenedle! ¡Detenedle! —gritaba Millie.

Viejo Papá y los niños corrieron al cercado. Dentro, el caballo de Billie brincaba enloquecido, mientras la niña se aferraba a las riendas con terror.

Bronco Callahan saltó de la cerca y corrió hacia el desbocado animal. Al mismo tiempo Pam hizo avanzar a su pinto hasta que se colocó junto al de Millie y de este modo pudo asirlo por las riendas.

—¡Quieto! —ordenó Pam.

Y el caballo de Millie cesó de dar brincos. El capataz se había acercado ya y ayudó a desmontar a Millie.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber.

—Él no quería hacer lo que yo le mandaba y tuve que pegarle con el látigo —explicó Millie.

—¡Ésa no es manera de tratar a un animal! —reprendió Bronco, con el ceño fruncido, lo que hizo que Millie se echase a llorar.

Pam desmontó también y acompañó a la llorosa Millie al interior de la casa donde la niña se secó los ojos. A los pocos minutos llegó su madre, y Pam y la señora Blair quedaron un rato en el pórtico, viendo al coche alejarse.

—Millie es buena —dijo Pam, que sentía lástima por la otra niña —. Pero necesita de alguien que sea amigo suyo.

Al cabo de unos momentos penetró en el rancho un camión que

fue a detenerse delante de la casa. Viejo Papá se acercó al vehículo y Pete, Ricky, Holly y Sue fueron tras él. De más lejos llegaron corriendo Bunky y Gina. Del camión salieron dos hombres.

—¡Hola, Jack! ¿Qué hay, Smitty? —les saludó Viejo Papá.

El que se llamaba Jack era alto y musculoso. Smitty era bajo y flaco. Los dos llevaban gemelos colgados del cuello. En la parte trasera del camión, los Hollister pudieron ver dos grandes redes circulares, sujetas a postes de tres metros de altura.

Cuando se hubieron hecho las presentaciones, Jack dijo:

—Nos dirigimos a marcar algunos «pronghorns» más. Creímos que tal vez le gustase acompañarnos.

—¿Podemos ir también? —preguntó Holly.

Smitty se echó a reír, contestando:

—Llevaremos a todos los que quepan en la parte posterior del camión.

—¡Zambomba! —dijo entusiasmado Pete, corriendo a la casa para pedir permiso a su madre.

—Si os acompaña Viejo Papá, podéis ir —accedió la señora Hollister—. Pero tened mucho cuidado con Sue.

—¡Gracias, mamá!

Gina y Bunky también rogaron que les dejasen ir.

—Muy bien. ¡Arriba todo el mundo! —ordenó Smitty, mientras se sentaba al volante.

Viejo Papá se sentó entre los dos hombres y Sue encima del viejecito. Los demás niños se instalaron en la parte trasera del vehículo. Éste se puso en marcha por el serpenteante camino del rancho hasta desembocar en la carretera principal que cruzaba el valle. A medio camino, Smitty llevó el camión a través de los matorrales.

Recorrieron unos cuantos metros y al fin se detuvieron. Entonces Jack bajó del camión y utilizó los gemelos para observar la llanura en toda su extensión.

—¡Smitty, ahí veo un par de antílopes! —anunció al cabo de un rato.

Rápidamente, volvió al camión y dio instrucciones al conductor que llevó lentamente el camión a través de aquella zona llena de matorrales. Al poco Smitty detuvo el vehículo. Entre él y Jack

cogieron las dos grandes redes de la parte posterior y avanzaron de puntillas entre los matorrales.

Los niños bajaron del coche y miraron a todas partes, muy extrañados.

—No veo nada —dijo Ricky, en son de protesta.

—Eso ocurre porque los animales se mantienen muy agazapados cerca del suelo —les dijo Viejo Papá.

Los niños echaron a andar tras los dos hombres con todo el sigilo posible. Al cabo de un rato Pam susurró:

—¡Mira, Pete! ¡Allí veo uno!

Cuando Jack y Smitty la oyeron, avanzaron a buen paso hacia el lugar, levantando bien las redes y… ¡Plop! Las redes descendieron sobre dos jóvenes antílopes.

Los niños se acercaron a mirar de cerca.

—¡Qué cosa tan curiosa! —exclamó Ricky—. ¡Y qué cabeza tan grande tienen!

—¡Qué ore jotas! —dijo Sue, en una alegre cantinela.

Con mucho cuidado, los dos hombres libraron de las redes a los atemorizados animalitos y aplicaron hierros al rojo en sus orejas.

—¡Oh! ¡No les hagan daño! —protestó Pam.

—Es necesario para identificarlos —aseguró Smitty.

Después explicó que marcaban a los animales para poder conocer los movimientos de la manada.

—Eso va incluido en nuestro programa de conservación de la especie.

Sue y Holly se agacharon para acariciar a los animales, mientras Jack decía:

—Calculo que deben de tener tres días de vida.

Pete, que había estado mirando a la lejanía, gritó de repente:

—¡Miren! ¡Allí hay otro vehículo!

—¡Los ladrones de cachorros! —exclamaron Smitty y Jack, mirando a través de los gemelos—. ¡Se llevan un recién nacido!

UNA EXTRAÑA MARCA



—¡Los ladrones de antílopes! —Repitió Pete con incredulidad—. ¡Vamos a detenerles!

Jack y Smitty soltaron a los dos cachorros que habían marcado y todos regresaron al camión. Jack puso en marcha el motor, mientras su compañero colocaba detrás las redes y todos los demás ocupaban sus puestos. Smitty se colocó ante el volante y avanzaron veloces por la pradera.

Sentada en las rodillas de Viejo Papá, Sue ordenaba entre grititos:

—¡Más de prisa! ¡Más de prisa! ¡Tenemos que atrapar a los malos!

—Parece que se han apoderado de un «pronghorn» —declaró el viejo vaquero, mirando con los gemelos de Smitty.

—Pero nos han visto —repuso Jack—. Corren hacia la carretera.

—Creo que esta vez les alcanzaremos —afirmó Smitty, mientras el camión seguía su carrera, levantando nubes de polvo.

Sentados en la parte trasera, los seis niños daban gritos de aliento al conductor, mientras la distancia que separaba a los dos vehículos iba acortándose más, más…

—¡Van en un jeep! —anunció Pete, asomando la cabeza por uno de los laterales y recibiendo en plena cara una oleada de viento. Y un momento después el chico gritaba—: ¡Oh! ¡Han arrojado un antílope desde lo alto del jeep!

—¡Qué hombres tan malos! —se lamentó Pam, conteniendo un grito—. ¿Cómo pueden ser tan crueles?

Como los ladrones seguramente habían supuesto, el camión redujo la marcha, hasta detenerse. Un antílope muy pequeño yacía en el suelo, quejándose y sacudiendo las patas. Entre tanto el jeep embocó la carretera y corrió en dirección a las montañas Ruby.

Todos los ocupantes del camión salieron y Smitty se inclinó sobre el animalito, para palparle con cuidado las patas.

—No se ha roto ningún hueso —anunció—. Pero el pobre está magullado.

Su piel, muy delicada, se había llenado de desolladuras en el lado sobre el que había caído al suelo.

—Si tuviéramos agua caliente para bañarlo… —dijo Pam.

—Encontrarás una cantimplora de agua en el asiento trasero —le contestó Smitty.

Pam corrió a buscarla. Luego rasgó un pedazo del faldón de su blusa y lo humedeció para limpiar con ello al animalito. Pero aun después de la cura hecha por Pam el animal apenas podía sostenerse en pie. Se tambaleaba, como si estuviera mareado.

—Bueno, Smitty —dijo Jack, moviendo con desánimo la cabeza —. ¿Qué hacemos con el animal?

—Nosotros le cuidaremos hasta que se ponga mejor —se apresuró a decir Pam.

—Eso, eso —concordó Sue—. Nosotros sabemos cuidar animales porque tenemos un perro, un burro y muchos gatos.

Con una sonrisa, Smitty dijo:

—Bueno, Jack. Ésta es la mejor oferta que has recibido. De modo que lo mejor será que aceptes.

—Resulta un poco irregular —objetó el otro, que volviéndose a Viejo Papá preguntó—: ¿Quiere usted hacerse cargo de este cachorro?

—Pero, hombre. Si los niños cuidarán perfectamente del animal.

Entre los dos hombres cogieron con precaución al animal y le

colocaron en la parte trasera del camión. Antes de subir con los demás, Pete examinó la polvorienta carretera.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó Bunky.

—Las huellas dejadas por el jeep —repuso Pete—. Aquí hay algunas marcas, pero no se ve bien a dónde conducen.

Smitty, lo mismo que Bunky, sintieron curiosidad y estudiaron las marcas dejadas por el vehículo fugitivo.

—Llevan unos neumáticos muy hinchados —observó Pete—. ¿Por qué será?

—Para poder viajar bien por terrenos abruptos —opinó Bunky.

—Tengo una idea —exclamó Pete, haciendo chasquear los dedos —. Puede que lleven los neumáticos tan hinchados para que la policía no pueda identificar sus huellas.

—¡Arriba todos! —apremió Viejo Papá—. Tenemos que volver en seguida al rancho. El animal necesita una cura y un sitio caliente donde dormir.

Pete Saltó a la parte trasera del camión y el conductor llevó el vehículo hacia el rancho de los Blair.

En cuanto llegaron, Gina y Bunky le prepararon un lecho de paja en un rincón del granero y acostaron allí al pequeño antílope.

Ricky y Sue vigilaron al animal, mientras los demás corrían a la casa. Pam, Holly y Gina regresaron en seguida. Gina llevaba un biberón con leche caliente y Pam un tubo de ungüento. Mientras Pam extendía el ungüento sobre las heridas del animal, Gina introdujo la goma del biberón en la boca del animalito.

—¡Qué bien! ¡Ya bebe leche! ¡En seguida se va a curar! —exclamó Holly entusiasmada.

—Tenemos que ponerle un nombre —dijo Ricky.

Y Pam estuvo de acuerdo con el pecoso.



Se sugirieron varios nombres apropiados para un cachorro hembra de antílope, entre ellos «Saltarina» y «Muñequita».

Pam contempló soñadora al animalito, que había dejado de temblar y la miraba con sus ojos luminosos.

—¿No os parece bien «Estrella de la Pradera»? —preguntó la niña.

En aquel mismo instante el animal dejó caer el biberón y prorrumpió en una especie de débil balido.

—¡Qué risa! —exclamó Sue, perpleja—. ¡Ha «decido» sí!

—Es un nombre muy bonito, Pam —aseguró Holly.

También Gina estuvo de acuerdo con los demás, y dijo:

—La llamaremos «Estrella de la Pradera».

Seguían las niñas y Ricky cuidando del cachorrito cuando Jack y Smitty asomaron la cabeza por el granero para despedirse.

Entre tanto Pete había acudido directamente al teléfono para comunicar con la policía de Elkton. Preguntó si alguna de las patrullas había visto el jeep fugitivo. Cuando le contestaron negativamente el chico salió en busca del Viejo Papá. Le encontró junto al granero, limpiando con una almohaza uno de los caballos.

—Yo creo que debemos seguir la pista a esos hombres —opinó gravemente Pete—. No podemos dejarles tan tranquilos, después de lo que han hecho.

—Estoy de acuerdo contigo, joven detective. ¿Qué número de hombres te parece suficiente para hacer una redada?

—Yo creo que será mejor que vayamos unos pocos, en lugar de un gran grupo.

—Muy bien —asintió el anciano vaquero—. Será la primera cosa de que nos ocupemos mañana por la mañana.

—Bunky ha prometido ayudar a su padre mañana. Pero puede ir Ricky en su lugar.

A la mañana siguiente, como habían planeado, los tres jinetes se pusieron en camino, descendiendo a paso lento por la verde meseta, a lo largo de la senda ondulante que desembocaba en la carretera principal. Al cabo de media hora el anciano y los dos muchachitos llegaron al lugar en que el jeep se había desviado hacia la carretera.

—Aquí será mejor que nos separemos —aconsejó Viejo Papá—. Por ejemplo, vosotros dos podéis ir por un lado de la carretera y yo por el otro. Tenemos que encontrar el sitio en que esos truhanes volvieron a alejarse de la carretera, si es que lo hicieron.

De vez en cuando pasaba un coche por la carretera y grandes liebres corrían entre la artemisa. Pero los dos hermanos no prestaban atención a nada, más que a la franja lateral de la carretera.

Por fin llegaron junto a un pequeño saliente rocoso que se extendía hasta el borde de la carretera, por el lado que los niños inspeccionaban. Como Pete detuvo su caballo, Ricky preguntó, en seguida:

—¿Qué ves?

—Todavía nada —repuso Pete. Pero llamó a Viejo Papá para decirle—: Éste podría ser un buen sitio para desaparecer con el jeep, porque sobre la roca no quedan huellas.

—Has tenido una buena idea, vaquero —aplaudió el anciano, que ya estaba cruzando la carretera para unirse a los dos niños.

Conduciendo con mucho cuidado los caballos, los tres jinetes avanzaron sobre la abrupta franja rocosa. Al fin desapareció la roca bajo la arena y los arbustos de la pradera que se extendía hasta el pie de las montañas Ruby, a una milla de distancia de los jinetes. Pete desmontó para examinar atentamente el terreno y Ricky y Viejo Papá hicieron lo mismo. De repente, Ricky gritó:

—¡Mira, Pete! ¿Qué es esto?

Su hermano acudió corriendo. En la polvorienta tierra podía verse, aunque muy borrosa, la huella muy ancha, dejada por un vehículo. Pete anunció con entusiasmo:

—¡Viejo Papá, creo que hemos encontrado la pista!

Después de examinar las huellas con mucho interés el anciano exclamó:

—¡Que me embista un antílope, si lo que dices no es cierto! Poca huella dejan esos sinvergüenzas, con las ruedas tan hinchadas, pero a vosotros no han podido engañaros.

Otra vez a caballo, los tres siguieron las huellas, que empezaron a resultar más visibles en el próximo tramo, cuando el jeep había avanzado a más velocidad. Mientras cabalgaban uno al lado del otro, Viejo Papá sonrió, comentando:

—Hasta ahora nadie había logrado seguir la pista de estos individuos, pero gracias a vosotros ya lo hemos conseguido. Como dicen los vaqueros: «Cerebro en la cabeza, en los pies evita durezas».

A poco llegaron a una cuesta con un trecho lleno de juníperos. Detrás, un pinar adornaba de verdes tonos la falda de la montaña. No lejos de allí se oía gorgotear una corriente de agua.

—¿Qué es eso? —preguntó Pete, deteniendo su caballo.

—El río Helado —contestó el anciano, señalando a su derecha—. Discurre por el Cañón de los Cuatreros.

—Pues las huellas siguen esa misma dirección —observó Pete.

Muy pronto el grupo llegó ante un burbujeante arroyo de la montaña, que en su parte más ancha no medía más de cuatro metros. Mirando pensativo el cauce de agua, mientras se rascaba la cabeza, Ricky preguntó:

—¿A esto lo llaman un río?

—En el Oeste lo llamamos así —dijo, riendo, el viejecito—. Creo que vosotros, los del Este, lo llamáis arroyo.

Según explicó a los niños Viejo Papá, el Río Helado nacía en la cumbre de las montañas Ruby. Aunque empezaba como un simple hilillo de nieve derretida, iba reuniendo varios cursos de agua por el trayecto y acababa convirtiéndose en río de caudal considerable, al menos para él Oeste.

Siguiendo las huellas de neumáticos junto al arroyo, los tres jinetes ascendieron por la ladera hasta llegar a un claro. Pete, que iba delante, levantó la mano para indicar a los otros que guardasen silencio.

—¡Mire allí! —dijo en un cuchicheo a Viejo Papá.

A lo lejos se veía a un vaquero en pie junto a un pino.

—¡Es Dakota Dawson! —murmuró Pete.

—¿Nos ha visto? —preguntó Ricky.

—Creo que no.

Viejo Papá y los dos chicos llevaron sus caballos a la protección de unos árboles y a través del follaje observaron al vaquero. Dakota miraba fijamente algo que había en el árbol. Por fin fue hasta su caballo y después de montar, desapareció entre los bosques.

—¡Vamos! —dijo Pete, muy nervioso—. Hay que averiguar qué estaba mirando.

A los pocos minutos los tres llegaban junto al árbol y Pete ahogó una exclamación. En el tronco del árbol se había grabado toscamente una gran X.



—¡Es un mensaje! —opinó el muchachito, que estaba asombradísimo.

—Y hecho recientemente —opinó Viejo Papá, después de

observarlo con atención.

—A lo mejor lo ha hecho Dakota. ¿Por qué no le seguimos y se lo preguntamos? —dijo Ricky.

Pero Pete creyó que era más importante seguir las huellas dejadas por los neumáticos. Como Viejo Papá estuvo de acuerdo con él, los tres jinetes prosiguieron su búsqueda, avanzando siempre a orillas del arroyo. Inesperadamente las huellas describían una brusca curva a la derecha y desaparecían en el agua.

—El jeep cruzaría por aquí —dijo Pete.

Sin perder tiempo, cruzó sobre el caballo el cauce poco profundo y llegó a la otra orilla. Pero allí no se distinguía huella ninguna de neumático. Viejo Papá, que estaba mirando río abajo, tuvo una idea:

—Puede que esos sinvergüenzas hayan retrocedido con el jeep.

Y aconsejó que los tres regresasen lentamente por donde llegaron, buscando alguna huella indicadora del lugar en el que el vehículo pudiera haber salido. Pero, a pesar del interés que los tres pusieron, todo fue inútil.

—Esos ladrones deben de conocer trucos de magia —declaró Pete con descontento, mientras se aproximaban al claro.

—Ya que estamos aquí, lo mejor será que descansemos y dejemos beber a los caballos —propuso Viejo Papá.

Ricky condujo su caballo hasta el agua. Tras el niño, a varios palmos de la orilla, había una gran roca que se elevaba, formando una pequeña rampa. Muy cerca del final se distinguía un gran hueco que parecía una cueva.

«A lo mejor Dakota se ha escondido allí —pensó Ricky—. Iré a ver».

La gran roca no llegaba directamente al suelo sino que, a un metro y medio de la superficie, quedaba bruscamente cortada. Sin que los demás le vieran, Ricky se encaramó por aquella especie de precipicio y trepó por la pendiente. Había recorrido la mitad de camino cuando su hermano le vio.

—¿Adónde vas? —preguntó Pete, a gritos.

—En seguida bajo —fue toda la respuesta del pequeño.

Al llegar a la boca de la cueva, Ricky se internó por ella, arrastrándose. Cautelosamente fue poniéndose en pie. La cueva era

mucho más grande y más oscura de lo que él había imaginado.

Con toda precaución y sigilo, el pequeño dio unos pasos, pero al momento quedó helado por lo que acababa de ver. ¡En las profundidades de la cueva brillaban dos ojos amarillentos! El corazón del pobrecillo Ricky saltó con fuerza dentro de su pecho. Ya había empezado Ricky a retroceder cuando un poderoso gruñido arrancó ecos en toda la cueva.

UNA PISTA OCULTA



Al oír el estremecedor gruñido y mirar los ojos relucientes, Ricky intentó gritar. Abrió los labios y volvió a cerrarlos, pero por ellos no salió el menor rumor. ¡Aún más al fondo de la cueva relucían otro par de ojos, todavía más grandes que los primeros!

Ricky huyó aterrado de la caverna y bajó, casi corriendo, la pendiente rocosa. Llegó abajo sin aliento y corrió hacia Pete y el viejecito.

—¡Allí arriba, en la caverna! —gritó, señalando la rampa rocosa —. ¡Está lleno de animales salvajes!

Pete y el viejo vaquero colocaron las manos sobre la frente para protegerse los ojos del sol, mientras miraban hacia arriba. Mientras lo hacían, una enorme fiera salió de la cueva y descendió por el otro lado de la montaña.

—¡Por mil lazos de vaquero! —exclamó el viejo—. Tienes razón, Ricky. Es un puma. Puede que sea el que yo he estado persiguiendo estos días.

—¡Pero hay otro en la cueva! —declaró, enfático, Ricky—. ¡Y es un millón de veces más grande!

Pete y Viejo Papá sonrieron al exagerado Ricky, que ya estaba

sacudiendo el polvo de sus pantalones.



Éstos se habían desgastado mucho por la parte del asiento, a causa del roce que había sufrido contra la roca.

—¡Huy! —gritó Ricky, llevándose un dedo a la boca.

—¿Qué te pasa? —preguntó Pete.

—¡Una astilla! —rezongó Ricky—. ¿Cómo se me habrá clavado en los pantalones?

—No creo que haya sido al bajar por la roca —se burló Pete.

Mientras, Viejo Papá había sacado de sus alforjas los bocadillos que les había preparado la señora Blair.

—Es hora de comer —anunció, mientras se sentaba en la roca.

Pero Ricky tuvo que ocuparse antes en extraer la astilla de su dedo.

Después de comer los bocadillos y beber la leche fría que llevaron en un termo, los tres subieron a los caballos y emprendieron el regreso al K Inclinada.

—Hemos descubierto muchos misterios, pero aún queda uno muy extraño —dijo Pete—. Las huellas del jeep desaparecidas y los ladrones de antílopes, desaparecidos también.



—Es que se han valido de alguna jugarreta y nosotros tenemos que descubrir cuál es —repuso el anciano.

—¿Pueden ser los ladrones los que enciendan esas luces en lo alto de la montaña? —preguntó Pete.

—¿Por qué iban a cometer esa tontería? —repuso el viejo vaquero—. No creo que quieran que nadie sepa que están allí.

Cabalgaron en silencio durante un rato, pensando cada uno de ellos en las luces misteriosas y en los ladrones desaparecidos.

Cuando llegaron al valle, Ricky miró fijamente el rostro tostado y rugoso de Viejo Papá y dijo, en tono firme y concentrado:

—Usted debe de conocer todos los escondites de estas montañas, ¿verdad?

Sacudiendo negativamente la cabeza, el anciano repuso:

—Hay muchos que no conozco. —Viejo Papá detuvo su caballo y señaló hacia el camino por el que habían llegado—. ¿Veis aquel repliegue en las colinas? Es la entrada al Cañón de los Cuatreros. Asciende por la ladera de la montaña y llega hasta el Valle Secreto.

—¡Zambomba! ¡Qué emocionante! —exclamó Pete—. ¿De verdad ha habido alguna vez cuatreros?

—Ya lo creo. Yo mismo salí en su persecución. Pero tres de ellos lograron escapar de nuestro grupo, que hacía una batida por los montes, y nunca pudimos encontrarles.

—¿Y usted cree que se escondieron en el Cañón de los Cuatreros o en el Valle Secreto? —preguntó Ricky.

—Es muy posible. Y voy a hablaros de otra cosa que desapareció en estas montañas y jamás ha vuelto a encontrarse.

Mientras continuaban cabalgando por el valle hacia la carretera, Viejo Papá habló a los niños de un arcón de monedas de oro que había sido escondido en la montaña.

—Se supone que los asaltantes de diligencias se lo llevaron y nunca se volvió a saber del arcón.

—¡Canastos! —gritó Ricky, sin poder contener su emoción—. Cuéntenos más cosas sobre los cuatreros.

—Eran hombres muy duros. Una noche de «luna llena» me aproximé a su campamento. Empezaron a sonar tiros. Todos los bandidos aullaban y reían y asustaron a mi caballo. Un momento después me encontré «recogiendo mariposas».

Pete se echó a reír y dijo al viejecito:

—Viejo Papá, tendrá usted que contarnos eso de otro modo, porque en el lenguaje del Oeste no lo entendemos.

El anciano vaquero les dijo que «luna llena» era conducir ganado durante la noche y «recoger mariposas» era un modo de explicar que un jinete era arrojado al suelo desde su montura.

Cuando se aproximaban a la verja del rancho, el viejecito murmuró, pensativo:

—Tendremos que decirle al señor Blair que hemos visto a Dakota junto al árbol marcado. Pero no mencionéis esto delante de los demás.

Tanto Pete como Ricky estuvieron de acuerdo con el anciano y el mayor de los hermanos repuso:

—Además, no estaría bien hacer que todos sospechasen de él, sin tener pruebas de que obra mal.

Cuando llegaron a la casa encontraron a todos saboreando limonada y pastas en el pórtico. Viejo Papá y los dos chicos desmontaron y explicaron todo lo sucedido. Al oír los misteriosos detalles sobre los neumáticos del jeep, la señora Blair dijo que había que avisar inmediatamente a la policía de Elkton. Pero su marido no estuvo de acuerdo con ella.

—Todas estas cosas incomprensibles están ocurriendo en el K Inclinada —dijo el ranchero—. Si un grupo de hombres del sheriff viene a hacer una batida por las montañas, podemos poner en peligro a nuestros invitados.

—¡Ya sé lo que podemos hacer! —anunció Pete—. ¿Por qué no nos reunimos todos y hacemos una excursión por las montañas? A lo mejor encontramos alguna pista.

Bunky y Gina consideraron estupenda la idea, pero su padre sonrió, sacudiendo la cabeza:

—No conozco un hombre más experto en la vida campestre que Viejo Papá. Pero una excursión de esa clase me parece un poco peligrosa.

Pete quedó algo desencantado al oír aquello y miró hacia las Montañas Ruby.

—Si tuviéramos mejores pistas… —murmuró—. Entonces podría merecer la pena hacer la excursión.

Mientras Viejo Papá llevaba los caballos al corral, Pete preguntó:

—¿Dónde podríamos encontrar más información sobre el Valle Secreto y el Cañón de los Cuatreros?

Viejo Papá abrió la puerta de la cerca para que los animales entrasen y después de reflexionar un largo rato sobre la pregunta replicó:

—No quedan demasiados veteranos que puedan contar cosas sobre tiempos pasados. Pero sí hay algunos libros en la biblioteca.

—Entonces iremos a mirarlos —resolvió Pete—. ¡Pam! —llamó el chico inmediatamente, corriendo hacia su hermana.

Sin perder tiempo contó a su hermana sus planes de ir a buscar a la biblioteca todos los datos posibles sobre los ladrones ocultos en las montañas Ruby.

—Muy bien, Pete —repuso la niña—. De todos modos las chicas pensábamos ir a la biblioteca mañana por la mañana.

Pam siguió explicando que Cindy les había hablado de las pruebas para el papel de heroína en una comedieta del Oeste que iban a representar los niños de la población en la biblioteca.

—Cindy nos va a llevar a verla y seguramente no le importará que los chicos vayáis también.

Aquella noche, después de la cena, Pete, Ricky y Viejo Papá se llevaron aparte al señor Blair para decirle que habían visto a Dakota Dawson junto al árbol marcado con una X.

—Admito que resulta un poco sospechoso —dijo el ranchero—, pero yo tengo confianza en Dakota. La X de que habláis pueden haberla hecho, para señalar su camino, los cazadores que errabundean por nuestras propiedades.

A pesar de todo, el señor Blair prometió vigilar a Dakota para comprobar si se dedicaba a más actividades que el trabajo en el rancho.

A la mañana siguiente Cindy se puso al volante de una de las camionetas del K Inclinada para llevar a los Hollister y a los dos hermanos Blair a la biblioteca de Elkton. La biblioteca era un edificio pequeño, de ladrillo rojo, situada en una calle sombría del centro de la población. Seguida de todos los niños, Cindy subió las escaleras y se dirigió a una señora muy guapa, de cabello negro, que se sentaba ante un gran mostrador.

—Señorita Fell, le presento a los hermanos Hollister —dijo Cindy—. Son del Este y han venido aquí a resolver un misterio.

—¡Caramba! ¡Qué emocionante! —exclamó la bibliotecaria estrechando la mano a cada uno de los niños.

Pete preguntó a la señorita Fell si podía examinar algún libro que hablase de las montañas Ruby y ella le acompañó hasta una estantería y le mostró varios volúmenes, muy bien conservados. Pete eligió uno y sentándose a una mesa empezó a leer, con mucha

atención.

—¿Os divertís en Nevada? —preguntó la señorita Fell al regresar junto a los demás niños.

La pequeñita Sue que había estado mirando, como embobada, una gran esfera terrestre de plástico que se encontraba junto al mostrador, al oír la pregunta se apresuró a notificar:

—Yo ya he pescado un pez.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—En el estanque del K Inclinada —repuso Sue con los ojitos resplandecientes de orgullo—. ¡Y era así de grandísimo!

La chiquitina extendió enormemente los brazos y al hacerlo ¡dio un golpe a la bola del mundo, que se vino al suelo!

—¡Oh! —gritó Sue, aterrada—. ¡He «rompido» el mundo!

Cuando se inclinó para levantarlo, de la bola de plástico salió un taponcito metálico. Al momento se produjo un fuerte siseo y la esfera empezó a desinflarse.

—¡Pero mira lo que has hecho, Sue! —reprendió Holly, estremecida.

—No os preocupéis —dijo la señorita Fell, acercándose al globo terráqueo que se había convertido en un rebujito lamentable—. ¿No veis ese tubito de plástico que sale por el Polo Norte? Por aquí llenaremos de aire al pobre mundo y todo se arreglará.

Estas palabras hicieron tranquilizar y reír a todos. Bunky ofreció:

—Yo lo hincharé.

Después que Bunky hubo dado varios soplidos poderosos, la bola del mundo adquirió su forma redondeada. Luego el niño introdujo en el tubo el taponcito metálico y la señorita Fell colocó la esfera en su sitio.

—No ha ocurrido nada —dijo, sonriendo a Sue. Y volviéndose a Cindy, añadió—: ¿Estas niñas van a tomar parte en las pruebas de Laurie?

—Yo sí —respondió Pam.

—Muy bien. El ensayo comenzará dentro de quince minutos en los sótanos. En la biblioteca infantil.

Mientras Pete seguía hojeando los antiguos libros, los demás bajaron las escaleras hasta el sótano. Allí había ya media docena de niñas, aproximadamente de la edad de Pam. Entre ellas estaba

Millie Simpson.

—¡Qué lata! —rezongó Ricky.

Pero antes de que pudiera decir más, Pam, muy seria, le hizo señas de que se callase.

Ante el mostrador se sentaba una señorita joven, que revisaba una pila de papeles. Cindy la presentó diciendo que era la señorita Rondo, ayudante de biblioteca.

La señorita Rondo explicó a los recién llegados que los niños de la población iban a representar la comedia «Dulce Laurie de Primavera».

—Primavera es un pueblecito montañés y Laurie es el nombre de la heroína. Deseo que vosotras, las niñas, reviséis vuestros papeles.

Entregó a cada una de las aspirantes a protagonista un papel impreso y pidió al resto de los niños que guardasen silencio, mientras las posibles «Lauries» estudiaban.

Entretanto, Pete cogía un pequeño volumen de la estantería. Se titulaba «El Oro de los Cuatreros» y su subtítulo era «Aventura en las Montañas Ruby». Leyendo, leyendo, Pete llegó a un capítulo encabezado por la frase: «Misterio sin resolver». Allí hablaban de un cofre de oro que fue robado de una diligencia que iba a California. Uno de los ladrones había confesado que escondió el cofre en el Valle Secreto. Pero nunca pudo ser hallado.

«Debe de ser el cofre de oro del que habló Viejo Papá», pensó Pete y tan nervioso se puso que, sin pensarlo, se acercó al mostrador de la señorita Fell y señalando el interesante capítulo, dijo:

—He encontrado lo que buscaba. Apuesto algo a que en el Valle Secreto existe algún escondite que nadie ha descubierto, hasta ahora.

—Tal vez tengas razón, Pete. Las montañas guardan muchos secretos —repuso la bibliotecaria.

—¡Zambomba! ¡Cuánto me alegro de haber encontrado este libro, señorita Fell! Ahora tengo una pista estupenda y voy a ir al Valle Secreto.

Cuando ya Pete se encaminaba a la estantería para dejar el libro, la bibliotecaria comentó, sonriente:

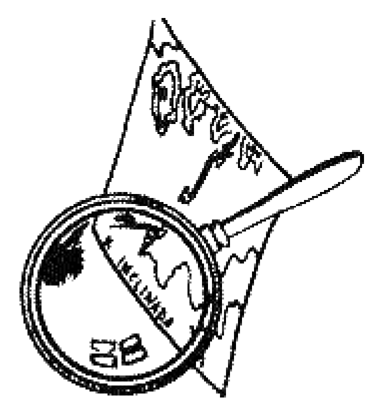
—Puede que tengas compañía.

Pete quedó confuso.

—¿Quién? —preguntó.

—Son dos. Un muchacho que se llama Terry Bridger y un hombre llamado Dawson.

UN MAPA DELATOR



Al oír aquello Pete se puso encarnado como un pimiento morrón y las palabras se le agolparon en la garganta, sin que pudiera articularlas.

—¿Dawson? —preguntó al fin, débilmente.

—Sí. Es un nuevo vaquero. Trabaja para el señor Blair. Supongo que le conoces.

Pete dijo que sí y preguntó quién era Terry Bridger.

La bibliotecaria contestó que Terry era un chico forastero a quien le gustaba recorrer las montañas, cabalgando.

—No vive muy lejos de aquí. Si quieres, te daré su dirección.

Pete cogió el trocito de papel que la señorita Fell le entregó. Se sentía muy desanimado. ¿Sería que aquellos otros habían descubierto la pista antes que él? ¿Qué intereses tenía Dawson en el Valle Secreto? Y aquel Terry Bridger, ¿estaría ayudando al vaquero en lo que este último hacía o planeaba?

Después de dar las gracias a la bibliotecaria, Pete le preguntó a dónde había ido Pam. Cuando lo supo, bajó las escaleras, entró en la silenciosa biblioteca infantil y fue a sentarse al fondo.

En el extremo opuesto, la Señorita Rondo estaba diciendo:

—Veamos la conversación de la página doce: Laurie está sola en su casa. Oye una llamada a la puerta y corre a abrir, creyendo que es su padre. Pero el que está en la puerta resulta ser Gerald Dos Pistolas, el maligno buscador de minas. Laurie retrocede, asustada y dice: «¿Qué quiere usted? Aquí no tenemos oro. ¡Váyase, se lo suplico! ¡Váyase!».

—Lo importante no es lo que dice, sino la entonación.

Mientras las niñas recitaban una a una su papel, Pete tenía la vista fija en el techo, como si estuviera hechizado. ¿Sería aquél el primer misterio que los Hollister dejarían sin resolver? La idea de que en aquellos mismos momentos Dawson y Terry Bridger estarían recorriendo las montañas, atormentaba al muchachito, que también pensaba con insistencia en la extraña desaparición del jeep. Pete salió de su ensimismamiento al oír la voz de Pam.

—¡Aquí no tenemos oro! ¡Váyase, se lo ruego! ¡Váyase!

Holly contuvo una risilla y dijo a Ricky, que estaba sentado junto a ella:

—¡La mejor de todas es Pam!

La señorita Rondo opinó del mismo modo. Levantándose del mostrador declaró:

—Pam, tú representarás el papel de Dulce Laurie.

Las demás niñas, menos Millie, aplaudieron alegremente.

—¡Felicidades, Pam!

Pam sonrió, muy contenta, y después miró a Millie que estaba tristona y con la vista fija en el suelo.

—¿Qué otra ha sido la mejor, señorita Rondo? —preguntó Pam.

—Después de ti, Millie.

—No haré yo el papel, señorita Rondo —resolvió Pam—. Millie lo hará muy bien.

—¿Por qué? —preguntó extrañada, la bibliotecaria.

—Mis hermanos y yo tenemos que resolver un misterio y no me quedaría tiempo para ensayar.

—En ese caso, Millie será la protagonista.

Con la carita resplandeciente, Millie se acercó a Pam y le dijo al oído:

—Muchas gracias. Nunca he conocido a nadie tan buena como tú.

En aquel momento Pete dio una palmada a Pam en el hombro diciendo:

—Tengo malas noticias.

Se llevó aparte a su hermana y le habló del viejo libro que ya habían leído Dawson y Terry Bridger.

—Iré a visitar a Terry ahora mismo. Dile a mamá que volveré al rancho un poco más tarde.

Después de decirle a Cindy a dónde iba, Pete se despidió.

—Yo llevaré los niños al rancho, para que coman, y luego volveré a la biblioteca. Esta tarde nos podemos encontrar aquí y volverás conmigo a casa —propuso Cindy.

Pete salió de la biblioteca, leyendo el papel que le había entregado la señorita Fell. La dirección era calle Custer, 17. Pete encontró pronto la calle. El número 17 resultó ser una casita campestre, bastante retirada de la acera, a la que daba sombra el alto álamo.

Pete subió los escalones del porche y llamó a la puerta de cristales. En el oscuro umbral apareció una señora que al ver la silueta de Pete, exclamó:

—Terry, ¿dónde has estado?

Al acercarse más, la mujer se dio cuenta de su equivocación.

—Perdona —se disculpó—. Creí que eras mi hijo. Debéis de ser de la misma estatura. A veces llama al timbre para gastarme bromas.

Pete dijo a la señora su nombre y luego le explicó:

—Estoy buscando a Terry. ¿Dónde está?

—¡Ay, hijito, eso quisiera saber yo! —contestó la señora Bridger —. Pero entra, entra. Te hablaré de Terry.

Pete pasó a la salita y se sentó.

—Le parecerá a usted raro —explicó el chico—, pero busco a Terry a causa de un libro de la biblioteca. ¿Conoce usted a un hombre llamado Dakota Dawson?

La señora Bridger quedó un momento pensativa y luego negó con la cabeza.

—No. Nunca he oído mencionar a nadie por ese nombre.

—Me alegro —dijo Pete.

—¿Por qué? —preguntó la madre de Terry.

—Es una cosa larga de explicar —sonrió Pete—. Es un misterio.

La señora Bridger extendió dramáticamente las manos y puso una cara muy agria.

—¡Misterios y tesoros! —dijo con desprecio—. Terry tiene la cabeza llena de esas ideas. Actualmente dice que busca el oro escondido en el Valle Secreto.

La información hizo latir con fuerza el corazón de Pete.

«Si Terry ha estado acampando en las montañas Ruby, a lo mejor era él quien hacía brillar las luces que asustaban a Millie», pensó Pete, que luego preguntó, en voz alta:

—¿Cuándo se marchó Terry?

—Hace una semana. Dijo que volvería por estas fechas.

—¿Se fue solo?

—¡No, por Dios! —repuso la señora Bridger—. Se marchó con otros dos amigos de su misma edad.

De repente a Pete se le ocurrió una idea.

—A lo mejor yo puedo ayudar a encontrar a su hijo.

—¡Ojalá puedas! —repuso la mujer—. Terry tiene muchas cosas que hacer aquí. Pero ¿cómo puedes encontrarle?

Pete habló de la posibilidad de salir en grupo a inspeccionar las montañas. Al oír esto, la señora Bridger suspiró:

—Eso sería como buscar una aguja en un pajar.

—¿Sabe usted qué camino siguió su hijo? —preguntó Pete.

—Estuvo muy entretenido con un mapa, pero no llegó a enseñármelo.

—A lo mejor tiene una copia de ese mapa en su habitación —sugirió Pete.

—Puedes pasar y buscar —ofreció la señora, levantándose—. Anda. Ven conmigo.

La señora Bridger condujo a Pete a un pulcro dormitorio de la parte posterior de la casa. Las paredes estaban decoradas con banderines y aviones en miniatura. En un rincón de la estancia había un escritorio y sobre él, libros, revistas y un cúmulo de papeles. La señora Bridger estuvo mirándolos y al fin dijo:

—Aquí no encuentro ningún mapa.

—¿Y si miro en la papelera? —preguntó el muchachito, agachándose ya.



Al fondo de la papelera había varios papeles arrugados, que Pete desdobló con precaución. Los dos primeros contenían una lista de utensilios para salir de campamento. El tercer papel era un tosco mapa.

—¡Mire! —exclamó Pete—. Puede que sea esto.

Inmediatamente extendió el papel sobre la mesa, alisando las arrugas. En el extremo de la izquierda se leía: «K Inclinada». Los ojos de Pete siguieron la línea marcada como «Río Helado». Este río conducía al «Cañón de los Cuatreros».

«Seguro que ésta es la ruta que siguió el jeep», pensó Pete.

Una línea punteada señalaba el camino que pensaba seguir Terry. En un extremo del cañón, la línea punteada giraba a la izquierda.

—¿Puedo quedarme con este mapa? —preguntó Pete.

—Claro que sí —dijo la señora Bridger—. Y si encuentras a mi hijo, dile que vuelva en seguida a casa. Llevaron alimentos para una semana y ya se les debe estar agotando todo.

Antes de que el chico se marchara la señora Bridger le ofreció un bocadillo y un vaso de leche. Pete lo aceptó. En cuanto terminó dio las gracias a la señora y volvió a la biblioteca. Allí volvía a estar Cindy. Pete le contó todo lo que había averiguado sobre Terry Bridger y añadió:

—Me gustaría volver en seguida al rancho, para contárselo todo a tu abuelo.

—Yo no puedo volver a casa hasta las cinco, Pete —contestó

Cindy—. Pero creo que alguien te podrá llevar. Aquél del mostrador es el señor McCord. Es amigo de mi padre.

La joven se acercó al señor, que estaba a punto de marcharse y que, después de hablar con Cindy, llamó a Pete.

—Vamos. Paso por delante de K Inclinada. Te dejaré en la puerta.

Media hora más tarde Pete entraba en el corral del rancho, donde Viejo Papá estaba herrando a uno de los caballos. Cuando el anciano concluyó su trabajo, Pete le mostró el mapa.

—Hummm. Este mozo conoce bien las montañas —comentó el anciano vaquero.

Luego frunció el ceño y su grueso dedo siguió la ruta que Terry había marcado. Al cabo de un rato comentó:

—Aquí hay un precipicio peligroso. El camino es escalonado y rocoso, pero hay un atajo que va al Valle Secreto.

Luego, Pete contó al anciano todo lo que había averiguado.

—Parece que convendría iniciar la redada lo antes posible —comentó Viejo Papá—, pero tendremos que pedir permiso al señor Blair.

Aquella noche, a la hora de la cena, Pete sacó a relucir la conversación sobre el misterio.

—Ahora tenemos una verdadera pista que seguir —aseguró—. En los libros dice que el oro está en el Valle Secreto. Eso significa que los ladrones pudieren esconder allí lo que robaron. Si pudiéramos encontrar eso, también encontraríamos a los ladrones de antílopes.

—Pues tenemos que ir —dijo Ricky—. A mí no me dan miedo esos pumas pequeñajos.

También Pam, Gina y Bunky se mostraron entusiasmados con la idea. Bunky suplicó a su padre que les dejase hacer la excursión.

—Dentro de unos días, tal vez —repuso el padre.

—¿Por qué no ahora, papá? —preguntó Gina.

—Porque tengo una gran sorpresa para todos —repuso el señor Blair, con una sonrisa.

Pete, Pam, Gina y Bunky quedaron un rato sentados a la mesa, después de concluida la cena, para hablar con el señor Blair de las pistas que tenían.

—¿Por qué habrá estado leyendo Dakota un libro sobre el Valle Secreto? —preguntó Gina a su padre.

—Muchos vaqueros se interesan por aprender y leen mucho —le contestó su padre, sin dar importancia al asunto.



—Pues a mí me parece raro que escogiese un libro así —insistió Bunky.

Entretanto, Ricky y Holly salieron hacia el corral para contemplar los caballos. Por casualidad, Holly miró en dirección a la carretera que llegaba hasta el rancho. En la distancia se distinguía una gran polvareda levantada por una enorme hilera de caballos, tirando de galeras, que avanzaban directamente al K Inclinada.

—¡Mira, Ricky! —exclamó Holly, muy asustada—. ¡Vienen a atacarnos!

LOS HOMBRES DEL SHERIFF



Ante el asombro de Ricky y Holly, la caravana de caballos y galeras siguió avanzando y cruzó la verja del K Inclinada.

—¡Canastos! ¡Hay que advertir al señor Blair! —resolvió Ricky.

Él y Holly corrieron a la casa y encontraron al señor Blair que salía ya al porche en compañía de los niños mayores. Detrás de todos iban las dos madres, Sue y Cindy. El ranchero sonreía ampliamente.

—¡Señor Blair! —llamó Ricky—. ¿Va usted a comprar todos esos caballos?

El hombre se echó a reír, contestando:

—No, Ricky. Éstos son mis invitados. Ahí está la sorpresa de que os he hablado.

En aquel momento la galera que iba delante se detuvo y dos hombres saltaron a tierra. Iban vestidos con ropas de montar y vistosas camisas color naranja. Cuando uno de los hombres se volvió a indicar con la mano a las demás galeras que se detuviesen, todos pudieron ver, en la espalda de la camisa, las siguientes palabras: «fuerzas del sheriff de Salt Creek».

El nerviosismo se apoderó de todos y los niños hicieron docenas

de preguntas, mientras los recién llegados bajaban de las galeras y se aproximaban. El que iba delante tendió la mano al señor Blair para cambiar con él un fuerte apretón.

—Bien venidos al K Inclinada —dijo el ranchero, que se volvió a los Hollister, añadiendo—: Éste es mi amigo Rex Hill. Está al frente de las fuerzas reclutadas por el sheriff de Salt Creek.

Viendo la cara de perplejidad de Ricky, el señor Blair sonrió declarando, amablemente:

—Ahora estoy dispuesto a contestar a algunas de vuestras preguntas.

Mientras Bunky y Gina contenían la risa, viendo el asombro de sus invitados, su padre explicó a los Hollister que en el Oeste existían muchos grupos, siempre deseosos de competir entre sí.

—A eso se han reducido, actualmente, lo que antes se llamaba fuerzas de batida del sheriff.

—Eso es —asintió Rex Hill, apoyando una mano en el hombro de Pete y de Pam—. Mañana celebraremos una fiesta en las tierras de Elkton.

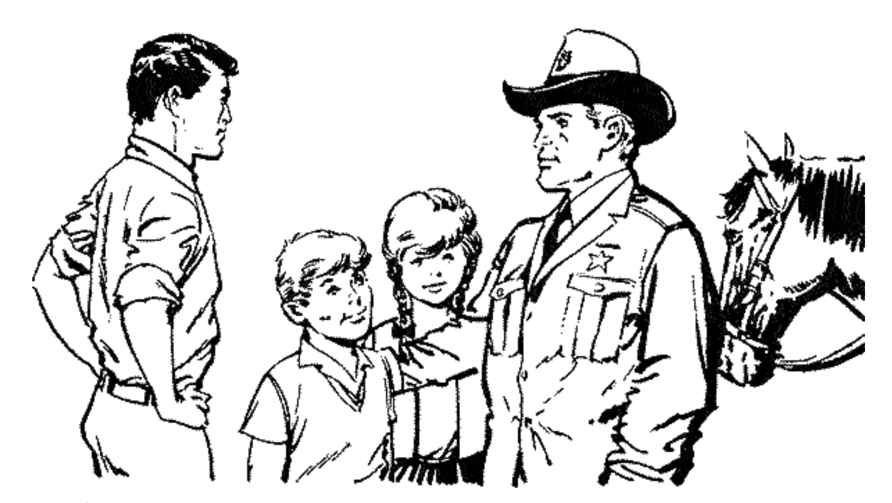
—¿Con quién compiten ustedes? —preguntó la señora Hollister.

—Hay otros tres buenos equipos —contestó el señor Hill—. Los Sólidos Jinetes de Idaho, la Patrulla Montada de Utah y las Espuelas Plateadas de Nevada.

—¡Carambola! —exclamó Ricky, algo tristón—. ¡Y yo que me creía que venían ustedes a ayudarnos a detener a los malos!

Al oír aquello, los demás jinetes que se habían reunido en torno a los niños, tuvieron que contener la risa. Uno de ellos, patizambo y de burlona sonrisa, dijo:

—Yo no sabía que quedasen hombres malos en las Ruby, Ken.



—Éste es Mike Armónica —informó Rex Hill, dirigiéndose a la señora Hollister. Y con un guiño burlón, afirmó—. Mike es el hombre ideal para acampar junto al fuego.

El señor Blair explicó que los recién llegados ejercitarían a sus caballos en el K Inclinada y que, aquella noche, los jinetes dormirían en catres, en el edificio de los peones.

—Luego regresarán a la ciudad para participar en la gran exhibición.

Pam miró hacia el edificio de los vaqueros. A la entrada se encontraba Dakota Dawson. Al ver a Pam, el hombre dio media vuelta, bruscamente, y montando en su caballo que se hallaba a poca distancia, se alejó hacia las montañas.

A toda prisa, Pam se acercó a contar al señor Blair lo que había visto.

—Me parece que tiene miedo a los hombres del sheriff —añadió la niña.

—No lo creo —respondió el ranchero—. Dakota tiene que ir a buscar unas reses que ha visto extraviadas en los prados esta mañana.

Pero Pam siguió convencida de que había algo sospechoso en el misterioso vaquero. Mientras los hombres del sheriff empezaban a desenganchar los caballos de los carromatos, para llevar los animales al corral, Pam se llevó a un lado a Pete, para comentar:

—Si Dakota tenía que ir a buscar esas reses, ¿por qué no fue más

temprano?

—A lo mejor deseaba ver a los hombres de Salt Creek —repuso Pete—. Si Dakota es el hombre a quien vimos salir de la oficina del sheriff, puede que conozca a estas gentes.

—Pero, si les conoce, ¿por qué no les ha saludado? —insistió Pam—. A mí me parece que está asustado de ellos.

Cuando los caballos estuvieron recogidos, él sol ya había desaparecido por completo detrás de las montañas y empezaba a soplar un vientecillo desagradable.

Mientras los niños hablaban con los hombres del sheriff, Viejo Papá salió del edificio de los peones. Holly corrió a su encuentro, diciéndole:

—¿En dónde se había metido?

—Estaba preparando las cosas para estos hombres —repuso el viejecito, que luego se inclinó para preguntar al oído de Holly—. ¿Quieres divertirte un rato?

—Claro. ¿Qué hago?

—Ven conmigo. Pero antes trae a los demás niños.

A los pocos minutos los cinco Hollister, Bunky y



Gina habían salido detrás de Viejo Papá hasta un claro cercano al hoyo de la barbacoa.

—¿Qué os parece si me ayudáis a preparar una hoguera campestre? —propuso el anciano.

—¡Estupendo! —repuso Pete—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Sólo recoger leña.

Los niños se separaron, veloces como conejos asustados, para buscar, cada uno por su cuenta, tallos y ramitas secas. Pete y Bunky fueron hasta una pila de leña y volvieron con los brazos llenos de madera bien cortada.

—Lo estáis haciendo pero que muy bien —dijo Viejo Papá.

Pocos minutos después de haber encendido unas cuantas ramitas, la hoguera empezó a crecer hasta resultar gigantesca. Ya era de noche en el valle y los hombres del sheriff se reunieron en torno a la hoguera. La señora Hollister y la señora Blair, en compañía de Cindy, salieron de la casa y las llamas temblorosas iluminaron sus rostros alegres.

De pronto empezaron a sonar las alegres y agudas notas de una armónica que estaba tocando Mike. Al poco rato todos cantaban «Alégrate, ternero huérfano». Después de ésta se cantaron casi todas las canciones del Oeste.

Viendo que todos seguían alegremente el ritmo con los pies, Sue, que había estado en brazos de su madre, saltó al suelo e improvisó una extraña y graciosa danza. Cuando concluyó la canción todos aplaudieron y Rex Hill se acercó y cogió a Sue en brazos.

—Creo que tendremos que adoptarte como mascota —dijo—. ¿Qué os parece, muchachos?

Todos los hombres del sheriff de Salt Creek aplaudieron y lanzaron gritos vaqueros.

Entonces Sue tiró del vaquero por una oreja y haciendo girar los ojos traviesamente, declaró en un cuchicheo:

—Seré tu mascota si «queres» hacerme un favor.

—¿Qué favor?

—Ayúdanos mañana a buscar a esos malotes.

—Tendremos que ir a nuestras casas mañana por la noche —le contestó Rex Hill—. Pero podemos regresar más tarde. Recorreremos estas montañas hasta que oscurezca y te garantizo que encontraremos a cualquier hombre malo que esté escondido por aquí.

Sue dio al señor Hill un rápido beso y saltó al suelo para correr al lado de su madre. Pete, que estaba al lado de Bunky, le dijo a

media voz:

—¡Qué suerte! Si todos estos hombres nos ayudan, resolveremos el misterio en seguida.

Después de que se hubieron cantado varias canciones más y, cuando la hoguera se convirtió en un montoncillo de cenizas, el grupo se disolvió.

Mientras regresaba a la casa, Pam vio en la oscuridad la silueta de una mujer que se encaminaba al bosque.

—¿Eres tú, mamá? —preguntó la niña.

—No, hija. Yo estoy aquí.

La señora Hollister* caminaba directamente detrás de su hija, seguida de la señora Blair y de Cindy.

—Entonces, ¿quién es esa mujer que hay allí? —murmuró Pam, con extrañeza.

—¿Dónde?

—Acaba de desaparecer entre los bosques. Estoy segura de que era una mujer.

Al oír el tono apurado de su hermana, Pete acudió a su lado y preguntó:

—¿Crees que había alguien espiándonos?

—Había alguien que no era ni Cindy, ni la señora Blair, ni mamá.



Cuando Bunky se enteró de lo que pasaba fue corriendo a la casa y volvió con una linterna. Pero por mucho que buscaron entre los

árboles y arbustos, no descubrieron nada. Al fin Pete se dio por vencido.

—Puede que no fuese más que una sombra —sugirió Cindy, mientras entraban en la casa.



Sin embargo, aquella noche Pam se acostó pensando todavía en la silueta que había desaparecido con tanto misterio.

Por la mañana todos se levantaron temprano. Los Hollister visitaron la escuela dominical a donde acudían Gina y Bunky. Al volver encontraron a los hombres del sheriff de Salt Creek montados y dispuestos a marchar a Elkton.

—¡Adiós! ¡Adiós! —gritaron los niños, mientras los jinetes de camisa color naranja se ponían en camino.

—Recuerda que eres nuestra mascota, Sue —dijo Rex Hill—. Esperamos verte en los terrenos de la competición.

Inmediatamente después de la comida especial del domingo, los niños Blair entraron en el coche de su familia para marchar con sus padres a la exhibición. Los Hollister iban a viajar tras ellos.

—¿Viene usted con nosotros, Viejo Papá? —preguntó amablemente Pam, antes de subir a la furgoneta.

—No. Tengo que quedarme a cuidar del rancho. Ya os veré luego —dijo el viejecito.

Cuando llegaron a los terrenos de la exhibición, todos subieron a los graderíos, que se llenaron rápidamente. Se oyeron cuchicheos

excitados cuando una voz anunció por el altavoz:

—Les presentamos primeramente a los Sólidos Jinetes de Idaho.

En aquel momento, un hombre con camisa roja y sombrero de vaquero, con una bandera blanca y roja salió a caballo a la pista. Le seguía, una larga fila de jinetes con camisas rojas. Primero cabalgaron en círculo, y al poco se dividieron formando dos aros. Luego avanzaron de cuatro en cuatro, después de ocho en ocho. Todas sus maniobras eran precisas y ágiles.

—¡Canastos! ¡Es precioso! —declaró Ricky—. ¡Ojalá los hombres del sheriff lo hagan igual!

Apenas había desaparecido la polvareda levantada por los Sólidos Jinetes de Idaho cuando salió a la pista la Patrulla Montada de Utah. Iban todos vestidos de negro con sombreros blancos. Cuando éstos concluyeron su actuación, galoparon ante los graderíos las Espuelas Plateadas de Nevada. Éstos vestían calzones azules y camisas de un tono plateado.

Los niños estuvieron tan entretenidos contemplando las proezas de cada grupo que no se enteraron de nada más… ¡Qué sorpresa les produjo ver desfilar elegantemente a los hombres del sheriff de Salt Creek! Marchaban lentamente porque… ¡al frente de todos cabalgaba muy orgullosa la chiquitina Sue Hollister! Vestía pantalones de montar y una linda camisa color naranja, de su medida. En una mano llevaba un sombrero de vaquero con el que saludaba a los espectadores.

UNA BOLSA DE ORO



—¡Si es Sue! —exclamó Pam, que no podía creer lo que estaban viendo sus ojos.

—¡Huy, mamá! No nos lo habías dicho —dijo Holly, en son de reproche.

Su madre rió alegremente, contestando:

—La señora Blair y yo hemos trabajado por la noche para hacer la camisa.

Añadió que los pantalones habían pertenecido a Gina cuando era pequeña.

Utilizando a su mascota como eje de sus actuaciones, los hombres del sheriff de Salt Creek realizaron complicadas maniobras, mientras los espectadores aplaudían. Como final, Sue dio una vuelta a la pista, al frente de los hombres que se habían colocado en fila.

Poco después el altavoz anunciaba que los jinetes de Salt Creek habían sido los ganadores. Los Hollister y sus amigos se pusieron en pie y aplaudieron con entusiasmo.

—¡Son unos jinetes estupendos! —declaró Pam.

—Yo creo que Sue les ha ayudado a ganar la competición.

Todos empezaron a abandonar los graderíos y abriéndose paso entre la multitud, se encaminaron al corral, en donde estaban desmontando los jinetes. El señor Hill bajó a Sue del caballo, diciendo:

—Ya sabía yo que, contigo como mascota, ganaríamos.

—Pero no te olvides de lo que has «promitido» —dijo Sue, antes de que su familia la rodease.

—No lo olvidaremos —prometió Hill.

Dijo a sus hombres que irían al rancho y luego darían una batida por las montañas Ruby hasta que fuese la hora de enganchar los caballos a las galeras y regresar a sus casas.

Cuando todos los niños subieron a la furgoneta, la señora Hollister condujo a través de la población de Elkton y a lo largo de la carretera que llevaba al K Inclinada. Luego hizo un viraje y muy pronto estuvieron traqueteando por el camino onduloso que terminaba en la entrada del rancho.

Pero cuando se aproximaban a la casa todos prorrumpieron en exclamaciones de sorpresa. ¡Todas las galeras de los jinetes de Salt Creek habían sido empujadas al prado en horrible desorden!

—¡Oh! ¡Mirad qué ha pasado! —exclamó Pam.

—¿Quién puede haberlo hecho? —preguntó Gina, casi llorando.

Muchas de las galeras se encontraban sobre sus cuatro ruedas, pero algunas habían caído de lado y otras estaban volcadas de arriba abajo.

También el señor y la señora Blair, que iban detrás de la furgoneta, quedaron atónitos ante aquel inesperado desorden. En cuanto detuvo el coche a la entrada de la casa, el señor Blair salió llamando a gritos:

—¡Viejo Papá! ¿Dónde estás? ¿Qué ha sucedido?

Todo estaba silencioso y el viejo vaquero no aparecía por ninguna parte.

—¡Yo buscaré en la casa, papá! —se ofreció Bunky, subiendo al porche.

—Y yo buscaré en el edificio de los vaqueros —añadió Pete.

Seguido de cerca por Pam, el muchachito entró en el pequeño edificio. Los catres y rollos de mantas estaban pulcramente ordenados, pero en uno de los catres se encontraba tendido Viejo

Papá. Tenía atados los pies y las manos y una sólida mordaza le impedía producir el más leve rumor con los labios.

Pete y Pam se apresuraron a desatarle. Luego, mientras Pete corría a avisar a los demás, Pam preguntó:

—¿Está usted herido, Viejo Papá?

El viejecito se frotó con cuidado la coronilla, replicando:

—Tengo un chichón en la cabeza. Nada más.

En aquel momento, entraron los demás corriendo. El viejecito bajó las piernas del catre y, sentándose, les contó lo que había sucedido.

—Llegó una anciana a caballo y me preguntó si el señor Blair estaba en casa. Le contesté que no y, en el mismo momento en que yo volvía la cabeza, ella me golpeó con algo duro y me dejó sin sentido. Supongo que fue ella la que me arrastró hasta aquí y me ató.

—¡Canastos! ¡Sería muy fuerte esa mujer! —reflexionó Ricky.

—Debía serlo, si ha sido ella la que ha empujado las galeras hasta el prado —declaró el dueño del rancho.

—¡Oh, Dios mío! —se lamentó Viejo Papá, mientras el señor Blair y Pete le ayudaban a ponerse en pie.

—La situación está muy embrollada —contestó el ranchero, saliendo del edificio de los peones para inspeccionar el desastre ocurrido en el prado.

Entretanto, la señora Blair había telefoneado al jefe de policía de Elkton, quien prometió acudir inmediatamente. Llegó precisamente delante de los hombres de Salt Creek, que avanzaban a galope a la entrada del rancho. Allí los jinetes desmontaron y corrieron a examinar las galeras.

El jefe de policía, un hombre de amplios hombros que se llamaba Larney, habló con el señor Blair y con Rex Hill.

—Parece la obra de un bromista malintencionado —dijo el señor Larney—. ¿Tiene su equipo algún enemigo, Rex?



—Ninguno —aseguró el señor Hill.

—Entonces, ¿cuál será el motivo de todo esto? —murmuró el jefe de policía que volviéndose a todos los reunidos, preguntó—: ¿Alguien ha encontrado alguna pista?

—Yo sé algo —hizo saber Pam.

Y habló al policía de la mujer misteriosa que viera entre las sombras la noche anterior.

—Creo que estaba escuchando nuestros planes —dijo Pam.

Mientras se palpaba el grueso chichón de la cabeza, Viejo Papá declaró.

—No creo que fuese ninguna mujer.

—¡Ya sé! —exclamó Pete—. ¡Debía de llevar un disfraz de mujer!

—¿Sería la misma persona que nos estuvo siguiendo en Nueva York? —preguntó Bunky, mirando interrogador a su padre.

—Podría ser —repuso Pete, mientras el señor Blair movía afirmativamente la cabeza.

El jefe de policía anotó la descripción de la persona que había atacado a Viejo Papá y la comunicó por radio a la comisaría.

—La policía local y la guardia de carreteras está sobre aviso —anunció Larney—. ¿Quién más estaba en el rancho cuando ocurrió esto?

—Nadie. Todos, menos Dakota Dawson, habían ido a ver la competición —repuso Viejo Papá.

Al oír pronunciar el nombre del vaquero, el jefe de policía levantó la cabeza, mostrándose interesado.

—¿Dónde estaba ese hombre? —preguntó.

El señor Blair dijo que Dakota se encontraba reuniendo reses extraviadas.

—En cuanto vuelva hágamelo saber para que pueda hablar con él —pidió Larney.

—¡Qué listo es el jefe de policía! —susurró Holly al oído de Ricky—. Seguro que Dakota sabe algo de esto.

—Y ahora se sabrá que nosotros teníamos razón, porque yo sé que Dakota es un vaquero malísimo —cuchicheó Ricky.

—Lamento desilusionaros, niños —dijo Rex Hill—, pero no creo que podamos hacer la batida por la montaña esta noche. Necesitamos arreglar estos carromatos para llevarlos con los caballos a Salt Creek.

La pequeñita Sue se mostró muy enfurruñada, pero los demás niños comprendieron que no había posibilidad de cumplir la promesa.

Todos los jinetes se pusieron a la tarea de levantar los vehículos volcados.

—Pete, Pam, Gina, venid aquí —llamó Bunky, indicando a todos que le siguiesen hasta los corrales. Una vez allí dijo en un cuchicheo —: ¡No podemos dejar que los delincuentes se salgan con la suya!

—Tienes razón. ¿Por qué no hacemos una batida nosotros mismos? —propuso Pete.

—¿Sin Viejo Papá? —preguntó Pam, en tono de duda.

—Él está demasiado ocupado ayudando a los otros —repuso Bunky—. Vamos a buscar los caballos. No tardaremos mucho en regresar.

Ricky, Holly y Sue habían ido a dar alimento al cachorro «Estrella de la Pradera», que había mejorado mucho de sus heridas en los días transcurridos desde que la recogieran.

Los mayores ensillaron los caballos y, cuando ya se alejaban, Bunky dijo a su padre:

—Vamos a explorar por aquí cerca.

—¿A dónde?

Bunky señaló con el brazo extendido, diciendo:

—Cerca del Río Helado.

—Muy bien. Pero tened cuidado.

Dirigidos por Bunky, los niños descendieron a la llanura. Durante un rato cabalgaron en sentido paralelo a la carretera y luego giraron hacia las Ruby. Al cabo de media hora llegaban junto al Río Helado que descendía burbujeante, desde la cumbre de la montaña.

Hasta el momento no habían visto a nadie.

—Tengo una corazonada —dijo Pete—. Vayamos a mirar el árbol marcado con la X.

Mientras cabalgaban lentamente junto al río, los cuatro miraban atentamente, tanto hacia los bosques, como al terreno sobre el que avanzaban.

—Si alguien ve huellas recientes de caballo, que avise —ordenó Bunky.

El camino ascendía entonces hacia el lugar en que Pete y Ricky habían visto a Dakota Dawson junto al pino. Al acercarse al claro, Pete señaló, en la distancia, la gran roca en forma de rampa, a la que Ricky había trepado cuando vio el puma. Un momento después, Gina exclamaba:

—¡Huellas de caballos! ¡Mirad!

Saltando de su silla, Bunky examinó la tierra.

—Son pisadas recientes. Hay que tener cuidado —dijo el niño—. No hagamos ningún ruido.

Volvió a montar y marchó al frente del grupo, siguiendo las huellas de herraduras. Estas huellas desaparecían al borde del arroyo, junto al claro del bosque.

—Hay que tener precaución —dijo Pete—. Puede haber alguien escondido al otro lado del arroyo, vigilándonos.



Mientras Pete y Bunky inspeccionaban el bosque, a orillas del Río Helado, Pam y Gina se encaminaron al árbol que habían señalado los chicos.

—¿Dónde está la X? —dijo Gina.

Al mismo tiempo Pam hacía otra pregunta:

—¿Qué es esto?

—¿Qué?

—Aquello de allí, junto a aquella roca pequeña que está junto al árbol. Parece un saco.

Después de desmontar, las dos niñas se aproximaron al árbol y se arrodillaron a examinar el saquito. Era de cuero y estaba anudado con una tira del mismo material. Pam lo levantó en vilo y exclamó:

—¡Oh, cuánto pesa!

—Veamos qué hay dentro —sugirió Gina.

—Muy bien. Lo desataré.

Pam aflojó el cordel y miró dentro del saquito.

—¡Está lleno de oro! —exclamó.

UNA NIÑA DETECTIVE



—¿De verdad es oro? —preguntó Gina, cogiendo un puñado de pepitas que dejó resbalar entre sus dedos para que volvieran a caer en la bolsa.

—¿Qué puede ser, más que oro? —repuso Pam. Y poniéndose en pie, llamó—: ¡Pete! ¡Bunky! ¡Venid en seguida!

Los dos chicos espolearon a sus caballos en dirección al árbol y desmontaron a toda prisa. Cuando Pam les enseñó el saco, los dos quedaron con la boca abierta de oreja a oreja y mudos de asombro. Y antes de que hubieran podido comprender por completo lo que aquello significaba, se oyeron retumbar cascos de caballos por la otra orilla del Río Helado.

Los cuatro niños se volvieron y pudieron ver a un jinete que llevaba su caballo hasta las burbujeantes aguas del arroyo. El hombre vestía pantalones de montar, camisa oscura y un gorro puntiagudo. Alrededor del cuello llevaba un pañuelo a cuadros blancos y rojos y su cara parecía vieja y arrugada.

—¡Soltad la saca! ¡Me pertenece! —gritó el hombre, mientras su caballo «appaloosa» avanzaba cautamente sobre el fondo rocoso y resbaladizo del riachuelo.

Los cuatro niños se dieron en seguida cuenta de que se acercaba un nuevo peligro. Durante varios segundos quedaron inmóviles, mirando al hombre. Luego a la mente de Pete acudió una idea. El oro lo había encontrado Pam en las propiedades del señor Blair. ¡Para quedarse con él, el hombre tendría que probar que era suyo!

—¡Montad! —ordenó Pete.

Al momento todos corrieron hacia los caballos, Pam sin soltar el saquito de oro. Los cuatro niños cabalgaban ya sobre sus monturas cuando el hermoso caballo del hombre llegó a la orilla.

—¡Seguidme! —gritó Bunky—. ¡De prisa! ¡Vamos!



Cada uno de los cuatro niños dio unas palmaditas en las ancas de sus caballos que avanzaron al galope. El desconocido, con el rostro deformado por la rabia, salió en su persecución. El caballo de Bunky iba delante y detrás marchaban Pam, Gina y por último Pete.

El hijo del ranchero condujo su caballo a través de la artemisa que crecía en el valle. Al principio el caballo del hombre siguió muy de cerca a los animales de K Inclinada. Pero al cabo de diez minutos de carrera veloz, los caballos de los Blair demostraron tener más resistencia que el caballo «appaloosa» del perseguidor.

Estaban a medio camino de K Inclinada cuando el hombre levantó un puño amenazador y haciendo dar media vuelta a su caballo galopó en dirección opuesta a la de los niños. Bunky redujo la marcha de su montura y los cuatro siguieron su camino a paso más tranquilo.

—¡Zambomba! ¡Este hombre ha estado a punto de asustarme de verdad! —confesó Pete.

—Y a mí —dijo Bunky—. ¿Todavía tienes el oro, Pam?

—Sí —contestó la niña, poniéndose muy colorada al hacer el esfuerzo de levantar el saquito en alto para que los otros lo vieran —. Pero por poco se me cae. ¡Estaba tan asustada!

—¿De dónde creéis que era ese hombre? —preguntó Pete a los hermanos Blair cuando se acercaban a la verja del K Inclinada.

—No lo sé —repuso Bunky sacudiendo la cabeza—. Pero vosotros ¿habíais visto alguna vez una cara igual?

—Asustaría hasta a la bruja Pirulí —declaró Pam, rotunda.

Y Gina opinó:

—Con esas ropas tan raras parecía un turista. ¿Creéis que el oro es de verdad suyo?

—Ya veremos —contestó Bunky con desconfianza—. A lo mejor ni siquiera es oro.

Cuando llegaron a la casa, los demás ya habían cenado y todos se sentían inquietos. Pero al ver a sus hijos ilesos, las dos madres se apresuraron a servir la cena que habían conservado caliente para los cuatro niños. Mientras Pam, Gina, Pete y Bunky comían y contaban lo que les había sucedido, los demás escuchaban, mudos de asombro.

—¡Parece un cuento de hadas! —declaró, al fin, la señora Hollister—. ¡Qué alegría me da ver que no os ha ocurrido nada!

Bunky se sirvió una gran patata asada antes de decir:

—Me parece que entre Pete y yo habríamos podido vencer a ese hombre, pero era mejor no arriesgarse.

—¡Demonio! ¡Demonio! ¡Si parece oro de verdad! —exclamó el señor Blair—. Pero ¿de dónde procederá?

Mientras hablaba, el señor Blair se volvió a mirar a Viejo Papá y encontró al anciano sonriendo admirativo, a los cuatro niños.

—Nunca había oído que hubiera oro en estas montañas. ¿Y tú? —preguntó el señor Blair al viejecito.

Viejo Papá quedó pensativo un momento y luego dirigió una pregunta a su hijo Bronco.

—Cuando eras un rapazuelo y saliste aquella vez de camping encontraste una pepita de oro en el arroyo, ¿verdad?

—Sí —asintió el capataz del rancho—. Pero nunca he oído que por aquí hubiera ninguna mina.

Cuando los cuatro niños mayores acabaron la cena, todos siguieron a los hombres al pórtico. Bronco Callahan tomó la saqueta de las pepitas y marchó velozmente a Elkton, donde conocía a un hombre que podía aquilatar el metal. Mientras el capataz estaba ausente los demás hablaron de aquel inesperado misterio. De repente el mayor de los Hollister puso cara de extrañeza y preguntó:

—¿Dónde está Dakota?

—No ha regresado aún. Vi que llevaba un rollo de mantas detrás de la silla, cuando salió ayer. Puede que pase fuera una o dos noches.

—Sí —añadió Viejo Papá—. A los vaqueros les gusta dormir bajo las estrellas.

Luego el anciano se puso serio y añadió:

—Si lo que contiene ese saquito es verdaderamente oro, debemos salir de excursión pasado mañana.

—¿No sería mejor mañana? —aventuró Pete.

—Nos harán falta provisiones y otras cosas, como una buena guisandera —repuso Viejo Papá.

—¿Una guisandera? —repitió Holly con los ojos redondos.

El señor Blair se echó a reír y dijo que Viejo Papá llamaba «guisandera» a unas cocinas portátiles que podían llevarse a lomos de una pareja de mulas.

—Eso es —asintió Viejo Papá—. Necesitaremos dos mulas. Y Vamos a ver, ¿quién será rey de la cocina?

—¡Ja, ja, ja! —rió alegremente Ricky.

Al momento, Holly hizo corro de las carcajadas de su hermano y los dos siguieron riendo hasta que les dolieron los costados.

—¿Qué quiere decir eso tan gracioso del «rey de la cocina»? —preguntó Holly.

—Niños, niños, no hay que reírse de las cosas de la cocina —protestó Viejo Papá—. Y menos del cocinero, que es la persona más importante en un grupo que sale de camping.

El señor Blair, riendo de buena gana, explicó a los niños que Viejo Papá llamaba al cocinero rey de la cocina y también «llena andorgas».

—¡Canastos! Eso me gustaría ser a mí —declaró el pecoso—. «Ricky Llena Andorgas».

Una hora más tarde, Bronco regresaba de Elkton. Con una alegre sonrisa, el capataz entró en la salita donde los demás hablaban del misterio.

—Niños, habéis «dado en el clavo» —anunció Bronco—. No cabe duda de que es oro.

—¡Yuupii! —gritó Bunky.

—¿Ha averiguado usted algo de ese viejo tan raro que nos persiguió?

El capataz repuso que había ido a hablar con la policía, pero que Larney no conocía en Elkton a nadie con aquella descripción.

—Tendremos que seguir haciendo de detectives mañana —decidió Pam.



Cansados y felices después de aquel día de aventuras, los niños fueron a acostarse más tarde de lo habitual, pero se levantaron cuando el sol aparecía por el este, llenando el horizonte de tonos rosados.

Viejo Papá asomó la cabeza por la puerta, mucho antes de que los niños hubieran acabado el desayuno.

—Vamos, vaqueros. Tenemos que ir de compras.

—Y es necesario alquilar un par de mulas —le recordó el señor Blair.

—¿Dónde podremos alquilarlas? —preguntó Pete, que estaba

saboreando unos riquísimos buñuelos.

Bunky le dijo que había unas caballerizas en Elkton. Tut Primrose, el propietario, solía tener algunas mulas para alquilar.

La señora Hollister dio a Cindy permiso para que condujese hasta Elkton la furgoneta.

—Yo cuidaré de Sue —se ofreció la joven, mientras Viejo Papá y los demás se instalaban en el vehículo.

—Voy a deciros lo que haremos —anunció el ancianito, bajando ágilmente de la furgoneta, para dirigirse al almacén—. Pete, Ricky, Bunky y yo nos encargaremos de la guisandera y las provisiones. Cindy, tú y las niñas id a alquilar las mulas.

—Muy bien, abuelito —repuso Cindy. alejándose con Gina y las niñas Hollister.

Juntas descendieron por la calle principal, volvieron en una esquina y después de pasar ante dos manzanas de casas, llegaron a un gran establo. Sobre las puertas, abiertas de par en par, se leía:

CABALLERIZAS
DE
PRIMROSE

Del interior salió un hombre. Era alto y delgado y llevaba un sombrero flexible de fieltro. Cada vez que hablaba, su nuez subía y bajaba a lo largo de su cuello. Al momento, Sue quedó fascinada por aquella extraña característica del hombre.

—¿Qué hay, Cindy? —saludó él, levantando un momento su sombrero—. ¿Te llevas de excursión a los niños de tu clase dominical?

—No. Vamos a salir de camping a las montañas Ruby y necesitamos un par de mulas —repuso Cindy, que luego presentó a las niñas Hollister.

—Son detectives de Shoreham —añadió Gina, muy orgullosa.

Tut Primrose sonrió, comentando:

—Conque jovencitas detectives, ¿eh? Pues a mí me haría falta un buen detective.

—¿Es que ha perdido usted algo? —preguntó Pam.

—Ya lo creo —repuso el dueño de las caballerizas—. Y ni la

policía de la localidad ha podido encontrarlo.

—¿Y no puede usted decirnos qué es? —preguntó Holly.

—¡Mi caballo «appaloosa»! —respondió el hombre, arrugando el ceño.

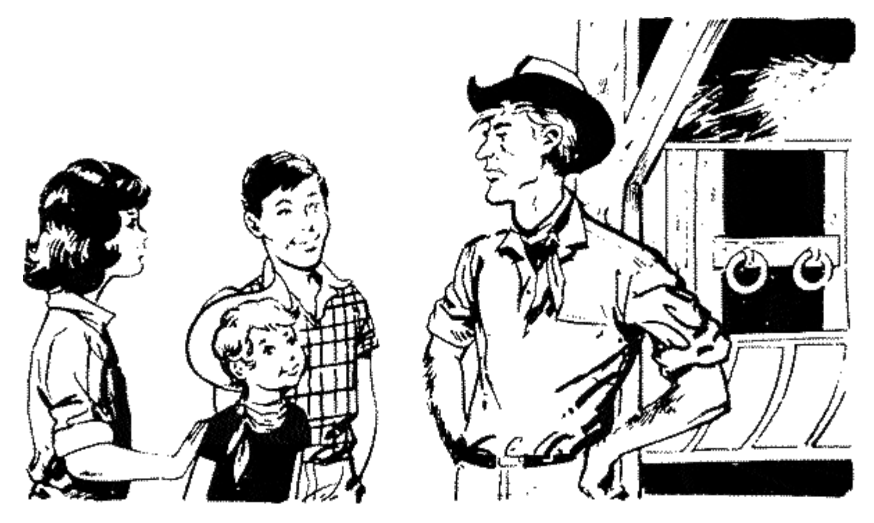
—¡Un «appaloosa»! —repitió Pam, con asombro—. ¿No ha visto usted a un hombre viejo y bajito, con un pañuelo a cuadros blancos y rojos en el cuello, y pantalones de montar?

—Claro —repuso Tut—. Ése es el hombre que lo alquiló.

—Pues nosotros vimos al hombre y al caballo —dijo Gina.

Pam no quería revelar todo lo que sabían, pero dijo lo suficiente para que Primrose quedase convencido de que el hombre estaba en aquellos alrededores.

—Si le volvéis a ver, decidle que me quedo con su maleta hasta que me devuelva el caballo —pidió Tut.



Todas las niñas se miraron, llenas de asombro. Mejor dicho, todas menos Sue, que seguía sin enterarse de otra cosa que de la saliente nuez que continuaba sus idas y venidas a lo largo del cuello del señor Primrose.

—¿Es que ese hombre dejó aquí su maleta? —preguntó Cindy, llena de nerviosismo.

Tut señaló uno de los pesebres, en el interior de las caballerizas. Junto a ello había una maleta de color marrón. Pam se acercó a mirarla, murmurando:

—Si la abriésemos, podríamos encontrar una pista para saber dónde puede estar ese hombre.

Tut disimuló una risilla y se acarició la áspera barba.

—Después de todo, veo que eres una dama detective —declaró, acercándose a recoger la maleta.

Ninguno de los cierres de la tapa estaba cerrado con llave y Tut pudo abrir la maleta en un momento. Cuando la tapa se levantó, todas las niñas dieron un grito de sorpresa.

BOLAS DE NIEVE EN VERANO



En el interior de la maleta había varias pelucas, un traje de mujer y un estuche de maquillaje de los que se usan para el teatro. Pero no se encontró nada que indicase el nombre o las señas del dueño de la maleta.

Tanto Pam como Gina tuvieron al momento la misma idea: ¿Podría tratarse de la misma persona que había estado siguiendo a los Blair en Nueva York, utilizando distintos disfraces?

—A lo mejor es el mismo hombre al que se le perdió la peluca delante de nuestra casa —sugirió Holly.

Pam declaró:

—Es el mismo hombre que nos persiguió, montado en un «appaloosa». Pero puede que no sea viejo. A lo mejor usó el maquillaje para aparentar que tenía arrugas.



—Y debió de ser la «mujer» que golpeó a Viejo Papá en la cabeza y volcó las galeras —dedujo Pam—. Y la figura que vio Pam entre los árboles.

Las dos niñas siguieron hablando, muy excitadas, de su descubrimiento, mientras Cindy decía a Tut Primrose:

—Muchas gracias por habernos dejado ver la maleta. Nos ha proporcionado una buena pista y creo que ahora podremos encontrar su caballo «appaloosa».

—Encantado de haber podido ayudaros —repuso el hombre—. En cuanto a las mulas, tengo dos muy resistentes que os podéis llevar. Entrad y las veréis.

Las mulas, que estaban muy pacíficas ante su pesebre, pusieron las orejas tiesas, y volvieron las testuces para mirar a las niñas. Cindy examinó a los animales y dijo:

—Nos servirán. ¿Podrá llevarlas al rancho ahora?

Tut repuso que metería a las mulas en su camioneta y saldría para el K Inclinada dentro de una hora. Los visitantes le dieron las gracias y se marcharon hacia el lugar en que habían dejado la furgoneta.

La pequeña Sue, que no había dicho hasta entonces ni palabra, cogió de la mano a Cindy, preguntando:

—¿Verdad que es muy «tirrible» lo que le pasa al señor Primrose? Ha debido de tragarse un chicle hinchable y se le ha quedado pegado en la garganta.

Las niñas se echaron a reír y mientras caminaban explicaron a la chiquitina que el bulto que tenía en el cuello el señor Primrose no era más que la nuez. Al llegar a la furgoneta, encontraron a Pete, Bunky, Ricky y Viejo Papá metiendo la última caja de provisiones en el vehículo.

—¿Todo arreglado? —preguntó el viejecito a las niñas.

—Ya tenemos las mulas —repuso Cindy.

—Y una pista estupendísima —añadió Gina.

Cuando contó lo del desaparecido caballo «appaloosa» y lo de la maleta con disfraces, Pete se puso tan nervioso que creía que nunca iban a llegar al K Inclinada.

—A ver si podemos salir mañana, muy temprano. Viejo Papá —dijo el muchachito, mientras Cindy conducía la furgoneta a través de la población para embocar luego la carretera.

—Muy bien. Podréis seleccionar los caballos después de comer.

Cuando Cindy frenó ante la casa del rancho, los niños, que sentían ya un gran apetito, notaron en seguida el delicioso olor de hamburguesas a la parrilla. Mientras los chicos ayudaban a descargar las cajas de provisiones, las niñas corrieron a la parte posterior de la casa, donde las dos madres preparaban bocadillos. Con gran sorpresa, vieron que Millie Simpson estaba ayudando.

—Llegáis a tiempo —dijo la señora Blair—. Millie vino a dar su lección de montar y le pedí que se quedase.

—Es una gran ayuda para nosotras —afirmó la señora Hollister, sonriendo a Millie.

Ricky, Pete y Bunky acabaron de descargar y fueron a reunirse con las niñas a la mesa.

—¡Canastos! ¡Millie va a servirnos! —comentó Ricky con su hermano, en voz baja—. ¿Por qué será?

—Yo creo que Millie está aprendiendo a tratar con la gente —dijo Pete.

En aquel momento, llegó Millie con una bandeja de cartulina llena de hamburguesas y patatas fritas que colocó en frente de Pete, sonriendo.

—Gracias —dijo el chico, sonriente también.

Después de acabar la comida, Millie llamó por señas a Pam y las dos niñas se encaminaron a un gran álamo.

—Estoy muy arrepentida de haber sido mala contigo, Pam —se disculpó Millie—. El refresco… lo tiré a propósito.

—No fue nada —repuso la buena de Pam—. Pero ahora somos amigas, ¿verdad?

—Me gustaría que lo fuéramos —repuso Millie—. No volveré a ser arisca y mal educada.

Aquella tarde los jóvenes jinetes seleccionaron los caballos para la aventura del día siguiente. Viendo que Millie les observaba desde el corral, Pam y Gina la invitaron a acompañarles.

—¿Va Sue también? —preguntó Millie.

—No. Es demasiado pequeña —contestó Pam—. Además, tiene que quedarse alguien a cuidar de «Estrella de la Pradera».

—Entonces yo me quedaré en casa y haré compañía a Sue… —propuso Millie.

La señora Blair se mostró encantada de hacer los preparativos para que Millie Simpson se quedase en el rancho y a Sue le entusiasmó la idea.

Aquella noche, poco antes de que los niños fuesen a acostarse, Viejo Papá apareció en el porche.

—Todo está listo. Las mulas y las provisiones las tengo preparadas. Nos pondremos en marcha a la salida del sol —dijo.

Muy cumplidor de su palabra, Viejo Papá despertó a todos temprano. Cuando el sol asomó por la cima de las montañas, la caravana ya estaba en fila y dispuesta a emprender la marcha.

Viejo Papá se volvió sobre su silla de montar para inspeccionar al resto de la columna. Inmediatamente detrás de él iba Holly, luego Ricky, Pam, Gina, Bunky, Pete y Cindy. Al final de todo iban las dos mulas con el equipo de camping.

Sacudiendo alegremente los sombreros y dando gritos de despedida, el grupo cruzó alegremente la verja del rancho con gran fragor de cascos de caballo.

Descendieron hacia el valle, lo cruzaron y empezaron a ascender por la orilla del Río Helado. La primera parada la hicieron junto al árbol marcado. Allí desmontaron todos para abrevar a los caballos y los niños buscaron si se encontraban pistas del jinete que les había perseguido.

—¡Montad! —ordenó Viejo Papá.

Todos obedecieron rápidamente. Pronto el ascenso empezó a resultar más difícil, pues la tierra era más abrupta. El río resultaba más estrecho y turbulento. Los caballos respiraban con más dificultad y avanzaban más despacio.

—Estamos a mucha altura —dijo Cindy, señalando los álamos, que por allí crecían en más abundancia que los pinos.

Al mediodía, los jinetes se detuvieron en un pequeño prado de la montaña. Comieron bocadillos y bebieron la leche helada con sabor a chocolate, que la señora Blair les había preparado en un termo.

—Tengo una buena sorpresa para vosotros —anunció Viejo Papá —. Acabad pronto que iremos a verla.

—¿Qué es? —preguntó Holly, muy interesada, mientras buscaba con la lengua una miguita que le había caído en la barbilla.

Viejo Papá se limitó a hacer un guiño, sin contestar. Pronto el grupo volvió a montar y por el estrecho barranco fueron ascendiendo todos hacia la cima de la montaña.



Cuando llegaron a la cúspide y empezaron a descender por el otro extremo de la ladera, Viejo Papá señaló al pie de un picacho. A poca distancia de allí, en la ladera norte, había una extensión que parecía una manta de color blanco grisáceo.

—¡Ahí tenéis la sorpresa! —anunció Viejo Papá.

—¿Qué es? —quiso saber Ricky.

—Ve tú mismo a verlo.

A buen paso condujo Ricky su caballo hasta la zona cubierta de aquella capa blanquecina. Después de desmontar y tocarlo, el

pecoso gritó a los demás:

—¡Es nieve! ¡Nieve en el mes de junio! ¡Casi no lo creo!

Bunky, Gina y Cindy ya sabían cuál era la sorpresa, pero de todos modos desmontaron para unirse a los Hollister, que ya habían acudido, corriendo, al montículo nevado.

Viejo Papá les explicó que las noches eran muy frías en la cima de aquellas montañas. Las nieves que cayeron a finales de la primavera y quedaron lejos del sol, no se habían derretido.

—Este trecho nevado se conserva todo el verano igual.

Cuando se cansó de reír y arrojar muchas bolas de nieve, Ricky avanzó hasta el pie del montículo, donde la nieve le llegaba hasta las rodillas.

—¡Ven! —llamó Pam—. Ya nos vamos.

—¡Esperad! ¡Mirad esto! —gritó Ricky, señalando la nieve.

Todos volvieron junto al pecoso y Pete exclamó:

—¡Zambomba! ¡Huellas de un caballo!

—Fijaos en esto. Alguien ha estado hurgando en la nieve, igual que nosotros —observó Pam.

—A lo mejor han estado aquí Terry Bridger y sus amigos —opinó Holly.

—O los malos —apuntó el pecoso.

Cuando hubieron cabalgado durante otra hora Viejo Papá dijo:

—Los caballos se han cansado ya bastante. Ahora haremos un par de cobertizos para pasar la noche.



Muy animados, los excursionistas se pusieron a la tarea de cortar

ramas y troncos pequeños. Ya estaba a punto de ponerse el sol cuando quedaron concluidos los dos cobertizos; uno era para las niñas y el otro para Viejo Papá y los chicos. Entonces, entre Pete y Bunky desempaquetaron la cocina de campaña, donde muy pronto se prepararon chuletas y patatas fritas.

—¡Es estupendo! —declaró Pete con un suspiro de satisfacción, al acabar la cena—. Me gusta salir de camping.

—¿Creéis que atraparemos a los malos mañana? —preguntó Holly, mientras preparaban los sacos para dormir.

—Mañana llegaremos a la profundidad del bosque —repuso Viejo Papá—. Puede que sea allí donde se esconden.

El viento fue resultando cada vez más frío, a medida que la oscuridad iba envolviendo las cumbres de las montañas. Las estrellas resplandecían en el cielo y Pete estuvo contemplándolas por los resquicios que quedaban entre la hojarasca que cubría el cobertizo. Pronto estuvieron todos dormidos.

Bunky, que dormía junto a Pete, despertó a medianoche y al momento se sentó, sobresaltado. Dando a Pete una sacudida, cuchicheó:

—He oído un ruido extraño.

También Pete se sentó, frotándose los ojos. Buscó con la vista entre las sombras, pero no pudo ver nada. Y de pronto… ¡sonó un crujido misterioso que puso a Pete los pelos de punta!

PELIGRO DESDE LO ALTO



Al crujido siguió otro rumor que pareció el de una ramita al romperse. Pete se apresuró a salir de su saco de campaña para despertar a Viejo Papá que roncaba acompasadamente.

—¡Despierte! —apremió Pete, sacudiendo al anciano por un hombro—. ¡Hay alguien rondando por aquí!

Viejo Papá tomó una linterna y, mientras la encendía, vio brillar otra en el cobertizo de las niñas.

—¿Qué haces por ahí, abuelito? —preguntó Cindy.

Ya todos estaban despiertos y en cuanto se vistieron apresuradamente, salieron a investigar por los alrededores.

—Yo no veo nada —dijo Pete.

—Puede que el ruido lo haya hecho un ciervo o un oso —sugirió Cindy.

Estremecida, Gina murmuró:

—O el hombre malo que nos persiguió el otro día.

Los chicos fueron a ver las mulas, que estaban atadas cerca de allí. Nada les había sucedido a los animales.



Al ver a Holly y Ricky frotarse los ojitos cargados de sueño, Viejo Papá ordenó:

—Cada uno a su saco, niños. Todo está tranquilo.

Volvieron a acostarse, y el resto de la noche pasó sin más sustos. Por la mañana, después de un abundante desayuno, el grupo continuó su avance por los espesos bosques. Al cabo de un rato Viejo Papá conducía el grupo por una hendidura con altos paredones rocosos que reverberaban al sol matutino. En el cielo azul, sin una sola nube, planeaban majestuosas las águilas. El vaquero se volvió a Holly que cabalgaba tras él, para informar:

—Éste es el Cañón de los Cuatreros.

La niña hizo pasar la noticia a los demás. El repiqueteo de los cascos de caballo se hizo más sonoro al ir ascendiendo por el sendero pedregoso junto al Río Helado. De vez en cuando, las herraduras de los caballos producían chispazos en las rocas. Durante el camino, los niños fueron mirando atentamente a todas partes, pero no descubrieron el menor indicio de la presencia de otras personas.

Cuando el sol estaba directamente sobre sus cabezas, los jinetes llegaron a una loma carente de vegetación y miraron a la orilla opuesta del lago azulado que había abajo.

—¡Qué bonito! —exclamó Pam.

—Parece una piedra preciosa —declaró Cindy, mientras los más

pequeños se limitaban a dar gritos de admiración.

—Yo apuesto algo a que es un cráter —calculó Pete.

Y Viejo Papá repuso:

—Tienes razón. Eso fue, en otro tiempo, un volcán.

—¡Caracoles! ¡Pues hemos llegado demasiado tarde para verlo funcionar! —bromeó el travieso Ricky.

El anciano vaquero rió entre dientes y repuso:

—Pero no es demasiado tarde para conseguir un buen montón de peces para la comida, Ricky.

Con mucho cuidado, los excursionistas descendieron a la orilla del lago, que estaba bordeado por álamos y pinos. A Pete le asombró saber que ni Bunky ni Gina habían estado nunca en aquel paraje, por lo que se sentían tan entusiasmados como los Hollister. Todos buscaron las cañas que llevaban a lomos de las mulas y corrieron a las orillas del lago.

—¿Qué usáis para cebo? —preguntó a Bunky.

—Moscas artificiales.

No bien hubo entrado el anzuelo en el agua cuando se produjo un chapoteo.

—¡Canastos! ¡Ya tienes uno! —gritó Ricky.

Bunky sacó una espléndida trucha. Un instante después era la caña de Pete la que sufría una sacudida.

—¡Zambomba! ¡Este lago debe de estar atiborrado de peces! —declaró Pete, con entusiasmo.

Viejo Papá les dijo que les había llevado allí con un propósito especial.

—Terry Bridger y sus amigos pueden haber venido aquí para conseguir una buena pesca —explicó el viejecito—. Y no me sorprendería que esos chicos siguieran encontrándose por estos alrededores.

Diez minutos más tarde los niños habían conseguido pesca para una abundante comida. Los chicos se encargaron de limpiar los peces que las niñas frieron en la cocina de campaña ya encendida por Viejo Papá.

—¿Adónde iremos ahora, abuelito? —preguntó Cindy, cuando volvieron a ensillar los caballos.



El vaquero señaló al otro lado del lago, hacia una aguda cima que se elevaba desde la misma orilla del viejo cráter.

—Yo creo que de allí proceden esas luces misteriosas. Iremos allí, bordeando el lago, y acamparemos para pasar la noche.

Cabalgando al lado de Viejo Papá, Pete y Bunky ayudaron al anciano a elegir un camino poco abrupto de los que bordeaban el antiguo volcán. Todos los senderos estaban cubiertos de pedruscos que según explicó el abuelo de Cindy se habían desprendido de la ladera siglos atrás.

—¡Carambolas! ¿Verdad que sería un buen sitio para escondite de forajidos? —dijo Bunky.

—Es justamente donde se escondían en los viejos tiempos —asintió el anciano, que señalando arriba, a la izquierda, añadió—: El Valle Secreto se encuentra en aquel lado. Algunos creen que aquel lugar es todavía más abrupto que este volcán.

Estas explicaciones indujeron a Pete a mirar atentamente los salientes y entrantes de la ladera.

—Sería un sitio estupendo para una emboscada —declaró, reflexivo. Cuando por segunda vez levantó la vista hacia la cima, creyó ver movimiento—: ¡Viejo Papá!

Pete dio aquel grito en el mismo instante en que tres pedruscos, tan grandes como canastas de baloncesto, se desprendían de un saliente rocoso y descendían veloces por la ladera. Los excursionistas miraron inmóviles y fascinados lo que estaba sucediendo.

—¡La roca se está desmoronando! ¡Atrás! ¡Atrás! —gritó Viejo Papá, haciendo volver grupas a su caballo.



Cindy espoleó su caballo y obligó a las mulas a alejarse del peligro. El grupo de excursionistas retrocedía en fila de uno. ¿Tendrían tiempo de huir de aquella avalancha de rocas?, se preguntó Pete. Era tal el estruendo que se oía que daba la impresión de que la montaña entera se estuviese desmigando y fuese a desplomarse sobre el grupo.

—¡De prisa! ¡De prisa! —gritó Gina.

Viejo Papá, que ahora estaba al final de la hilera, apremió con gritos vaqueros a los caballos de Pete y Bunky para que acelerasen

la marcha. Hubo un momento en que la cabalgadura de Holly dio un traspiés y estuvo a punto de caer, pero por suerte, recobró en seguida el equilibrio y la niña se agarró con fuerza a las riendas.

Pete echó una última ojeada hacia atrás. Posiblemente podrían escapar de los peñascos rodantes, pero por muy pocos palmos de separación. El muchachito miró a la parte más alta y lo que allí vio le hizo ponerse rojo de rabia. Por un momento, se recortaron contra el cielo la silueta de un caballo y su jinete, y un instante después desaparecían por la otra parte de la ladera.

Muy pronto, al ensordecedor estruendo se unió una lluvia de partículas de arena y polvillo de roca. La avalancha rodó tan cerca del grupo que huía que una piedra de poco tamaño golpeó el flanco del caballo de Viejo Papá. El animal dio un relincho de terror e hizo una cabriola, hasta quedar en posición casi vertical. Pero Viejo Papá se mantuvo firme en la montura y muy pronto tuvo dominado al caballo.

—¡Ya ha pasado! ¡Nos hemos salvado! —murmuró Pam, con tanto fervor como si estuviera orando.

Los excursionistas se detuvieron y miraron hacia abajo. Los pedruscos seguían descendiendo a gran velocidad, describiendo grandes curvas y al fin desaparecieron en el agua con sonoros chapoteos.

Mientras la polvareda iba amainando, Pete dijo:

—Viejo Papá, yo creo que este desprendimiento de rocas lo han hecho a propósito.

El muchachito contó a sus compañeros que había visto a alguien en lo alto de la elevación rocosa.

—Pero ¿quién podía saber que nosotros estábamos aquí? —objetó sensatamente Gina.

—A lo mejor nos han seguido —opinó Pam—. ¿No os acordáis de que anoche alguien anduvo rondando cerca de nosotros?

Estremecida, Cindy murmuró:

—¡Es terrible que exista una persona capaz de empujar unos peñascos con tan mala intención!…

Su abuelo le dio la razón y declaró:

—La situación está clara. Hay que volver en seguida. Esta excursión es demasiado peligrosa para unos niños.

Los Hollister se miraron, muy tristones, y al cabo de unos momentos Pete se atrevió a hablar, diciendo:

—Eso es, seguramente, lo que el hombre quería que hiciésemos. Si volvemos, le dejamos que gane. ¿No podemos quedarnos hasta la noche, Viejo Papá? Si a usted le sigue pareciendo la situación peligrosa, podemos marcharnos entonces.

Las sensatas explicaciones del muchachito impresionaron al anciano vaquero.

—Te admiro por tu valor, hijo —declaró—. Lo echaremos a votos.

—Muy bien —aceptó Pete—. Que todos los que quieran que sigamos la excursión digan «sí».

—¡Sííí! —gritaron todos a un tiempo.

Viejo Papá estuvo riendo hasta que sus ojos desaparecieron entre miles de arruguillas. Luego, sin decir una palabra, dio media vuelta y reanudó la marcha. Los demás avanzaron tras él con precaución por la pendiente pedregosa. Al atardecer, el grupo estaba muy cerca de su destino.

Adelantándose, Pete y Pam llegaron al borde de la cima para seleccionar un sitio donde acampar. Localizaron una planicie cubierta de césped, circundado por un grupo de pinos y juníperos.

—Esta noche dormiremos bajo las estrellas —anunció Viejo Papá —. Cindy, tú ocúpate de las niñas.

—Yo seré su ayudante —se ofreció, sonriente, Pam.

Pam ayudó al vaquero a preparar la cocina, mientras Gina y Bunky, ayudados por Ricky y Holly, llevaban los caballos hasta un arroyuelo cercano.

Las niñas prepararon judías con tocino, mientras Viejo Papá batía una masa para hacer lo que él llamaba «bizcochos vaqueros». A la hora de la cena todos afirmaron que los bizcochos eran deliciosos, especialmente después de una larga cabalgada como la de aquel día. Al concluir la cena, Viejo Papá señaló la cima de aquel picacho, diciendo:

—Ése es el punto más alto de la loma. He visto luces parpadeando allí. Esta noche vigilaremos, por si se ven.

El viento helado que empezó a soplar después de la puesta de sol hizo que todos tomaran el rollo de sus mantas para abrigarse. Un

poco después, como por arte de magia, empezaron a brillar las estrellas, como piedras preciosas sobre el terciopelo de la bóveda celeste.

Medio tumbados en tierra, los excursionistas mantenían la vista fija en la cima de la montaña. Pero Ricky y Holly no podían dominar su sueño y sus cabecitas acabaron desplomándose sobre las mantas.

Los otros siguieron observando. Su paciencia se vio recompensaba y una hora más tarde, Gina exclamó:

—¡Allí! ¡Allí! He visto brillar algo.

—¿Dónde? —preguntó Pete.

La niña señaló, diciendo:

—No me parece que sea una estrella. ¿Tú no lo ves, Pam?

—Es una luz —declaró Pam.

Un momento después todos habían comprobado que brillaba una luz.

—¡Por mil lagartijas resbaladizas! —exclamó Viejo Papá—. ¡Hay alguien allí! ¡No cabe duda!

—¡Hay que detenerle! —declaró Pete, resueltamente, saliendo de su saco de dormir.

El vaquero les dijo que debían mostrarse muy cautos.

—Pete, Bunky y yo iremos a capturar a ese hombre. Las chicas os quedáis aquí para cuidar de todo. —Viejo Papá se volvió a Pete, diciendo—: ¿Quieres traer el lazo de mi silla, hijo?

Pete obedeció y un momento después los tres empezaban a trepar por la montaña. A medida que ascendían podían ver que las luces parpadeantes eran cada vez más intensas.

Por fin, Viejo Papá y los dos chicos llegaron a la cima. Al pie de un peñasco se veía una hoguera. Tres siluetas estaban acurrucadas alrededor de las llamas. Desde aquella distancia, los recién llegados no podían distinguir quiénes eran las tres personas de la hoguera.

—Debemos intentar capturarles —cuchicheó Bunky—. ¿No serán demasiado fuertes para nosotros?

—De todos modos, hay que intentarlo —dijo Pete, con determinación.

—Podemos intentar engañarles —sugirió Viejo Papá—. Ellos no saben que estamos aquí. Si aparecemos gritando como los indios,

seguramente se dispersarán. Entonces podremos capturarles de uno en uno.

En seguida se echaron al suelo los tres y, apoyándose en manos y rodillas, se arrastraron hacia la hoguera. En un cuchicheo, Viejo Papá dijo a los niños:

—Cuando yo haya contado hasta tres, os ponéis de pie y hacéis todos los ruidos raros que se os ocurran.

Con los músculos tensos, los tres avanzaron unos cuantos palmos más.

—Uno, dos… —murmuró Viejo Papá—. ¡Tres!

El vaquero y los dos chicos se pusieron en pie de un salto y, gritando como indios en son de guerra, corrieron hacia las tres personas acurrucadas junto al fuego.

Como Viejo Papá había supuesto, los tres individuos acampados corrieron despavoridos, buscando refugio. Uno de ellos trepó a un peñasco. Inmediatamente Pete y Bunky corrieron a él y le apresaron.

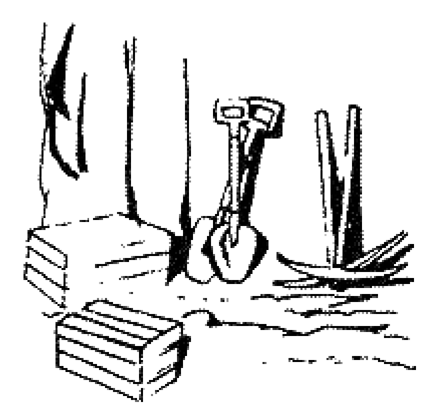
—¡Buen trabajo! —alabó el anciano vaquero, enfocando su linterna sobre su prisionero.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, mirando el aterrado rostro del prisionero—. ¡Si es un chico!

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó Viejo Papá.

—Terry Bridger.

UN ASOMBROSO DESCUBRIMIENTO



—¡Terry Bridger! —exclamó Pete—. ¡Tu madre te está esperando!

—¿Ella? —preguntó el otro, mostrándose aturdido—. Entonces, ¿ustedes no eran los que nos perseguían?

—¿A qué te refieres? —preguntó Bunky, mientras Terry empezaba a alisarse la ropa.

Terry seguía mostrándose receloso, y mirando a Viejo Papá, dijo:

—No contestaré a nada hasta que no me digan quiénes son ustedes.

Cuando todos se hubieron presentado, Terry dio un suspiro de alivio.

—¡Caramba! Había creído que estábamos perdidos para siempre… —confesó.

Terry se llevó dos dedos a los labios y emitió tres sonoros silbidos. Unos momentos después otros dos chicos salían sigilosos de las sombras y se acercaban al grupo.

—Venid sin miedo. Son amigos —les dijo Terry.

Los dos chicos se colocaron junto a Terry y éste les presentó, diciendo que eran Hal Stone y Ron Gibbs.

—Hace dos días que intentamos volver a casa —explicó Terry— pero, cada vez que empezamos a bajar por el Cañón de los Cuatreros, alguien empieza a seguirnos.

—Más valdrá que nos habléis de vuestra excursión desde el principio —propuso Viejo Papá, sentándose ante la hoguera.

Los tres chicos, ya tranquilos, contaron cómo habían ascendido por la orilla del Río Helado y llegado al montículo cubierto de nieve. Allí se entretuvieron en arrojar bolas de nieve, lo mismo que habían hecho los Hollister.

—Encontramos huellas de vuestros caballos —dijo Bunky.

Después, siguió explicando Terry, habían cabalgado hacia el Cañón de los Cuatreros, desde donde habían tomado el atajo que llevaba al Valle Secreto.

—¿Pudisteis cruzar la escarpadura? —preguntó el vaquero.

—Nos costó mucho trabajo —replicó Ron Gibbs—. Los caballos resbalaban, así que nos volvimos por el mismo camino.

—Cuando llegamos al Valle Secreto —prosiguió Terry—, buscamos el oro escondido, pero no pudimos encontrarlo.

—¿Y no visteis a nadie más allí? ¿Algún vaquero solitario? —preguntó Bunky.

—Ni un alma —replicó Hal Stone—. Hasta que salimos del valle no nos ocurrió nada.

Después que acamparon junto al lago y pescaron para varios días, Terry y sus compañeros iniciaron el regreso por el Cañón de los Cuatreros.

—Pero un vaquero salió persiguiéndonos y nos dio un susto tremendo —dijo Terry—. Nos escondimos detrás de unos peñascos, cerca del lago, hasta que se hizo de noche.

Al llegar la mañana, volvieron a ponerse en camino por el cañón, pero al llegar a un arroyuelo fangoso que desembocaba en el Río Helado, de nuevo se vieron perseguidos.

—¿Era un hombre viejo, con la cara arrugada, que montaba un caballo «appaloosa»? —preguntó Pete.

—No. Era un vaquero bajo y ancho —contestó Hal—. Y estaba lleno de salpicaduras de lodo.

—¿Y por qué no volvisteis a casa por otro camino? —preguntó Bunky.

—Veréis. Volvimos por donde habíamos bajado, porque creímos que encontraríamos otro camino en la cumbre. Pero no hay ninguno —declaró Terry.

—Y estábamos intentando encontrar una solución cuando vosotros nos habéis descubierto —añadió Hal.

Viejo Papá dijo que las montañas, en algunos puntos, resultaban inaccesibles, pero que él conocía un camino al sur del Cañón de los Cuatreros por donde podrían regresar a Elkton. A la luz de las llamas Viejo Papá dibujó, en la tierra y valiéndose de una ramita, un tosco mapa.

—Éste es el camino que podéis seguir, muchachos —dijo.

Después que Terry hubo dado las gracias al vaquero, Pete preguntó:

—¿Erais vosotros los que hacíais brillar esas luces parpadeantes?

—No. Nosotros, no —contestó Ron—. También nosotros hemos visto esas luces. ¡Qué misteriosas!

—¿Por qué no volvemos juntos a Elkton? —propuso Hal, esperanzado—. Tenemos atados ahí cerca nuestros caballos. Podríamos ponernos en camino por la mañana.

—Nosotros tenemos que ir al Valle Secreto —dijo Pete—. Pero, por lo que decías, estoy viendo que esos hombres misteriosos están en el Cañón de los Cuatreros.

—Es cierto —concordó Viejo Papá.

—Lo mejor será que volvamos allí —decidió Pete.

Muy nervioso, Hal contestó:

—¿Para capturar a esos hombres?

—Eso queremos —dijo Bunky—. Nos gustaría detener a cualquiera que esté merodeando por estas tierras.

Se acordó que Viejo Papá, Pete y Bunky volverían a donde habían acampado con las niñas. Terry y sus amigos seguirían donde estaban y al amanecer se pondrían en camino hacia Elkton. El vaquero les encargó que informasen al jefe de policía sobre la presencia de merodeadores en las montañas, y le pidieran que enviase inmediatamente ayuda a los excursionistas del K Inclinada.

Según lo planeado, Terry, Hal y Ron descendieron de la cima a la mañana siguiente. Pasaron junto a los Hollister y sus amigos, los cuales estaban recogiendo sus camas y cocina y les dijeron adiós

con la mano, mientras tomaban la dirección sur, como Viejo Papá les había indicado.

—¡Buena suerte! —gritó Terry—. ¡Y no se metan en ningún lío!



—Lo procuraremos —repuso Pete—. Vosotros no os olvidéis de pedir ayuda para nosotros.

Cindy y las niñas tuvieron recogidos los sacos y mantas de dormir antes de que los chicos hubieran apagado el fuego y cargado la cocina de campaña en una de las mulas.

—No podemos perder tiempo en el camino de regreso —dijo el anciano vaquero mientras montaban—. Holly, Ricky, ¿estáis preparados para una buena carrera a caballo?

—¡Yipii-ayy! —repuso animosamente Holly.

—¡Viva el grupo de detectives del K Inclinada! —fue la alegre contestación del pecoso.

Con gran repiqueteo de cascos de caballo, el grupo empezó el viaje de regreso por donde habían llegado. Avanzaron bordeando el lago, ascendieron por la escarpada ladera hasta la cima del picacho y llegaron al cañón. Después de una rápida comida iniciaron el descenso por el Cañón de los Cuatreros, junto al cual burbujeaba el Río Helado.

—Terry nos ha dado una buena pista —dijo Pete a Pam—. Uno de los vaqueros que les persiguió estaba lleno de fango. Por eso creo que a lo mejor tienen un escondite cerca de ese arroyo fangoso.

—Pero, los vaqueros que persiguieron a Terry no se parecían al viejo pequeñajo que nos persiguió a nosotros —repuso su hermana.

—Ya lo sé. Pero, a lo mejor, son varios que pertenecen a una banda.

El cañón describía vueltas y revueltas, y unas veces era amplio y otras muy angosto, entre los altos paredones rocosos.

—Buscad ese arroyo fangoso de que habló Terry —aconsejó Viejo Papá a los jóvenes jinetes—. Debemos de estar ya muy cerca.

—¡Creo que ya lo estoy viendo! —anunció Pam, cuando hubieron recorrido un cuarto de milla más, después de un ensanchamiento del cañón.

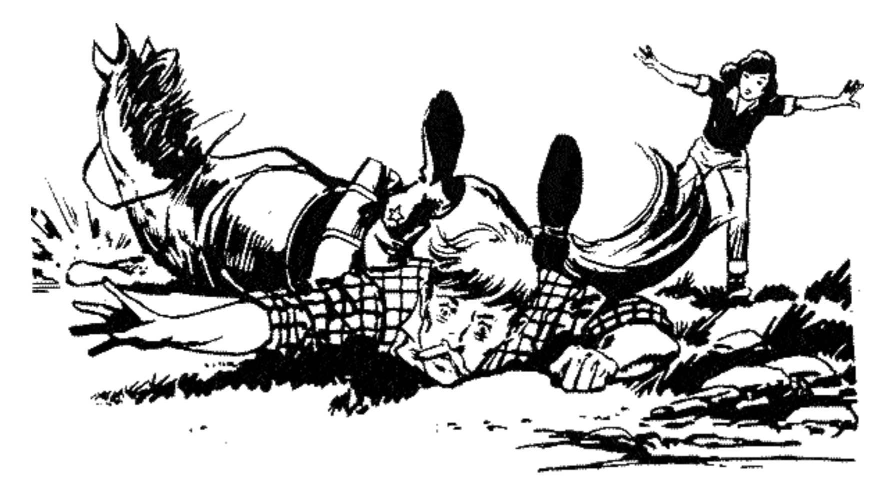
La niña señalaba a la derecha del camino, donde un hililllo de agua corría entre las rocas. Desaparecía durante unos cien metros y brotaba de nuevo al otro lado de donde se encontraban los jinetes, para desembocar al fin en el Río Helado.

—¡Muy bien, Pam! Tienes muy buena vista —dijo Gina.

Todos los jinetes llevaron a sus caballos hacia la derecha, sin cesar de buscar con la vista a los vaqueros que habían perseguido a Terry y sus amigos. Pero no se veía a nadie entre los árboles casi enanos y la maleza que se criaba en la base del despeñadero.

Muy pronto se detuvieron junto al susurrante cauce, que en lugar de ser un arroyo transparente como lo son muchos en la montaña, tenía un color marrón fangoso.

—A lo mejor pasa por algún barranco arenoso por el otro lado de este despeñadero —sugirió Pete que, señalando una zona del cañón que quedaba en declive y llegaba hasta un paredón rocoso, añadió—: Vamos a ver en dónde nace este arroyo.



Viejo Papá les advirtió que debían avanzar en silencio para no llamar la atención de nadie que pudiera estar al acecho. Además, indicó el anciano, convenía pasar por el centro del arroyo, para no borrar otras huellas de herraduras que pudiese haber en el suelo.

Viejo Papá abrió la marcha. Su caballo ascendió por la pendiente, pero de pronto, resbaló en las húmedas piedras. Produciendo un ruido estremecedor, el animal cayó de lado y el viejecito quedó debajo de su montura. Los demás jinetes prorrumpieron en exclamaciones de alarma.

—Abuelito, ¿estás bien? —preguntó Cindy, bajando de su caballo para correr en ayuda del anciano.

El resto la imitó y encontraron al viejo vaquero retorciéndose de dolor, mientras el caballo se levantaba.

—¿Tiene usted alguna pierna rota? —preguntó Pete, mientras ayudaba a Viejo Papá a ir hasta un pedrusco, en donde se sentó.

—No. Estoy bien —repuso el anciano, todavía haciendo muecas de dolor—. Sólo un poco magullado.

—Volveremos a casa lo antes posible —declaró Pam—. En cuanto usted haya descansado un poco.

Viejo Papá se apresuró a protestar:

—Dejad que Pete vea antes dónde nace el arroyo. Esos sinvergüenzas —añadió el viejecito, ahora a media voz— pueden estar observándonos en este mismo momento.

Dejando a Viejo Papá con Ricky y Holly, Pete, Bunky, Cindy y las otras niñas mayores, avanzaron a pie por el lecho fangoso. El

arroyo brotaba de una abertura en las rocas, que medía, aproximadamente, un metro y medio de altura y un metro de ancho.

—¡Zambomba! ¡Vaya hueco! —comentó Pete—. ¿Crees que conducirá a alguna parte, Bunky?

El muchachito del Oeste repuso con firmeza:

—Sólo hay una manera de saberlo.

—Pero no podemos dejar allí a Viejo Papá —objetó Cindy.

—Ni a Ricky y Holly —añadió Pam.

Volviéndose a mirar arroyo abajo, vieron que los dos hermanos estaban bañando el rostro de Viejo Papá con un pañuelo humedecido.

—Yo creo que están a salvo los tres —opinó Pete—. Vamos a inspeccionar.

Marchando al frente del grupo, Pete penetró en la separación rocosa y se encontró en un oscuro pasadizo, que describía una brusca curva, a la izquierda del lecho del arroyo. Después de avanzar una docena de pasos, Pete dio un silbido y se volvió a los otros.

—¡Mirad ahí!

Acababa de entrar en un subterráneo tan grande como una habitación amplia. Estaba iluminado por una resquebrajadura de la roca, a través de la cual se podía ver el cielo azul.

Uno a uno fueron entrando en la cavidad. Cuando sus ojos estuvieron acostumbrados a la escasa claridad, los jóvenes exploradores quedaron atónitos ante lo que estaban viendo. Colocados en el suelo de la cavidad había cajones de alimentos, trozos de tela, picos y palas.

—¡Hemos encontrado el escondite de la banda! —exclamó Bunky, sin poder dominar su nerviosismo.

—¡Mirad! ¿Veis lo que he encontrado? —llamó Pam, sosteniendo en alto un sombrero.

—¡Zambomba! Es viejo y de estilo español —declaró su hermano.

—Nadie lleva esos sombreros ahora —hizo saber Cindy.

Pete hizo chasquear los dedos, mientras decía:

—Debió de pertenecer sin duda a uno de aquellos ladrones que

los hombres del sheriff no pudieron encontrar hace años.

—¡Y éste debió de ser su escondite secreto! —añadió Pam.

Gina miró a su alrededor, algo intranquila.

—Me gustaría saber dónde está la banda que utiliza este escondite ahora.

—Hay una salida por el otro lado —indicó Pete—. Puede que por ahí encontremos la solución a todo.

Con el corazón palpitante, el muchachito avanzó de puntillas por la superficie rocosa de la cueva.

En el paredón de enfrente había otro gran agujero y por él pudo ver Pete una mortecina claridad. Haciendo señas a los demás para que le siguieran, caminó cauteloso hacia la estrecha salida y de pronto, se detuvo.

Pete quedó mudo de asombro. Ante él aparecía un pequeño y cerrado cañón de unos pocos centenares de metros de longitud. En un lateral se había formado un recinto de alambrado. Y en su interior… ¡se encontraba una docena de cachorros de antílope!

Ahora Pete estaba totalmente estremecido de emoción y se volvió a los otros para decir en un susurro:

—¡Mirad eso! ¡Y no hagáis ruido!

Las niñas ahogaron gritos de sorpresa al contemplar el inesperado refugio. El paredón rocoso del pequeño cañón ofrecía un lugar perfectamente camuflado. En todas las resquebrajaduras abiertas en la roca crecían arbolillos y matorrales.

—Este sitio no puede verse ni desde un avión —reflexionó Bunky, que no salía de su asombro.

Guardando un silencio absoluto, el grupo escuchó con atención. Uno de los pequeños antílopes balaba lastimero. Luego, a lo largo del estrecho cañón llegó una voz de hombre.

—¡Eres estúpido, Murch! ¡Completamente estúpido! —decía la voz que arrancaba ecos en la pared rocosa.

—¡No me culpes de lo ocurrido! —protestó otro—. Estaba a punto de coger el oro cuando llegaron aquellos críos. Me escondí, para que no me vieran.

—¡Eres un inútil! —afirmó la otra voz—. ¡Nos llevará dos semanas volver a sacar tanta cantidad de oro!

—¡Debe de haber una mina de oro en el cañón! —tartamudeó

Pete, incrédulo.

—Volveré a buscar a Viejo Papá —dijo Gina, empezando a retroceder por el hueco rocoso.

Sonaron algo más apagadas las voces que pronunciaban acusaciones continuamente. De pronto Pam exclamó en un susurró:

—¡Murch! ¡Ése fue quien robó la cartera de mamá en el motel!

—Ahora lo entiendo —repuso su hermano—. Quería evitar que viniésemos a Nevada.

De repente la voz de Murch sonó estremecida por la ira.

—¿Cómo te atreves a decir «ridículos disfraces»? ¡He hecho un trabajo magnífico! Cuando fui siguiendo a los Blair en Nueva York aparecía como cuatro personas distintas. Y en Shoreham volví a aparecer rubio.

Después de una breve pausa, Murch siguió diciendo, colérico:

—Y recuerda que después que me enteré de los planes de los Hollister a través de ese chico que se llama Brill, les di muchas inquietudes.

—Pero llegaron aquí, de todos modos —gruñó el otro, que tenía una voz profunda.

—Hasta me he convertido en una vieja y un viejo, por ti.

—Entonces, teníamos razón —susurró Pam, dirigiéndose a Cindy —. Era siempre la misma persona.

En la mente de Pam Hollister el misterio empezaba a aclararse. Aquellos hombres habían encontrado una mina de oro en el K Inclinada y estaban explotándola sin habérselo dicho ni pedido permiso al señor Blair. En aquel momento, apareció cojeando, Viejo Papá, a quien seguían por el pasadizo Ricky y Holly. Los ojos del vaquero quedaron redondos como globos al ver el escondite secreto.



—Viejo Papá, tenemos que procurar verles bien —dijo Pete.

—Hay que volver, hijo —repuso el anciano—. Ya hemos hecho bastante solos. Ahora informaremos a las autoridades.

—¡Pero tengo que ver si uno de ellos es Dakota Dawson! —susurró Pete.

Él y Bunky se echaron al suelo y, arrastrándose, llegaron hasta un pequeño montículo. Abajo, en una pequeña depresión, había cuatro hombres sacando paletadas de tierra que iban echando en unos cubos de los que utilizan los mineros para lavar los materiales auríferos extraídos de las minas.

Uno de ellos, vestido de vaquero, era alto y de anchos hombros. El otro era bajo y ancho. El tercero, pequeño y enjuto, llevaba pantalones de montar, pañuelo a cuadros blancos y rojos en el cuello y un gorro picudo. Pero ahora no tenía el rostro de un viejo. Sus mejillas eran tersas y la mirada de sus ojos, penetrante. Pete le reconoció como Murch. Inmediatamente miró al cuarto cavador. Era grueso y tenía un bigote amarillento. ¡Ninguno de los cuatro era Dakota Dawson!

Después de observar bien a los hombres, Pete indicó a su compañero que debían retroceder. Pero, al arrastrarse hacia atrás, la mano de Bunky arrancó del suelo una piedra de regular tamaño que rodó por la pendiente, produciendo un ruido tan grande como si se tratase de un gran peñasco en el silencio del pequeño cañón.

Los cuatro hombres levantaron la vista y uno de ellos gritó instantáneamente:

—¡Nos estaban espiando!

Pete se puso en pie, exclamando:

—¡Vamos, Bunky! ¡Hay que escapar!

Los dos muchachitos corrieron con toda la rapidez de sus piernas, pero los cuatro hombres salieron en su persecución. Murch, veloz como un puma, alcanzó a los chicos y les aferró por la ropa, obligándoles a volverse frente a él.

Los tres fueron a parar al suelo en un barullo de piernas y brazos. Un momento después, Pete notó que una inmensa mano le asía por el cogote, obligándole a ponerse en pie.

—¿Quiénes sois? —le preguntó el hombre de los hombros poderosos.

—¡Yo te diré quiénes son! —gritó Murch—. ¡Son los chicos que robaron nuestro oro!

UNA PANDILLA DE RENEGADOS



El hombre sacudió violentamente a Pete, preguntando:

—¿Dónde está el oro?

—En el rancho —repuso Pete—. Y no les pertenece a ustedes, porque estas tierras son propiedad del señor Blair.

—¡Es mi padre! —informó con ira Bunky, que luchaba por desprenderse de su captor.

—De modo que tú eres el jovencito Blair… —murmuró el hombre alto—. ¡Magnífico! Tal vez consigamos un buen rescate.

—¡Será mejor que nos suelten! —gritó Pete—. La policía les sigue a ustedes la pista.

—A la policía sabemos desorientarla —gruñó Murch, fanfarroneando—. ¡Sois vosotros, los entrometidos Hollister, quienes estáis estropeando nuestros planes!

Pete rogaba a Dios que Viejo Papá y los demás hubieran oído lo que ocurría y estuviesen ya retrocediendo para buscar ayuda. El muchachito intentó distraer a los cuatro hombres haciendo preguntas:

—¿Dónde está Dakota Dawson? Porque trabaja para ustedes, ¿verdad?

—¿Dawson? —rezongó el hombre bajo y ancho—. ¿Quién es?

—Le conocen ustedes de sobra —respondió Bunky.

—¡Basta de parloteos! —intervino Murch, que dirigiéndose al hombre alto, preguntó—: ¿Qué hacemos con estos espías, Rocky?

—Les ataremos y luego iremos a apoderarnos de los otros que les acompañan.

El corazón de Pete latió con fuerza. ¡La banda estaba enterada de todo lo que ellos hacían!

—¿Quién de ustedes se ha encargado de vigilarnos? —se atrevió a preguntar.

Murch se echó a reír.

—He sido yo —repuso—. Estuvisteis a punto de descubrirme una de las noches en que os observaba.

—Entonces, ¿fue usted quien empujó aquellos pedruscos para que nos aplastasen? —preguntó Pete, cada vez más indignado.

—Y estuve a punto de conseguirlo, ¿verdad? —intervino el hombre enjuto—. Entonces era yo quien os vigilaba. Tropecé en una piedra por casualidad.

—Pues debiste hacerlo a propósito —gruñó Rocky—. Vamos. Hay que capturar a los otros.

Arrastrando con ellos a Pete y Bunky, los cuatro se encaminaron al pasadizo rocoso que llegaba hasta aquel cañón encajonado. De camino Pete vio atados cuatro caballos a un lado del cercado de los antílopes. Uno de los animales era el «appaloosa» que pertenecía a Tut Primrose.

Mientras se acercaban a la cavidad rocosa, Pete contuvo el aliento con angustia. ¿Seguirían allí Viejo Papá y los otros? ¿Resultarían todos capturados por aquellos bandidos?

Cuando llegaron al interior no vieron a nadie.

—¡Si se han largado, pueden estar ya muy lejos! —declaró Rocky, inquieto—. ¡Coyle! ¡Minter! ¡Montad en vuestros caballos y salid tras ellos! No son más que un viejo y unos críos. No pueden ir muy de prisa.

En el mismo momento en que los dos hombres se disponían a desatar sus caballos, de las sombras de un peñasco salió un vaquero alto y delgado.

—¡Alto! ¡Deténganse todos! —ordenó.

Los cuatro hombres giraron sobre sus talones, totalmente sorprendidos.

—¡Quedan ustedes arrestados! —anunció el vaquero.

—¡Si es Dakota Dawson! —exclamó Pete.

—¡Un hombre de la ley! —suspiró Bunky, tranquilizado.

—¡Apártense de los muchachos! —ordenó Dakota, dando un paso al frente.

Pero en lugar de obedecer, los cuatro bandidos corrieron en distintas direcciones, como conejos asustados. Un momento después, desde el escondite de Murch saltó un pedrusco. Por desgracia, la pesada piedra alcanzó en un lado a Dakota, que cayó al suelo con un grito de dolor.

Al instante, los cuatro hombres salieron de sus escondites y corrieron hacia los caballos. Rocky y Coyle corrían delante, seguidos por Minter y Murch.

Viendo lo que ocurría, Pete y Bunky dieron un salto sobre Murch y Minter y les hicieron caer al suelo. Los dos chicos y sus adversarios lucharon furiosamente, y mientras tanto, Dakota logró recobrarse y se puso en pie. El alto y fuerte vaquero se enfrentó con los dos hombres y un momento después los tenía esposados.

—¡Los otros dos se han ido! —exclamó Pete.



—Les perseguiremos —declaró Dakota, ceñudo.

Mientras él hablaba, Ricky y las chicas salieron de la cavidad rocosa, seguidos de Viejo Papá que avanzaba cojeando.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Bunky.

—Dakota nos hizo esconder en un hueco de ahí dentro —contestó Gina.

—He encontrado su pista en el cañón, hoy al mediodía —explicó Dakota, mientras sacaba una cuerda de su cinto—. Desde allí os he seguido hasta el cañón.

Velozmente ató Dakota la cuerda alrededor de la cintura de Murch, sin dejar de hablar mientras lo hacía.

—De no ser por vosotros, jóvenes detectives, nunca habría encontrado este escondite —dijo, sonriente—. Cuando oí que Pete y Bunky querían acercarse a inspeccionar, me figuré que podía haber complicaciones y por eso acudí a decir a los demás que se escondieran.

A continuación el vaquero ató la cuerda alrededor de la cintura de Minter y después pasó varias veces la cuerda en torno a Minter y Murch, que quedaron juntos e inmovilizados.

—La verdad es que usted nos confundió —dijo Pam a Dakota.

En pocas palabras Dakota explicó que él era un comisario del sheriff de Salt Creek. Fingiéndose un vaquero solitario, fue enviado secretamente al K Inclinada para que pudiera inspeccionar las montañas Ruby para intentar localizar la procedencia de las luces misteriosas.

—El jefe de policía Larney me envió a hacer este trabajo —añadió Dakota—, pensando que yo sería menos fácil de reconocer que un comisario de Elkton.

—Estoy muy contenta de que no sea usted un malote —confesó Holly con los ojillos resplandecientes.

—Ya veo que mamá tenía razón —hubo de admitir Ricky.

Después de mirar un momento a los prisioneros, Dakota tendió el extremo de la cuerda a Viejo Papá, diciendo:

—Alguien tiene que sacar a estos delincuentes y a los antílopes del Cañón de los Cuatreros, mientras los chicos y yo salimos en persecución de los que han huido.

—Pero tenga cuidado, Viejo Papá —dijo Pete—. No vayan a gastarle una jugarreta.

—No os preocupéis —repuso el viejecito, haciendo un guiño a Dakota—. Las niñas tomarán este extremo de la cuerda y atarán con

él a los cachorros. Al frente de todos irán el señor Murch y el señor Minter. De ese modo, por mucho que intenten escapar, sea a caballo o a pie, llevarán siempre consigo media docena de antílopes.

—Eso había pensado también yo —concordó Dakota—. Esperen en la salida del cañón. Enviaremos un camión a recogerles.

Dicho esto Dakota desapareció en la cavidad de la roca, seguido por los chicos. Unos minutos más tarde, cuando subían a las monturas, Pete dijo:

—Apostaría a que Rocky y Coyle han bajado por el cañón, porque de ese modo llegarán a la carretera y podrán dejar sus caballos y viajar en coche.

Dakota estaba de acuerdo con la opinión del chico. Los tres emprendieron la carrera. ¡Qué orgullosos iban los muchachitos detrás del comisario!

A la entrada del cañón, Dakota hizo dar media vuelta a su caballo, al tiempo que comentaba:

—Hay una pregunta a la que todavía no he encontrado respuesta. ¿Dónde esconderán esos sinvergüenzas el jeep que usaban para cazar los antílopes?

Los cuatro siguieron cabalgando en silencio. Mientras los demás buscaban ávidamente con la vista alguna pista de los fugitivos, Ricky pensaba en lo que acababa de decir Dakota. Se acordó de la cueva hasta la que trepó y donde había visto relucir los ojos del puma y pensó en su rápido descenso por la rampa, cuando se le clavaron unas astillas en los pantalones.

«Y aquellos dos ojos tan grandísimos que me miraban desde el interior de la cueva —pensó el pequeño—, no podían ser los ojos de un puma».

El pecoso espoleó a su caballo para situarse a la altura de Dakota Dawson. Contó al comisario todo lo que había sucedido cuando siguieron por primera vez la pista del jeep de los ladrones de antílopes.

—Tengo una idea —añadió el pequeño.

—Cuéntamela, hijo —repuso amablemente Dakota.

—Pues yo creo que esos hombres podían tener los tablones escondidos en la cueva. A lo mejor los utilizaban para bajarlos desde la cueva y colocarlos como un puente desde el Río Helado

hasta la rampa rocosa.

—Continúa —apremió Dakota.

—Cuando llegaban con el jeep a la orilla del agua lo podían conducir por encima de los tablones para llevarlo a lo alto de la cueva. Después no tenían más que recoger los tablones y esconderlos arriba.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Seguramente los tablones dejaban astillas en la roca y por eso se te clavó una en los pantalones.

En aquel momento, Dakota detuvo de improviso su caballo y mirando al pequeño a los ojos, declaró:

—Chico, creo que has encontrado la contestación a la pregunta que yo me hacía. Los grandes ojos que viste en la cueva probablemente eran los faros del jeep desaparecido.

Muy orgulloso, Ricky se irguió sobre la montura. Luego, mientras se rascaba la despeinada cabeza, sonrió, diciendo:

—Debía haber pensado en eso hace mucho.

—Fue culpa nuestra que no creímos que hubieras visto unos ojos tan grandes —declaró Pete.

—¡Seguro que Rocky y Coyle han ido hacia allí ahora! —gritó Bunky, nerviosísimo—. ¡Ya veréis como intentarán huir en el jeep!

Desde aquel momento los cuatro cabalgaron velozmente y al fin llegaron a la rampa rocosa que ascendía hasta la cueva. Dakota desmontó y ordenó a los chicos que buscasen protección entre un grupo de árboles muy próximo.

—Antes, en el cañón encajonado, no me decidí a sacar la pistola, porque estabais vosotros —dijo—. Pero ahora, si esos hombres están ocultos en la cueva, tendré que amenazarles con ella.

Los tres chicos obedecieron y desde una prudente distancia, observaron a Dakota que a grandes zancadas ascendió por la rampa. Deteniéndose a la entrada de la cueva, dijo con voz imperiosa:

—Veo que están ahí dentro. ¡Salgan con las manos en alto!

Un momento después dos hombres surgían de las sombras.



—¡Rocky y Coyle! —gritó Pete—. ¡Ahora ya les tenemos a todos!

—¡Tenías razón, Ricky! —anunció a gritos Dakota—. ¡Aquí está el jeep y también los tablones!

El comisario condujo a los detenidos, ya esposados, rampa abajo y los chicos salieron de su refugio llevando los caballos de los delincuentes, que encontraron atados allí cerca.

Cuatro hombres llegaron galopando y desmontaron junto al grupo. Eran el jefe de policía Larney y tres de sus hombres.

—Terry Bridger nos informó de que en el K Inclinada necesitaban ayuda —dijo Larney, que se acercó a Dakota, comentando—: Veo que ya has encontrado a los chicos.

—Sí —sonrió Dakota—. Y ellos han encontrado a la banda.

—¡Felicidades! —dijo calurosamente Larney—. ¿Es éste el jefe de los misteriosos merodeadores? —preguntó en seguida, mirando al más alto de los detenidos.

—Sí —contestó Bunky—. ¿Le conoce usted?

—Ya lo creo. Es Rocky Redmond. No hace más de dos meses que se escapó de la prisión.

Dakota sugirió que los hombres de Larney sacasen el jeep de la cueva y fuesen a buscar a Viejo Papá y a las niñas a la entrada del Cañón de los Cuatreros. El jefe de policía se mostró de acuerdo.

—Dos de vosotros os encargaréis de llevar a la ciudad a los prisioneros y el otro que lleve los antílopes al valle y los deje en libertad —ordenó mientras sus hombres empezaban a subir la

rampa.

—Usted y yo podemos encargarnos de llevar a estos dos pájaros a la jaula, Larney —propuso Dakota.

Y Pete declaró:

—Lo mejor será que, en cuanto Viejo Papá y las chicas lleguen aquí, nos marcharemos con ellos a casa. ¡Zambomba! ¡Tengo un apetito!

Era ya de noche cuando los niños y el viejo vaquero se sentaron a cenar una estupenda cena en el rancho K Inclinada. Las aventuras de aquel día habían sido muchas y todos estaban demasiado cansados para contar todo lo sucedido.

Pero, a la mañana siguiente, durante el desayuno, los niños contaron detalle por detalle su emocionante aventura. Mientras las dos madres, el señor Blair, Sue y Millie escuchaban, llegó Dakota.

El comisario explicó que los detenidos lo habían confesado todo, con la idea de que así la sentencia fuese más leve.

—Todo empezó —continuó Dakota— cuando Rocky encontró un documento que se refería al oro que existe en el cañón encajonado. Con cuatro de sus compinches se introdujo en sus tierras, señor Blair, y dio principio a unas excavaciones.

—Y Murch le servía como mensajero —informó Pam—. Su trabajo consistía en sacar el oro de estas tierras.

Dakota explicó que, cuando Murch contó a la banda que el señor Blair tenía idea de vender sus tierras al señor Simpson, todos temieron que el nuevo propietario pudiera descubrirles. Luego Murch descubrió que Millie era muy miedosa y por eso idearon hacer brillar luces misteriosas y parpadeantes para asustarla.

Al oír aquello, la niña se sonrojó y Pam se apresuró a oprimirle una mano cariñosamente.

—En adelante procuraré no ser tan miedica —murmuró Millie, muy avergonzada.

—También fue Murch quien se encargó de molestarle a usted y sus dos hijos, señor Blair, cuando estuvieron en Nueva York, para que no se llegase a ningún acuerdo sobre la venta de estas tierras —informó Dakota.

Luego el comisario se puso en pie y declaró:

—Deseo que todos ustedes vengan conmigo a Elkton.

Necesitamos que Viejo Papá y los niños identifiquen a los detenidos y presten declaración.

Una hora más tarde los Hollister y sus amigos estaban sentados en el despacho del fiscal y Pam acababa de hacer su declaración. Por último, mirando a los detenidos, la niña dijo:

—Lo que no sé es por qué robaban los antílopes.

—Fue una idea imbécil de Murch —dijo Rocky, con un gruñido —. Él quería sacarlos del cañón más tarde para venderlos en una casa que se dedica a traficar con animales.

—Fue malísimo cuando tiró a la pobre «Estrella de la Pradera» desde el jeep —dijo Holly, acusadora.

—¡Yo no lo hice! —se defendió Murch—. Lo hizo Rocky para qué no nos siguierais.

Mientras los cuatro volvían a ser conducidos a la celda, Rocky murmuró:

—¡Estos endiablados Hollister han estropeado mis planes!

—Pero además han encontrado una mina de oro para papá —replicó Gina, con los ojos resplandecientes.

El ranchero sonrió, feliz, diciendo:

—Es cierto. Ahora ya no necesitamos vender el K Inclinada.

Aquella noche, todos los que habían participado en la solución del misterio lo celebraron con una sabrosa barbacoa en el exterior del rancho K Inclinada.

Después de la puesta de sol, Pete miró a la cima de las montañas y comentó:

—Tiene gracia. Hemos solucionado el misterio sin siquiera llegar al Valle Secreto.



—Aunque no hemos llegado a encontrar el cofre de oro —se lamentó Ricky.

Pero el simpático Viejo Papá les dijo:

—Muchachos, las montañas siempre guardan ciertos secretos. Podéis sentiros contentos de haber resuelto uno de ellos.

Cuando todos acabaron la cena, Dakota Dawson y el señor Blair se pusieron en pie junto a la hoguera. El vaquero fue el primero en hablar, para decir:

—Quiero que todo el mundo sepa que los Hollister se merecen todos los honores por haber resuelto este misterio. Han hecho una labor digna de elogio. Son unos verdaderos héroes.

Los cuatro hermanos mayores aceptaron con un humilde cabeceo los aplausos de todos. Fue la chiquitina Sue quien estuvo más rato palmoteando, sintiéndose feliz.

Luego el señor Blair anunció que, tan pronto como la mina empezase a ser explotada, se emplearía el primer metal precioso en hacer unos anillos para obsequiar a las niñas Hollister y a su madre.

Todos palmotearon nuevamente y entonces fue Viejo Papá quien se dirigió a la concurrencia, diciendo:

—Para Pete y Ricky prometo hacer una estupenda alfombra con ese infernal puma que tengo que cazar. —Con un guiño, el viejecito concluyó—. A no ser que Ricky prefiera cazarlo por su cuenta.

Ricky sonrió, mientras todos reían alegremente.

—No, no. Muchas gracias —dijo con toda sinceridad el pecosillo.

—También nosotros tenemos un regalo para ti, Ricky —anunció Cindy, que, acompañada de Millie, dio un paso al frente—. Tienes un papel en la comedia. Uno de los chicos se ha puesto enfermo. Necesitamos un sustituto que sepa actuar muy bien. Y como tú eres un héroe…

—Yo sé que harás el papel estupendamente —dijo con cariño Millie, entregando al pequeño unas cuartillas con su papel.

—¿Tú crees? —preguntó Ricky, complacido.

—¡Claro que sí! —exclamó Holly, siempre dispuesta a apoyar a su hermano y los demás hicieron caso a sus afirmaciones.

—Muy bien —aceptó Ricky, cogiendo las cuartillas—. ¿Qué tengo que hacer?

—Es muy fácil —aseguró Millie—. Sólo tienes que aprenderte tres hojas y al final das un beso a una niña.

Los ojos de Ricky se abrieron de par en par. Todo él se puso rojo como una amapola.

—¡Besar a una niña! —exclamó. Inmediatamente, el héroe pecosillo devolvió a Millie las hojas de papel y repitió—: ¡Besar a una niña! ¡Canastos! ¡Prefiero besar a un puma!

